EL

CHANCELLOR

PQ2469
.Ch3
S6

843.8
V531ch

1080047309

Ef 876172

84 - 3 = 6

2 años tuvo ~~cada~~ en que el dia

NL
843.8
V

NL
843.8
V5 1 ej.
Núm. Clas
Núm. Autor
Núm. Adq. 30939
Procedencia -5-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

EL CHANCELLOR.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

—POR—

JULIO VERNE

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

51524

EDICION DE "LA DEFENSA."

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MONTERREY.

Tip. Calle Dr. Mier, núm. 70.

1895.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30939

PQ2469
.CH3
S6

EL CHANCELLOR.

I.

SALIDA DE CHARLESTON. — EL CHANCELLOR. ¿HE HECHO BIEN Ó MAL?

Charleston, 27 de Septiembre de 1869.

Salimos del muelle de la Batería á las tres de la tarde en la plena mar. El reflujo nos envía rápidamente á mar alta; el capitán Huntly ha hecho desplegar todas las velas altas y bajas, y la brisa del Norte impulsa al *Chancellor* al través de la bahía. Pronto doblamos el fuerte Sumter, y dejamos á la izquierda las baterías rasantes de la costa. A las cuatro

de la tarde, el estrecho, por donde se escapa una rápida corriente de reflujo, da paso al buque, pero la alta mar está todavía lejos, y para alcanzarla hay que seguir los estrechos pasos que las olas han abierto entre los bancos de arena. El capitán Huntly entra, pues, en el canal del Sudoeste, y pone el faro de la punta por el ángulo izquierdo del fuerte Sumpter. Las velas del *Chancellor* ciñen el viento, y á las siete pasamos rasando la última punta arenosa de la costa y nos lanzamos al Atlántico.

El *Chancellor*, buen buque de tres palos y de 900 toneladas, pertenece á la rica casa de Leard hermanos, de Liverpool. Es un buque de dos años, forrado y claveteado en cobre, entablado con madera de teca, y cuyos palos bajos, salvo el de mesana, son de hierro, lo mismo que el aparejo. Este buque, sòlido y fino, cotizado como de primera clase en el *Veritas*, verifica en este momento su tercer viaje entre Charleston y Liverpool. Al

salir de los pasos de Charleston se ha arriado el pabellón británico, pero al ver el buque, un marino no podria engañarse acerca de su orígen: es sin duda lo que parece ser, es decir, inglés desde la línea de flotación al tope de los mástiles.

Véase por qué he tomado pasaje á bordo del *Chancellor* que vuelve á Inglaterra.

No existe ningún servicio directo de vapores entre la Carolina del Sur y el Reino Unido. Para tomar una línea trasoceánica, es necesario, ya subir por el Norte de los Estados Unidos hasta Nueva York, ya bajar por el Sur hasta Nueva Orleans. Entre Nueva York y el antiguo continente funcionan varias líneas, inglesa, francesa, hamburguesa, y un *Escotia*, un *Pereire* ó un *Holsatia* me habrían conducido rápidamente á mi destino. Entre Nueva Orleans y la Europa, los buques de la *Compayia nacional de vapores* que se unen á la línea francesa trasatlántica de Colón y de Aspinwall.

hacen rapidas travesìas. Pero recorriendo los muelles de Charleston ví al *Chancellor*, me agradó. y no sé qué instinto me impulsó à bordo de este buque, cuyos alojamientos eran bastante cómodos. Por otra parte, la navegación en buques de vela cuando está favorecida por el viento y el mar, es casi tan rápida como la que se hace en buques de vapor, y más preferible bajo todos conceptos. Al principio del otoño en esas latitudes, ya bajas, la estación es todavía hermosa; por lo tanto, me decidí á tomar pasaje en el *Chancellor*.

¿He hecho bien ó mal? ¿Tendré que arrepentirme de mi determinación? El porvenir lo dirá. Escribo estas notas día por día, en el momento actual no sé màs que los que lean este diario, si este diario está destinado à ser leído.

II.

LA TRIPULACIÓN DEL CHANCELOR.—DOS PASAJEROS.

28 de Setiembre.

He dicho que el capitán del *Chancellor* se llama Huntly de apellido: los nombres son Juan Sila. Es un escocés de Dundee, de edad de cincuenta años, que tiene la fama de hábil navegante del Atlántico. Su estatura es mediana, sus hombros estrechos, su cabeza pequeña, y por costumbre un poco inclinada á la izquierda. Sin ser fisonomista de primer orden, me parece que puedo ya juzgar al capitán Huntly, aunque no hace más que pocas horas que le conozco.

No digo que Sila Huntly no tenga la reputación de ser buen marino, ni que

deje de saber perfectamente su oficio, pero me parece inadmisible que haya en ese hombre un carácter firme ni una energía física y moral á toda prueba.

En efecto, la actitud del capitán Huntly es pesada y su cuerpo presenta cierta especie de abatimiento. Es negligente, lo cual se ve en la indecisión de su mirada, en el movimiento pasivo de sus manos, en la oscilación que le lleva lentamente á sostenerse ya sobre una pierna, ya sobre la otra. No es, no puede ser hombre enérgico ni siquiera hombre obstinado, porque sus ojos no se contraen sus quijadas son blandas, sus puños no tienen tendencia habitual á cerrarse. Además le encuentro un aire singular que no puedo explicarme todavía, pero le observaré con la atención que merece el comandante de un buque, es decir, el que se llama *el amo despues de Dios.*

Ahora bien, si no me engaño, entre Dios y Sila Huntly hay á bordo otro hombre que me parece destinado en ca-

so necesario á ocupar un lugar importante. Es el segundo del *Chancellor*, á quien todavía no he estudiado suficientemente, pero del cual me reservo hablar mas adelante.

La tripulación del *Chancellor* se compone del capitan Huntly, del segundo Roberto Kurtis, del teniente Walter, de un contramaestre y catorce marineros ingleses ó escoceses, en todo diez y ocho marinos, lo que basta para la maniobra de un buque de tres palos de novecientas toneladas. Estos hombres parece que conocen bien su oficio. Todo lo que puedo afirmar hasta ahora es que han maniobrado hábilmente, á las órdenes del segundo, en los pasos de Charleston.

Completo la enumeración de las personas embarcadas á bordo del *Chancellor* citando al mayordomo Hobbart, al cocinero negro Jynxtrop, y dando la lista de los pasajeros.

Estos pasajeros son en número de ocho, incluyéndome á mí. Apenas los conozco, pero la monotonía de una travesía, los incidentes diarios, el roce continuo con personas limitadas á un estrecho espacio, la necesidad natural de hablar, la curiosidad innata en el corazón del hombre, todo nos acercará pronto unos á otros. Hasta ahora, los cuidados del embarque, la toma de posesión de los camarotes, los arreglos que necesita un viaje cuya duración puede ser de veinte á veinticinco días y otras ocupaciones diversas nos han tenido alejados los unos de los otros; ayer y hoy no todos se han presentado siquiera á la mesa, y quizá algunos están mareados. No los he visto á todos; pero sé que entre los pasajeros hay dos señoras que ocupan los camarotes de popa, cuyas ventanas dan al espejo del buque.

Por lo demás, esta es la lista de los pasajeros, tal como la he copiado del rol del buque:

Mr. y Mrs. Kear, norte-americanos de Buffalo;

Miss. Herbey, inglesa, señorita de compañía de Mrs. Kear;

M. Letourneur y su hijo Andrés Letourneur, franceses del Havre;

William Falsten, ingeniero de Manchester, y John Ruby, negociante de Cardiff, ambos ingleses.

J. R. Kazallon, de Lóndres, autor de estas notas.

II.

CONOCIMIENTO.—MIL SEISCIENTAS BALAS DE ALGODÓN.

29 de Setiembre.

El conocimiento del capitán Huntly, es decir, el acta que hace constar el cargamento de mercancías que van en el *Cancellor* y las condiciones de trasporte de estas mercancías, está concebido en estos términos:

"*Bronsfield y Compañía, Comisionistas. Charleston.*

Yo Juan Sila Huntly, de Dundee (Escocia) capitán del buque *Chancellor*, de novecientas toneladas, poco más ó menos hallándome en Charleston para el primer tiempo conveniente, dirigirme en

línea recta, bajo el amparo de Dios, hasta delante de la ciudad de Liverpool, donde haré mi descarga,—reconozco haber recibido en mi dicho buque, bajo su cubierta alta, de los señores Bronsfield y compañía aquí presentes, comisionistas de mercancías en Charleston, mil setecientas balas de algodón, de valor de unas veintiseis mil libras esterlinas, todo entero, bien acondicionado, marcado y numerado como se expresa al márgen; cuyos efectos prometo conducir en buen estado, salvo los peligros y fortunas de mar, á Liverpool, y entregar á los señores Leard hermanos, ó á sus órdenes, pagándome por mi flete la suma de dos mil libras, sin más, según carta-partida y además las averías, según los usos y costumbres de mar. Y para cumplimiento de lo arriba estipulado he obligado y obligo mi persona, mis bienes y mi dicho buque con todas sus dependencias.

En fe de lo cual he firmado tres cono-

cimientos del mismo tenor, y cumplido el uno, quedarán anulados los demás.

Dado en Charleston el 13 de Setiembre de 1869."

J. S. Huntly.

Así pues el *Chancellor* lleva á Liverpool mil setecientas balas de algodón remesadas por Bronsfield y compañia de Charleston y con destino a Leard hermanos de Liverpool.

El cargamento se ha hecho con el mayor cuidado, pues el buque está construido expresamente para el trasporte de algodón. Las balas ocupan toda la bodega, á excepción de una pequeña parte reservada para los equipajes de los pasajeros, y todas ellas colocadas unas sobre otras, por medio de las máquinas destinadas á levaetar pesos, no forman más que una masa en extremo compacta. Así pues, está aprovechada absolutamente toda la bodega, ventaja considerable para un buque, que puede tomar de este modo su completo de mercancías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV.

MR LETOURNEUR. — SU HIJO ANDRÉS.— IDEAS ACERCA DEL CAPITAN Y DEL SEGUNDO DEL BUQUE.—MISTER Y MISTERS KEAR.—MISS HERBEY.—EL INGENIERO FALSTEN.—EL NEGOCIANTE RUBY.

Del 30 de Setiembre al 6 de Octubre.

El *Chancellor* es muy andador y podría dar sin pena los juanetes, á mas de un buque del mismo tamaño, y cuando la brisa refresca, un largo surco claramente trazado, se extiende hasta perderse de vista detrás de su popa como si fuera una larga banda de encaje blanco, tendida sobre un fondo azul.

El Atlántico no está muy atormentado por el viento. Nadie à bordo que yo sepa se encuentra incomodado, ni por el

balance ni por el cabeceo del buque. Por lo demás todos los pasajeros han navegado ya otras veces y están más ó menos familiarizados con el mar. Por tanto no hay ningún sitio desocupado en la mesa á la hora de las comidas.

Comienzan á establecerse relaciones entre los pasajeros, y la vida de á bordo se hace menos monótona. El francés Mr. Letourneur y yo hablamos con frecuencia.

Mr. Letourneur es un hombre de cincuenta y cinco años, de estatura alta, canoso y de barba gris. Parece ciertamente tener más años de los que en realidad cuenta, lo cual depende de lo mucho que ha padecido. Le han afligido penas profundas, y aun le afligen según me ha dicho. Lleva consigo evidentemente un manantial inagotable de tristeza, lo cual se ve en su cuerpo un poco abrumado y en su cabeza con frecuencia inclinada sobre el pecho. Jamás se rie; se contenta apenas con sonreir, y esto solamente

à su hijo. Su mirada es benévola, pero no se presenta sino como al través de un velo húmedo. Su rostro ofrece una mezcla caracterizada de amargura y de amor, y la expresión general de su fisonomìa es de bondad y cariño.

Diríase que Mr. Letourneur tiene que reconvenirse de alguna desgracia involuntaria.

En efecto, así es; ¿pero á quien no inspirará profunda compasión el saber las reconvenciones, indudablemente exageradas, que ese padre se hace á sí mismo?

M. Letourneur se encuentra à bordo con su hijo Andrés, de edad de unos veinse años, de fisonomía interesante y simpática. Este joven es el retrato un poco gastado de su padre; pero, y este es el dolor incurable de Mr. Letourneur, está achacoso. Su pierna izquierda, miserablemente impulsada hácia fuera le obliga á cojear, y no puede andar sin apoyarse en un bastón.

El padre adora á aquel hijo y parece

que tiene toda su vida reconcentrada en aquel pobre ser. La enfarmedad nativa de su hijo, le hace padecer mas que al mismo jóven, y tal vez le pide perdón por ella. Su afecto hácia Andrés es de todos los instantes; no le abandona, espía sus menores deseos y sus menores actos; sus brazos pertenecen más á su hijo que á él mismo y le rodean y le sostienen cuando el jóven se pasea por el puente del *Chancellor*.

Mr. Letourneur ha simpatizado mas especialmente conmigo y me habla contínuamente de su hijo.

Yo le he dicho:

—Acabo de separarme de Andrés. Tiene usted un hijo muy bueno, señor Letourneur; es un jóven inteligente é instruido.

—Sí, señor Kazallon, responde Mr. Letourneur cuyos labios bosquejan una sonrisa, es una alma hermosa encerrada en un cuerpo miserable, el alma de su pobre madre que murió al darle á luz.

—Le quiere á usted mucho.

—¡Pobre hijo mío! murmura Mr. Letourneur bajando la cabeza. ¡Ah! dice en seguida, no puede usted comprender lo que padece un padre á la vista de un hijo enfermo... .....enfermo de nacimiento.

—Señor Letourneur, le he respondido, en la desgracia que ha herido á su hijo de usted y á usted por consiguiente, no dá usted la parte que á cada uno corresponde. Andrés es digno de compasión sin duda; ¿pero no es nada el ser tan querido de usted como lo es? Una enfermedad física se sufre mejor que un dolor moral, y el dolor moral es todo para usted. Observo atentamente à su hijo y veo que si alguna cosa le afecta particularmente es la aflicción de usted.....

—Yo no se la muestro, responde vivamente Mr. Letourneur. No tengo màs que una ocupación: distraerle en todos los momentos de su vida. He conocido que á pesar de la enfermedad tiene la pa-

sión de los viajes. Su espíritu tiene piernas y hasta alas, y désde hace muchos años viajamos juntos. Hemos visitado toda la Europa primero y ahora acabamos de recorrer los principales Estados de la Unión. Yo mismo he educado á Andrés porque no quería enviarle á un colegio y esta educación la completo por medio de los viajes. Andrés está dotado de una inteligencia viva y de una imaginación ardiente; es sensible y algunas veces me complazco en pensar que olvida su enfermedad apasionándose por los grandes espectáculos de la naturaleza.

—Sí señor.....sin duda.....digo yo.

—Pero si él la olvida, continúa Mr. Letourneur estrechándome la mano, yo no la olvido ni al olvidaré jamás. ¡Ah señor Kazallon! ¿cree usted que mi hijo perdone á su madre y á mí el haberle creado enfermo?

El dolor de este padre acusàndose de una desgracia cuya responsabilidad na-

die tiene, me conmueve profundamente. Quiero consolarle pero su hijo se presenta en este momento; Mr. Letourneur corre hácia él y le ayuda á subir la escalera un poco empinada que termina en la toldilla.

Allí Andrés Letourneur se sienta en uno de los bancos dispuestos encima de las jaulas de gallinas, y su padre se coloca á su lado. Los dos hablan y yo tomo parte en la conversación, la cual tiene por objeto la navegación del *Chancellor*, las probabilidades de hacer una buena travesía y el programa de la vida de á bordo Mr. Letourneur ha formado como yo una idea muy mediana del capitán Huntly. La indecisión de aquel hombre, su apariencia soñolienta, le han impresionado desagradablemente. Por el contrario tiene una opinión muy favorable del segundo. Roberto Kurtis, hombre de treinta años, bien constituido, de gran fuerza muscular, siempre en la actitud de la acción y cuya voluntad pron-

ta parece dispuesta sin cesar á manifestarse por medio de actos.

Roberto Kurtis acaba de subir en este momento al puente. Le observo con atención y me sorprende los síntomas que presenta de su poder y de su expansión vital. Ahí está, el cuerpo derecho, el aire desembarazado, la mirada magnífica, los músculos superciliares apenas contraídos. Es un hombre enérgico y debe tener el frío valor indispensable al verdadero marino. Es al mismo tiempo un ser bondadoso porque se interesa por el jóven Letourneur y se apresura á servirle en todas las ocasiones.

Después de haber examinado el estado del cielo y el velámen del buque, se acerca á nosotros y toma parte en nuestra conversación.

Veo que el jóven Letourneur gusta de hablar con él.

Roberto Kurtis nos dá algunos pormenores acerca de los pasajeros con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

quienes todavìa no hemos establecido sino relaciones muy inperfectas.

Mr. Mrs. Kear son dos americanos del Norte que han hecho grandes ganancias en la explotación de las minas de petróleo. Sabido es en efecto, que este es el orígen de muchas riquezas modernas de los Estados-Unidos; pero Mrs. Kear hombre de cincuenta años que más bién parece enriquecido que rico, es un triste compañero pues no busca ni quiere màs que su propia comodidad. Un ruido metálico sale á cada instante de sus bolsillos en los cuales tiene siempre metidas las manos. Orgulloso, vanidoso, contemplador de sí mismo y despreciador de los demás, afecta una suprema indiferencia hácia todo lo que no es su persona. Se hincha como un pavo, se mira, se remira, se saborea, para usar los términos del sabio fisonomista Gratiolet; en fin, es un necio forrado en egoísta y no me explico por qué ha tomado pasaje á bordo del *Chancellor* simple buque mer-

cante que no puede ofrecerle las comodidades de los vapores trasatlánticos.

Mrs. Kear, su esposa, es una mujer insignificante, negligente, indiferente, en cuyas sienes está marcada la edad de los cuarenta; sin talento, sin estudios, sin conversación. Mira, pero no vé; escucha pero no oye, y no me atrevería á afirmar que piensa.

La única ocupación de esta mujer es hacerse servir à cada paso por su señorita de compañía, Miss Herbey, jòven inglesa, de veinte años, amable y bondadosa, que no gana sino con humillación las pocas libras de sueldo que le arroja el mercader del petróleo.

Esta jóven es muy linda, es una rubia de ojos azules oscuros, y su fisonomía graciosa no tiene la insignificancia que se observa en ciertas inglesas. Su boca sería encantadora si alguna vez tuviera tiempo ú ocasión de sonreir. Pero, ¿á quién, ni á propósito de qué podría sonreirse la pobre niña, expuesta á las ince-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

santes ridiculeces y á los necios caprichos de su señora? Sin embargo, si Miss Herbey padece en su interior, por lo menos se somete con resignación á su suerte.

William Falsten es un ingeniero de Manchester, de aire excesivamente inglés. Dirige una grán fábrica de motor hidráulico en la Carolina del Sur, y va á Europa en busca de nuevos aparatos perfeccionados, entre otros, los molinos de fuerza centrífuga de la casa Cail. Es hombre de cuarenta y cinco años, especie de sabio que no piensa más que en máquinas, cuyo espíritu absorben por entero la mecánica y el cálculo, y que fuera de ellos no vé más allá.

Cuando se apodera de uno en la conversación no es posible desprenderse de él, y hay que pasar todo entero por su engranadura.

En cuanto al señor Ruby, es la efigie del negociante vulgar, sin grandeza ni originalidad. Este hombre, durante vein-

te años, no ha hecho más que comprar y vender, y como por lo general ha comprado barato y vendido caro, tiene hecha su fortuna. Por lo demás, nadie puede decir lo que hará de ella. Como toda su existencia se ha embrutecido en el comercio al por menor, no piensa ni reflexiona; su cerebro está cerrado á toda impresión y no justifica de modo alguno la frase de Pascal: *El hombre ha sido hecho sin duda alguna para pensar, y en esto consisten absolutamente su dignidad y su mérito.*

V.

DIEZ DIAS DE VIAJE.—EL RUMBO QUE LLEVA EL BUQUE.—LAS BERMUDAS.

7 de Octubre.

Hace diez días que hemos salido de Charleston y parece que hemos hecho bastante camino. Hablo con frecuencia con el segundo del buque, y se ha establecido ya cierta intimidad entre los dos.

Roberto Kurtis me dice que no debemos estar muy lejos del grupo de las Bermudas, es decir, hácia el cabo Hatteras. La observación nos ha dado 32° 20' de latitud Norte y 64° 50' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

—Avistaremos las Bermudas y más particularmente la isla de San Jorge, an-

tes de la noche, me dice el segundo. Yo le pregunto:

—¿Pues cómo nos dirigimos hácia las Bermudas? yo creìa que un buque que sale de Charleston para ir à Liverpool deberia dirigirse al Norte y seguir la corriente del Gulf-Stream.

—Sin duda, señor Kazallon, respondió Roberto Kurtis, esa es la dirección que se toma generalmente; màs parece que esta vez el capitán no ha sido de opinión de seguirla.

—¿Por qué?

—Lo ignoro; pero ha dado el rumbo al Este y el *Chancellor* va al Este.

—¿Y no se lo ha hecho vd. observar?

—Le he dicho que no era el rumbo habitual, y me ha respondido que sabia lo que se hacia.

Hablando así Ruberto Kurtis frunce muchas veces el entrecejo y se pasa maquinalmente la mano por la frente. Creo observar que no dice todo lo que quisiera decir.

- Sin embargo, señor Kurtis, le he dicho, estamos ya á 7 de Octubre, y creo que no es ocasión de probar caminos nuevos. No tenemos un dìa que perder si queremos llegar á Europa antes de la mala estación.

—No, señor Kazallon, ni un día.

—Señor Kurtis, ¿será una indiscreción preguntar à vd. lo que piensa del capitán Huntly?

—Pienso, me responde, pienso que.... es mi capitán.

Esta respuesta evasiva no deja de hacerme reflexionar.

Roberto Kurtis no se ha engañado. Hácia las tres el marinero de vigía anuncia la tierra á barlovento hácia el Nordeste; pero todavía no se presenta sino como un vapor.

A las seis subo al puente en compañía de los Letourneur y contemplamos el grupo de las Bermudas, islas relativamente poco elevadas y defendidas por una cadena formidable de rompientes.

—Ese es el archipiélago encantado, dice Andrès Letourneur, el grupo pintoresco que su poeta de ustedes, Tomas Moore, ha celebrado en sus odas. Ya en 1643 el desterrado Walter había hecho una descripción entusiasta de estas islas, y si no me engaño, las señoras inglesas, durante algún tiempo, no quisieron llevar màs sombreros de los que se hacían de cierta paja de palmera de las Bermudas.

—Tiene usted razón, mi querido Andrés, he respondido, el archipiélago de las Bermudas ha estado muy de moda en el siglo XVII; pero ahora ha caído en el olvido más completo.

—Por lo demás, amigo Andrés, dice Roberto Kurtis, los poetas que hablan con entusiasmo de este archipiélago no deben de estar de acuerdo con los marinos, porque esa mansión cuyo aspecto les ha seducido, es difícilmente abordable para los buques, y los escollos, á dos ó tres leguas de tierra, forman un cintu-

ron semicircular sumergido bajo las aguas y muy temido de los navegantes. Añadiré que la serenidad del cielo, que tanto ponderan los habitantes de esas islas, se ve turbada con frecuencia por los huracanes. Sus islas reciben el coletazo de esas tempestades que devastan las Antillas, coletazo que, como el de una ballena, es lo más temible de la tempestad. No aconsejaria yo, pues, á los que navegan por el Oceáno que se fiara de las relaciones de Walter ni de Tomás Moore.

—Señor Kurtis, dice sonriendo Andrés Letourneur, usted debe tener razòn; pero los poetas son como los proverbios, que siempre se encuentra uno para contradecir al otro. Si Tomás Moore y Walter han celebrado ese archipiélago como una mansión maravillosa, el más grande de sus poetas de ustedes, Shakspeare, por el contrario, conociéndolo sin duda mejor, ha creído que debió colocar en él las más terribles escenas de su drama, *La Tempestad*.

En efecto, son parajes peligrosos estos de las inmediaciones del archipiélago de las Bermudas. Los ingleses, á quienes ha pertenecido desde su descubrimiento, no le utilizan sino como puesto militar, situado entre las Antillas y la Nueva Escocia. Por lo demás está destinado á acrecentarse y probablemente en grande escala. Con el tiempo ese principio del trabajo de la naturaleza, ese archipiélago, ya compuesto de ciento cincuenta islas ó islotes, contará mucho mayor número, pues las madréporas trabajan incesantemente en construir nuevas Bermudas, que se unirán entre sí y formarán poco á poco un nuevo continente.

Ni los otros tres pasajeros ni Mrs. Kear se han tomado la molestia de subir al puente para examinar este curioso archipiélago. En cuanto á Miss Herbey apenas ha llegado á la toldilla, cuando la voz áspera de Mrs. Kear la llama y la obliga á volver á sentarse á su lado.

VI.

GURESA MAR.—¿ESTÁ LOCO EL CAPITAN?—
SINGULAR ASPECTO.

Del 8 al 13 de Octubre.

El viento comienza á soplar del Nordeste con cierta violencia y el *Chancellor*, bajo sus gavias, con rizos bajos y su mesana, ha tenido que ponerse á capa corrida.

La mar es muy gruesa y el buque se fatiga mucho, los tabiques de la cámara gimen con un ruido que acaba por crispar los nervios. Los pasajeros se mantienen en su mayor parte bajo la toldilla.

Yo prefiero permanecer en el puente aunque una lluvia fina me penetra con sus moléculas pulverizadas por el viento.

En efecto, son parajes peligrosos estos de las inmediaciones del archipiélago de las Bermudas. Los ingleses, á quienes ha pertenecido desde su descubrimiento, no le utilizan sino como puesto militar, situado entre las Antillas y la Nueva Escocia. Por lo demás está destinado á acrecentarse y probablemente en grande escala. Con el tiempo ese principio del trabajo de la naturaleza, ese archipiélago, ya compuesto de ciento cincuenta islas ó islotes, contará mucho mayor número, pues las madréporas trabajan incesantemente en construir nuevas Bermudas, que se unirán entre sí y formarán poco á poco un nuevo continente.

Ni los otros tres pasajeros ni Mrs. Kear se han tomado la molestia de subir al puente para examinar este curioso archipiélago. En cuanto á Miss Herbey apenas ha llegado á la toldilla, cuando la voz áspera de Mrs. Kear la llama y la obliga á volver á sentarse á su lado.

VI.

GURESA MAR.—¿ESTÁ LOCO EL CAPITAN?—SINGULAR ASPECTO.

Del 8 al 13 de Octubre.

El viento comienza á soplar del Nordeste con cierta violencia y el *Chancellor*, bajo sus gavias, con rizos bajos y su mesana, ha tenido que ponerse á capa corrida.

La mar es muy gruesa y el buque se fatiga mucho, los tabiques de la cámara gimen con un ruido que acaba por crispar los nervios. Los pasajeros se mantienen en su mayor parte bajo la toldilla.

Yo prefiero permanecer en el puente aunque una lluvia fina me penetra con sus moléculas pulverizadas por el viento.

Durante dos días corrimos así á la capa. El movimiento de las capas atmosféricas ha pasado de *gran fresco á golpe de viento*; se calan los masteleros de juanete. El viento en este momento hace de cincuenta á sesenta millas por hora (1).

A pesar de las excelentes cualidades del *Chancellor* su deriva es considerable y vamos arrastrados hácia el Sur. El estado del cielo, oscurecido por las nubes no permite tomar altura, y no estando establecido el punto nos vemos obligados á atenernos à la estima.

Mis compañeros de viaje, á quienes el segundo nada ha dicho, no pueden saber que hacemos un rumbo absolutamente inexplicable. La Inglaterra está al Nordeste y nosotros corremos hàcia el Sudoeste. Roberto Kurtis no comprende la obstinación del capitán, que à lo menos debería cambiar sus amuras, y haciendo rumbo al Noroeste, volver á tomar las corrientes favorables. Pero no: desde

[1] Unos treinta metros por segundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que el viento ha saltado al Nordeste el *Chancellor* se inclina cada vez más al Sur.

Aquel día, hallándome sólo en la toldilla con Roberto Kurtis, le digo:

—¿Está loco su capitán de usted?

—Eso pregunto yo, señor Kazallon, dice Roberto Kurtis; usted debe saberlo, pues que le ha observado ya atentamente.

—No sè qué responder, señor Kurtis; pero confieso que su fisonomía singular, sus ojos extraviados.....Ha navegado usted ya otra vez con él?

—No, esta es la primera vez.

—¿Y le ha renovado usted sus observaciones acerca del rumbo que seguimos?

—Sí; pero me ha respondido que era el bueno.

—Señor Kurtis, ¿y qué piensan el teniente Walter y el contramaestre de esta manera de obrar?

—Piensan lo que yo.

—¿Y si el capitán Huntly quisiera conducir el buque à China...

—Le obedecerían como yo.

—Sin embargo la obediencia tiene sus límites.

—No, mientras la conducta del capitán no ponga el buque á riesgo de perderse.

—¿Pero, y si está loco?

—Si está loco, señor Kazallon, yo sabré lo que debo hacer.

Esta es una complicación que no esperaba de modo alguno al embarcarme en el *Chancellor*.

Entre tanto, el tiempo se ha puesto cada vez peor, y en esta parte del Atlántico se desencadena un verdadero golpe de viento. El buque se ha visto obligado á ponerse à la capa de su gavia mayor con rizos bajos y el foque, es decir, que hace, por decirlo así, frente al viento, presentando sus fuertes cachetes á la mar. Pero como ya se ha dicho, su de-

riva es grande y nos vemos cada vez más rechazados hácia el Sur.

Esto es tan evidente, cuanto que en la noche del 11 al 12 el *Chancellor* entra plenamente en el mar de sargazos.

Este mar, encerrado por la tibia corriente del Gulf-Stream, es una vasta estensiòn de agua cubierta de esas algas que los españoles llaman *sagarzos*, y donde las carabelas de Colón no navegaron sin trabajo, durante su primera travesía del Océano.

Cuandó llega el dia el Atlántico ofrece á nuestros ojos un singular aspecto y los Letourneur vienen á observarlo, á pesar de las ruidosas ráfagas que hacen resonar los obenques metálicos, como verdaderas cuerdas de arpa. Nuestros vestidos, pegados à nuestro cuerpo, se desgarrarían completamente si presentaran la menor presa al aire. El buque salta sobre este mar espeso á consecuencia de esta prolífica familia de las fucáceas, vasla llanura de yerba, que corta con la ro-

da como con una reja de arado. Algunas veces largos filamentos recogidos por el aire se arrollan á las cuerdas como sarmiento de vid, y forman una cortina de verdor, tendida de un màstil á otro. Entre estas largas algas, interminables cintas que no miden menos de trescientos á cuatrocientos piés, las hay que van á arrollarse hasta la perilla de los masteleros, como otros tantos gallardetes flotantes. Por espacio de algunas horas hay que luchar contra esta invasión de algas, y en ciertos momentos el *Chancellor*, con su arboladura cubierta de hidrofitos ligados por estas lianas caprichosas, debe parecerse á un bosque movible en medio de una pradera inmensa.

VII.

CONTINUA EL RUMBO AL SUDESTE.—RUIDO ESTRAÑO. — ESCOTILLAS CERRADAS.—SE RIEGAN LOS ENCERADOS QUE LAS CUBREN.

14 de Octubre.

El *Chancellor* ha salido al fin de este Océano vegetal y la violencia del viento se ha disminuido, volviendo á ser *buen fresco*. Marchamos rápidamente con los rizos en las gavias.

El sol se ha presentado hoy y brilla con vivo resplandor. La temperatura comienza á ser muy cálida; el punto establecido en buenas condiciones nos dá 21° 33' de latitud Norte y 50° 17' de longitud Oeste. Así, pues, el *Chancellor* ha bajado más de diez grados hácia el Sur.

¡Y su rumbo continúa siendo al Sudeste!

He querido saber la causa de esta inconcebible obstinación del capitán Huntly y he hablado varias veces con él. ¿Está en su juicio ó no lo está? No sé qué creer; en general habla racionalmente. ¿Se encuentra acaso bajo la influencia de una locura parcial, de una especie de *distracción*, que recae precisamente en las cosas de su oficio? Se han observado ya algunos de esos casos fisiológicos y de ello he hablado á Roberto Kurtis, que me escucha friamente, diciéndome como antes, "que no tiene derecho de sustituir á su capitán, mientras el buque no vaya á perderse por algún acto de locura perfectamente averiguado." En efecto, esta sustitución sería una medida grave y que envolvería una séria responsabilidad.

He vuelto a mi camarote, hácia las ocho de la noche, y á la claridad de una lámpara de balance he pasado una hora

leyendo y reflexionando. Después me he acostado y he dormido.

Un ruido estraño me ha despertado á las pocas horas. Pasos pesados resuenan sobre el puente y oigo vivas interpelaciones y respuestas. Me parece que la gente de la tripulación corre de un lado á otro precipitadamente. ¿Cuál es la causa de esta agitación extraordinaria? Sin duda se bracean las vergas, cosa necesaria para virar de bordo.....pero no, no puede ser eso, porque el buque continúa dando la banda por estribor, y por consiguiente no ha cambiado sus amuras.

Pienso un instante en subir al puente, pero en seguida cesa el ruido. Oigo entonces al capitán Huntly volver á entrar en su cámara, situada delante de la toldilla y yo vuelvo de nuevo á meterme en cama.

Sin duda es una maniobra la que ha motivado tantas idas y venidas. Sin embargo, los movimientos del buque no se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

han aumentado; por consiguiente el viento no ha cobrado fuerza.

Al día siguiente, 14, subo á la toldilla á las seis de la mañana y empiezo á reconocer el buque.

Nada ha cambiado á bordo.....en apariencia. El *Chancellor* corre amuras à babor con sus velas bajas, sus gavias y juanetes. Está bien apoyado y marcha admirablemente por el mar, que se levanta à impulsos de una brisa fresca y manejable. Su celeridad es grande en este momento, y no debe ser inferior á once millas por hora.

Pronto los Letourneur, padre é hijo, se presentan sobre el puente. Ayudo al joven á subir á la toldilla. Andrés respira con placer el aire de la mañana, tan vivificador y tan cargado de perfumes marinos.

Les pregunto si no les ha despertado esta noche un ruido de pasos que denotaban cierta agitación à bordo.

—No, á mí no, responde Andrès Le

tourneur; he dormido toda la noche de un tirón.

—Querido, el padre, has dormido muy bien entonces, porque á mí también me ha despertado ese ruido de que habla el señor Kazallón; y aun me parece haber oído estas palabras: ¡Pronto, pronto, á las escotillas, á las escotillas!

—¡Ah! dije yo, ¿y qué hora era?

—Las tres de la mañana, sobre poco más ó menos, respondió Mr. Letourneur.

—¿Y no ha sabido usted la causa de ese ruido?

—Lo ignoro, señor Kazallón, pero no puede ser grave, pues no han llamado á ninguno de nosotros al puente.

Miro las escotillas, dispuestas delante y detrás del palo mayor, que dan acceso á la bodega del buque. Están cerradas como de costumbre, pero observo que se hallan cubiertas de espesos encerados, y que se han tomado todas las precauciones necesarias para cerrarlas herméticamente. ¿Por qué se han condenado con

tanto cuidado estas aberturas? Aquí hay un motivo que no puedo adivinar. Roberto Kurtis me lo dirà sin duda. Espero, pues, á que le llegue el turno de su cuarto, y no digo nada de la observación que he hecho á Mr. Letourneur.

El día debe ser hermoso, porque el sol á su salida se ha presentado magnífico y el aire bastante seco, lo cual es un buen presagio. Se vé también por cima del horizonte opuesto el disco de la luna no completo, y que no se pondrá antes de las diez y cincuenta y siete de la mañana. Dentro de tres dìas entrará el cuarto menguante y el 24 la luna nueva. Consulto mi anuario y observo que ese dia tendremos una hermosa marea de sicigia. Poco nos importa á nosotros que flotamos en pleno Océano y no podemos ver los efectos de esa marea; pero en todas las costas de los continentes y de las islas el fenòmeno será curioso de observar, porque la luna nueva levantará las masas de agua á una altura grandísima.

Estoy solo en la toldilla, los Letourneur han bajado á tomar el té y espero al segundo del buque.

A las ocho, Roberto Kurtis viene á tomar su cuarto, que le cede el teniente Walter, y yo voy á estrecharle la mano.

Antes de saludarme, Roberto Kurtis dirige rápidamente una mirada al puente del buque y frunce rápidamente el entrecejo. Después examina el estado del cielo y velámen del buque.

Acercándose luego al teniente Walter, le dice:

—¿Donde está el capitán Huntly?

—No le he visto todavía.

¿No hay nada de nuevo?

—Nada.

Después, Roberto Kurtis y Walter hablaban algunos instantes en voz baja.

A una pregunta que el primero le dirige responde Walter con un signo negativo.

Envíeme usted al contramaestre, Wal-

ter, dice Kurtis en el momento de separarse del teniente.

No tarda el contramaestre en presentarse y Roberto Kurtis le dirige algunas preguntas á las cuales aquel responde en voz vaja, pero moviendo la cabeza con aire de disgusto. Después, obedeciendo una órden del segundo, el contramaestre llama la brigada de cuarto y hace regar los encerados que cubren la escotilla mayor.

Pocos instantes después me acerco á Roberto Kurtis y nuestra conversaciòn gira al principio sobre cosas insignificantes. Viendo que el segundo no alude al objeto que quiero tratar, le pregunto:

—A propósito, señor Kurtis, ¿qué ha pasado esta noche á bordo?

Roberto Kurtis me mira atentamente sin responder.

—Sí, añado, me ha despertado un ruido estraño, que también ha interrumpi-

do el sueño á M. Letourneur. ¿Qué ha pasado?

—Nada, señor Kazallón, responde Roberto Kurtis: un falso golpe de barra del timonel estuvo á punto de hacer tomar por avante al buque, y ha sido necesario bracear de improviso, lo cual ha causado cierta agitación en el puente. Pero el mal se ha reparado en breve y el *Chancellor* ha recobrado inmediatamente su rumbo.

Me parece que Roberto Kurtis, tan sincero de ordinario, no me dice la verdad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

¿QUE SUCEDE EN LA BODEGA?—CONVERSACIÓN ENTRE LOS MARINEROS.—INQUIETUD DE ROBERTO KURTIS.—QUEJAS DE LOS PASAJEROS.—LIMPIEZA EXTRAORDINARIA.—SU VERDADERA CAUSA.

Del 15 al 18 de Octubre.

La navegación continúa en las mismas condiciones, el viento fijo al Nordeste, y para un ánimo desprevenido no parece que haya nada anormal á bordo.

—Sin embargo, hay algo! Los marineros, con frecuencia agrupados, hablan entre sí, y cuando alguno de nosotros se acerca guardan silencio. Muchas veces he cogido al vuelo la palabra *escotilla*, que ya ha chocado á Mr. Letourneur. ¿Qué hay en la bodega del *Chancellor*,

que exige tantas precauciones? ¿por qué están las escotillas tan herméticamente cerradas? Cierto que si tuviéramos una tripulación enemiga encerrada en el entrepuente, no tomaríamos medidas más severas para tenerla bien guardada.

El 15, paseándome por el alcázar de proa, oigo al marinero Owen decir á sus compañeros:

—Tened entendido, muchachos, que yo no esperaré hasta el último momento. Cada uno mira por sí.

—¿Pero, qué harás, Owen? le pregunta el cocinero Jynxtrop.

—¡Buena pregunta! responde Owen. Para algo se han inventado las chalupas.

Esta conversación ha sido interrumpida bruscamente y no he podido oir más.

¿Se trama alguna conspiración contra los oficiales del buque? ¿habrá sorprendido Roberto Kurtis algunos síntomas de rebelión? Siempre ha sido de temer la mala voluntad de ciertos marineros, y

es preciso imponerles una disciplina de hierro.

Tres días han pasado, durante los cuales nada nuevo en apariencia he podido observar.

Desde ayer he notado, sin embargo, que el capitán y el segundo tienen frecuentes conferencias. Roberto Kurtis experimenta ciertos movimientos de impaciencia, lo que me sorprende siempre en un hombre tan dueño de sí mismo; pero me parece que á consecuencia de estas conversaciones, el capitán se obstina más que nunca en sus ideas. Además, me parece poseído de una sobreexitación nerviosa, cuya causa no puedo adivinar.

Los Letourneur y yo hemos observado durante la comida la taciturnidad del capitán y la inquietud de Roberto Kurtis. Algunas veces el segundo trata de animar la conversación, pero esta decae casi inmediatamente y ni el ingeniero Falsten ni Mrs. Kear son personas á propósito para levantarla, y mucho menos

Ruby. Sin embargo, estos pasajeros comienzan à quejarse, no sin razón, de lo largo de la travesía, y Mrs. Kear como hombre ante quien deben someterse los elementos, parece hacer responsable al capitán Huntly de la demora y le reconviene en alta voz.

Durante el día 17 y desde aquel momento según las órdenes del capitán, se riega el puente muchas veces al día. Ordinariamente esta operación no se hace sino por la mañana; pero sin duda está motivada ahora por la elevación de la temperatura que sufrimos, pues hemos sido rechazados grandemente hácia el Sur. Los encerados que cubren las escotillas estàn mantenidos en un estado constante de humedad, y su tejido estrechado en forma de telas absolutamente impermeables. El *Chancellor* está provisto de bombas que facilitan este lavado en grande.

Creo que el puente de las goletas mas lujosas del Yacht-Club no está sometido

à una limpieza más completa. Hasta cierto punto la tripulaciòn del buque podria quejarse de este aumento de trabajo, pero observó que no se queja.

Durante la noche del 23 al 24, la temperatura de los camarotes y de la cámara me ha parecido casi sofocante. Aunque el mar está agitado y es bastante grueso, he debido dejar abierta la portilla de luz de mi camarote perforada en las paredes de estribor del buque.

Decididamente se conoce que estamos bajo los trópicos.

Al amanecer he subido al puente. Fenómeno bastante inesplicable: no he encontrado que la temperatura exterior esté en relación con la interior del buque. Por el contrario, la mañana es fresca porque el sol apenas se ha presentado por cima del horizonte; y sin embargo, no me he engañado, hacía realmente demasiado calor en la toldilla.

En aquel momento los marineros están ocupados en el incesante lavado del

puente, y las bombas arrojan agua que según la inclinación del buque, se escapa por los imbornales de estribor ó de babor.

Los marineros con los pies desnudos corren por aquella sábana límpida que echa espuma levantando pequeñas olas. Sin saber por qué, me entra gana de imitarles. Me quito las botas y las medias é introduzco mis pies en aquella agua fresca del mar.

Con gran sorpresa mía encuentro el puente del *Chancellor* sensiblemente caliente bajo mis pies, y no puedo contener una exclamación.

Roberto Kurtis me oye, se vuelve, viene hácia mí, y respondiendo á una pregunta que todavía no le he formulado, dice:

—Pues bien, sí, tenemos fuego á bordo.

IX.

LOS PROGRESOS DEL INCENDIO.—PRECAUCIONES.—ESPERANZAS.

19 de Octubre.

Todo se explica: los conciliábulos de los marineros, sus ademanes recelosos, las palabras de Owen, el riego del puente para mantenerlo en un estado permanente de humedad, y en fin, ese calor que se esparce ya por la cámara y que se hace csi intolerable. Los pasajeros se quejan como yo, y no pueden comprender una temperatura tan extraordinaria.

Roberto Kurtis después de haberme dado esta noticia queda en silencio. Espera mis preguntas, pero confiese que en el primer momento se ha apoderado de

mí un temblor que me ha impedido el uso de la palabra. Entre todos los peligros que podían presentarse en una travesía, éste es el más temible, y no hay un hombre, por sereno que sea y dueño de sì mismo, que pueda oir sin estremecerse las siniestras palabras: *hay fuego á bordo.*

Sin embargo, recobro mi serenidad casi al momento, y mi primera pregunta á Roberto Kurtis es esta:

—¿Desde cuando tenemos fuego?

—Desde hace seis días.

—¡Seis dias! exclamo. ¿Entonces es aquella noche?.....

—Sí, responde Roberto Kurtis, aquella noche que sintió usted tanta agitación en el puente del *Chancellor*. Los marineros de cuarto habían notado una leve humareda que se escapaba por los intersticios de la escotilla mayor. Inmediatamente fuimos avisados el capitàn y yo. ¡No habìa duda posible! Se había prendido fuego á las mercancías en la bodega

y no había ningún medio de penetrar hasta el foco del siniestro. Hicimos entónces lo único que podía hacerse en semejantes circunstancias, es decir, condenar las escotillas de manera que se impidiese al aire penetrar en lo interior del buque. Esperaba que de este modo lograríamos sofocar ese principio de incendio, y en efecto, durante los primeros días he creído que lo habíamos dominado. Pero desde hace tres días, por desgracia, se ha averiguado que el fuego hace nuevos progresos. El calor que se desarrolla bajo nuestros pies se aumenta sin cesar, y si no fuera por la precaución que he tomado de conservar el puente siempre húmedo, no sería ya soportable. Después de todo, prefiero que sepa usted estas cosas, señor Kazallon, añadió Roberto Kurtis, y por eso se las digo.

He escuchado en silencio la relación del segundo. Comprendo toda la gravedad de la situación en presencia de un incendio cuya intensidad se aumenta de

día en día, y que tal vez ningún poder humano será capaz de dominar.

—¿Sabe usted lo que ha prendido el fuego? he preguntado á Roberto Kurtis.

—Probablemente, me responde, se debe à una combustión espontánea de algodón.

—¿Sucede eso con frecuencia?

—Con frecuencia no, pero algunas veces, porque cuando el algodón no está bien seco en el momento de embarcarle, puede producirse la combustión espontáneamente en las condiciones en que se encuentra en el fondo de una bodega húmeda que es difícil ventilar. Para mí es evidente que el incendio que ha estallado á bordo no tiene otra causa.

—De todos modos, ¿qué importa la causa? respondo. ¿Hay algo que hacer, señor Kurtis?

—No, señor Kazallon, me responde, y repito á usted que hemos tomado las precauciones que las circunstancias exigen. Al principio pensé en dar un ba-

rreno al buque en su línea de flotación para introducir cierta cantidad de agua que las bombas habrían agotado en seguida, pero nos ha parecido que el incendio se ha propagado á las capas intermedias del cargamento, y sería necesario anegar enteramente la bodega para llegar hasta el foco. Sin embargo, he hecho perforar el puente en ciertos sitios, y durante la noche se vierte agua por esas aberturas aunque no es bastante. No; no hay verdaderamente sino una cosa que hacer, que es lo que se hace siempre en semejantes casos, y es proceder por sofocación, cerrando toda salida exterior, y obligar al incendio á apagarse por sí mismo por falta de oxígeno.

—¿Y continúa el incendio?

—Sí, lo cual prueba que penetra el aire en la bodega por alguna abertura que á pesar de todas las investigaciones no hemos podido descubrir.

—¿Hay ejemplos de buques que hayan

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY, MEXICO

resistido en tales condiciones, señor Kurtis?

—Sin duda, señor Kazallon, y no es raro que lleguen á Liverpool ó al Havre buques cargados de algodón con una parte de su cargamento consumido por el incendio. Pero en estos casos el fuego ha podido ó extinguirse ó por lo menos contenerse durante la travesía. He conocido más de un capitán que ha llegado al puerto con un puente que casi le quemaba los pies.

Entonces se ha hecho rápidamente la descarga y se ha salvado la parte sana de las mercancías, al mismo tiempo que el buque. Pero aquí es otra cosa, y conozco que el fuego, lejos de contenerse, hace nuevos progresos cada día. Es preciso que exista alguna abertura que se haya ocultado á nuestras investigaciones y por ella viene el aire exterior á activar el incendio.

—¿No habría medio de volver atrás y dirigirnos á la tierra más próxima?

—Tal vez, me responde Roberto Kurtis, y esa es la cuestión que el teniente, el contramaestre y yo vamos á discutir hoy mismo con el capitán. Pero á usted le digo que he tomado bajo mi responsabilidad el cambio de rumbo, y que ahora llevamos viento en popa y corremos al Sudoeste, es decir, hácia la costa.

—¿No saben nada los pasajeros del peligro que les amenaza? he preguntado al segundo.

—Nada, y le ruego á usted que guarde el secreto de lo que acabo de decirle para que no aumente nuestras dificultades el terror de las mujeres y de la gente pusilánime. Por eso la tripulación ha recibido la orden de no decir nada.

Comprendo las razones graves que hacen proceder de este modo al segundo, y le prometo un silencio absoluto.

X.

LOS PASAJEROS EN LA TOLDILLA.—NUEVA Y TERRIBLE COMPLICACION.

20 y 21 de Octubre.

En estas condiciones continúa navegando el *Chancellor*, y desplegando toda la lona que su arboladura puede soportar. Algunas veces los masteleros de juanete se doblan hasta el punto que parece van á romperse; pero Kurtis vela; y situado cerca de la rueda del timón no quiere dejar al timonel entregado á sí mismo. Dando pequeñas guiñadas diestramente producidas, cede á la brisa cuando la seguridad del buque podría verse comprometida, y en lo posible el

—Tal vez, me responde Roberto Kurtis, y esa es la cuestión que el teniente, el contramaestre y yo vamos á discutir hoy mismo con el capitán. Pero á usted le digo que he tomado bajo mi responsabilidad el cambio de rumbo, y que ahora llevamos viento en popa y corremos al Sudoeste, es decir, hácia la costa.

—¿No saben nada los pasajeros del peligro que les amenaza? he preguntado al segundo.

—Nada, y le ruego á usted que guarde el secreto de lo que acabo de decirle para que no aumente nuestras dificultades el terror de las mujeres y de la gente pusilánime. Por eso la tripulación ha recibido la orden de no decir nada.

Comprendo las razones graves que hacen proceder de este modo al segundo, y le prometo un silencio absoluto.

X.

LOS PASAJEROS EN LA TOLDILLA.—NUEVA Y TERRIBLE COMPLICACION.

20 y 21 de Octubre.

En estas condiciones continúa navegando el *Chancellor*, y desplegando toda la lona que su arboladura puede soportar. Algunas veces los masteleros de juanete se doblan hasta el punto que parece van á romperse; pero Kurtis vela; y situado cerca de la rueda del timón no quiere dejar al timonel entregado á sí mismo. Dando pequeñas guiñadas diestramente producidas, cede á la brisa cuando la seguridad del buque podría verse comprometida, y en lo posible el

Chancellor no pierde nada de su celeridad bajo la mano que le dirije.

Durante todo el día 20 de Octubre, los pasajeros han subido todos á la toldilla. Indudablemente han debido notar la elevación anormal de la temperatura en lo interior de la cámara, pero no pudiendo sospechar la verdad, no tienen ningún recelo. Por lo demás, sus piés, convenientemente calzados, no han sentido aquel calor que penetra las tablas del puente, á pesar del agua que contìnuamente se vierte en ellas. A lo menos esta maniobra parece que habría debido suscitar su admiración; pero no sucede así, y la mayor parte, sentados en sus bancos, se dejan mecer por el balanceo del buque en un estado de perfecta quietud.

Solo Mr. Letourneur ha parecido sorprendido, y advierte que la tripulación se entrega á un acceso de limpieza poco común en los buques de comercio. Sobre este punto me hace algunas obseva-

ciones á las cuales yo respondo en tono indiferente. Sin embargo, este francés es hombre enérgico y yo podría sin inconveniente decírselo todo, pero he prometido à Roberto Kurtis guardar secreto y me callo.

Después, cuando me pongo á reflexionar sobre las consecuencias de la catastrofe que puede producirse de un momento á otro, se me oprime el corazòn. Somos veintiocho personas á bordo, veintiocho víctimas quizà á las cuales las llamas no dejarán en breve ni una sola tabla intacta.

Hoy se ha celebrado la conferencia del capitán, el segundo, el teniente y el contramaestre, conferencia de la cual depende la salvación del *Chancellor*, de los pasajeros y de su tripulación.

Roberto Kurtis me ha participado la resolución adoptada. El capitán Huntly se encuentra enteramente fuera de juicio, lo que era fàcil prever. No tiene ni serenidad ni energía, y tácitamente deja el

mando del buque á Roberto Kurtis. El progreso del incendio en el interior del buque es ya indiscutible, y en el puesto de la tripulación, situado á proa, es difícil permanecer, siendo evidente que no puede dominarse el incendio y que tarde ó temprano estallará con violencia.

¿Qué conviene hacer en este caso? No hay más que un partido que tomar y es llegar cuanto antes a la tierra más próxima. Esta tierra, hechos los cálculos necesarios, se encuentra que es la de las Pequeñas Antillas, y puede esperarse que llegaremos á ella muy pronto con este viento persistente del Nordeste.

Adoptado este parecer, el segundo no tiene que hacer más que mantener el rumbo que sigue desde hace veinticuatro horas. Los pasajeros sin punto de apoyo en aquel mismo Océano y poco familiarizados con las indicaciones de la brújula, no han podido conocer el cambio de dirección ni la marcha del *Chan-*

cellor que con todas las velas desplegadas y los sobre-juanetes y rastreras tiende á acercarse á tierra de las Antillas, de la cual todavía le separan màs de seiscientas millas.

Sin embargo, Roberto Kurtis, respondiendo à una pregunta que le hace M. Letourneur, sobre el cambio de rumbo, dice: que no pudiendo adelantar mucho á barlovento, va á buscar hácia el Oeste corrientes más favorables.

Esta es la única observación que ha suscitado el cambio del rumbo del *Chancellor*.

Al día siguiente, 24 de Octubre, la situación es la misma. A los ojos de los pasajeros la navegación continúa en condiciones ordinarias y nada ha cambiado en el programa de la vida de à bordo.

Por lo demás, los progresos del incendio no se manifiestan al exterior, lo cual es buenr señal. Las aberturas han sido tan herméticamente cerradas que ni el

más pequeño humo indica la combustión interior. Quizá sera posible reconcentrar el fuego en la bodega, y tal vez por falta de aire ó quedará estacionado sin propagarse á todo el cargamento. Esta es la esperanza de Roberto Kurtis, y para mayor precaución ha hecho tapar también con cuidado el orificio de las bombas, cuyo tubo prolongándose hasta el fondo de la bodega podìa dar paso à algunas moléculas de aire.

—Protéjanos el cielo, pues verdaderamente nada podemos hacer por nosotros mismos!

Aquel día habría pasado sin incidente si la casualidad no me hubiera hecho oir algunas palabras de las cuales resulta que nuestra situación, ya gravísima, pue de llegar á ser espantosa de un momento á otro.

El lector juzgará.

Estaba yo sentado en la toldilla al lado de dos pasajeros que hablaban en voz baja sin sospechar que algunas de sus

palabras llegaban hasta mi oído. Eran el ingeniero Falsten y el negociante Ruby que solían conversar frecuentemente.

Desde luego atrajo mi atención un ademán expresivo del ingeniero que parecía reconvenir vivamente á su interlocutor. Entonces no pude menos de prestar atención y oí estas palabras:

—Pero eso es absurdo, dijo Falsten; no puede darse mayor imprudencia!

—Bah, respondió Ruby en tono indiferente, no sucederá nada.

—Al contrario, pueden suceder grandes desgracias, repuso el ingeniero.

—¡Quiá! dijo el negociante, no es la primera vez que lo hago.

—¿Por qué no haber avisado al capitán?

—Porque no habría querido traer á bordo mi caja.

Habiendo arreciado el viento algunos instantes no oí nada más, pero era claro que el ingeniero continuaba insistiendo

mientras Ruby se encogía de hombros manifestando indiferencia.

En breve llegaron nuevas palabras hasta mì.

—Sí, sí, dijo Falsten, es preciso advertir al capitán; es preciso arrojar esa caja al mar; no tengo maldita la gracia de volar por los aires,

¡Volar! me levanto al oir estas palabras. ¿Qué quiere decir el ingeniero? ¿á qué aluden? No conoce la situación del *Chancellor* é ignora que el cargamento está devorado por un incendio.

Pero una palabra, palabra espantosa en las circunstancias actuales, me hace dar un salto. Aquella palabra, ó mejor dicho, aquella frase es, *picrato de potasa*, frase que se repite muchas veces en la conversaciòn.

En un instante me acerco à los pasajeros è involuntariamente con fuerza irresistible asiendo á Ruby por el cuello le digo:

—¿Hay picrato á bordo?

—Sí, responde Falsten, una caja que contiene treinta libras.

—¿Dónde està?

—En la bodega con las mercancías.

XI.

EL PICATRO DE POTASA.—SUSTO GENERAL. LOCURA DE RUBY.

Continuación del 21 de Octubre.

—No puedo contar lo que pasa por por mí al oir la respuesta de Falsten. Más que de espanto me encuentro poseído de una especie de resignaciòn. Me parece que esto completa la situación y hasta puede desenlazarla. Por lo mismo me adelanto con gran serenidad en busca de Roberto Kurtis que estaba en el alcázar de proa.

Roberto Kurtis, al saber que una caja que contiene treinta libras de picrato, es decir, lo bastante para hacer volar una montaña, està á bordo del buque en la

bodega, en el foco mismo del incendio y que el *Chancellor* puede hacer explosión de un momento á otro, se queda inmóvil y apenas si su frente se arruga y su pupila se dilata.

—Bien, me responde; ni una palabra de esto. ¿Dónde está Ruby?

—En la toldilla.

—Venga usted conmigo, señor Kazallon.

Llegamos juntos á la toldilla donde el ingeniero y el negociante disputaban todavìa.

Roberto Kurtis va derecho á ellos.

—¿Ha traído usted picrato de potasa? pregunta á Ruby.

—Si señor, sì, lo he traído, responde tranquilamente Ruby que se creía culpado todo lo más de un pequeño fraude.

Por un instante me parece que Roberto Kurtis va á aplastar al desdichado pasajero, que no puede comprender la gravedad de su imprudencia. Pero al fin logra contenerse y le veo que aprieta las

manos que tiene cruzadas á la espalda para no verse obligado á ahogar con ellas á Ruby.

Después con voz tranquila le interroga. Este confirma los hechos que ha referido. Entre los bultos de su equipaje se encuentra una caja que contiene unas treinta libras de la sustancia peligrosa. Este pasajero ha procedido en la ocasión presente con la imprudencia inherente, preciso es confesarlo, á las razas anglo-sajonas, introduciendo esa mezcla explosiva en la bodega del buque como un francés hubiera podido introducir una botella de vino. Si no ha declarado la naturaleza de aquel bulto, es porque sabía perfectamente que el capitan se habría negado á admitirle.

—Al fin y al cabo, añade encogiéndose de hombros, esto no merece que ahorquen á un hombre; y si esa caja les incomoda à ustedes tanto, no hay más que arrojarla al mar. Mi equipaje està asegurado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al oir esta respuesta no puedo contenerme porque no tengo la serenidad de Roberto Kurtis y poseído de cólera irresistible me precipitó sobre Ruby antes que el segundo lo pueda impedir y exclamó:

—¡Miserable! ¿no sabe usted que tenemos fuego á bordo?

Apenas he pronunciado estas palabras, siento haberlas dicho, pero ya es tarde. El efecto que producen en Ruby es indescriptible: el desdichado se vé acometido de un temblor convulsivo; el cuerpo se le paraliza apoderándose de él una rigidez tetánica; se le erizan los cabellos, abre los ojos desmesuradamente, la respiración se le oprime como si estuviera asmático, no puede hablar y llega en él el espanto á sus últimos límites. De repente se agitan sus brazos; mira el puente del *Chancellor* que puede saltar de un instante á otro, se lanza de la toldilla abajo, se levanta, y recorre el buque gesticulando como un loco. Después reco-

brando el uso de la palabra se escapan de su boca estas siniestras frases:

—¡Fuego á bordo, fuego á bordo!

Al oir este grito toda la tripulación acude al puente creyendo sin duda que el siniestro estallá al exterior y que ha llegado la hora de huir en las embarcaciones. Llegan después los pasajeros: Mrs. Kear, su mujer, miss Herbey, los dos Letourneur. Roberto Kurtis quiere imponer silencio à Ruby, pero éste ha perdido la razón.

En aquel momento el desorden es extremo. Mrs. Kear ha caído desmayada sobre el puente. Su marido no se cuida de ella y deja a miss Herbey la tarea de socorrerla. Los marineros han enganchado ya el aparejo de la chalupa á fin de lanzarla al mar.

Entre tanto refiero á los Letourneur lo que ignoran, es decir, que el cargamento está encendido. El pensamiento del padre se fija inmediatamente en el peligro que corre su hija y le estrecha en

sus brazos. El joven conserva una gran serenidad y tranquiliza á su padre repitiéndole que el peligro no es inmediato.

Roberto Kurtis ayudado del teniente logra contener á los hombres de la tripulación afirmàndoles que el incendio no ha hecho nuevos progresos, que el pasajero Ruby no sabe lo que se hace ni lo que se dice; que no debe obrarse con precipitación y que cuando llegue el momento se hará el abandono del buque como debe hacerse.

La mayor parte de los marineros se contienen al oir la voz del segundo á quien estiman y respetan. Este consigue de ellos lo que el capitàn Huntly no habría podido conseguir, y la chalupa queda en su sitio.

Por fortuna Ruby no ha hablado del picrato encerrado en la bodega. Si la tripulación conociese la verdad y supiera que el buque es un volcán próximo

tal vez á entreabrirse bajo los pies, se desmoralizaria, no se la podría contener y huiría á toda costa.

El segundo, el ingeniero Falsten y yo somos los únicos que sabemos la terrible complicación que se une al incendio y es preciso que seamos los únicos en saberlo.

Cuando se restablece el orden, Roberto Kurtis y yo nos reunimos con Falsten en la toldilla. El ingeniero se ha quedado allí con los brazos cruzados pensando quizá en algún problema de mecánica en medio del espanto general. Le recomendamos que no diga una palabra de la nueva complicación debida à la imprudencia de Ruby.

Falsten promete guardar secreto. En cuanto al capitàn Huntly, que ignora todavía la terrible gravedad de la situación, Roberto Kurtis se encarga de decírsela.

Pero antes es preciso asegurar la per

sona de Ruby porque el desdichado se halla en completo estado de demencia. No tiene ya conciencia de sus actos y corre por el puente gritando siempre.

—¡Fuego; fuego!

Roberto Kustis da orden á los marineros de que se apoderen del pasajero y al fin logran atarle sólidamente y ponerle una mordaza, hecho lo cual le llevan á su camarote donde le ponen centinelas de vista.

La palabra terrible no se ha escapado de su boca.

XII.

Roberto Kurtis se encarga del mando. Se mantiene el rumbo al Sudoeste.

22 y 23 de Octubre.

Roberto Kurtis ha dado cuenta de todo al capitàn Huntly. Este de derecho sino de hecho es su jefe y no podía ocultar la situación.

Al oir esta comunicación el capitán no ha respondido una sola palabra, y después de haberse pasado la mano por la frente como si quisiera desechar una idea importuna, ha vuelto à entrar tranquilamente en su cámara sin dar ninguna órden.

Roberto Kurtis, el teniente, el ingeniero Falsten y yo celebramos consejo y

me admira la serenidad de todos ellos en estas circunstancias. Se discuten todas las probabilidades que nos quedan de salvación y Roberto Kurtis resume la situación de esta manera:

—El incendio no puede ser detenido, dice, y ya la temperatura del puesto de proa es inaguantable. Llegará, pues, el momento, y quizá pronto, en que la intensidad del fuego será tal que las llallamas se abrirán camino al través del puente. Si antes de esta nueva forma de la catásttofe el estado del mar nos permite utilizar nuestras embarcaciones, abandonaremos el buque. Si por el contrario, no nos es posible dejar el *Chancellor*, lucharemos contra el fuego hasta el último momento. Tal vez combatiremos mejor al enemigo que se presenta que al enemigo que se oculta.

—Ese es mi parecer, responde tranquilamente el ingeniero.

—También el mío, contesto yo. Pero señor Kurtis ¿no tiene usted en cuenta

la circunstancia de que hay treinta libras de una sustancia explosiva encerradas en la bodega.

—No, señor Cazallon, responde Roberto Kurtis; es un pormenor de la situación del cual prescindo ¿Y por qué no había de prescindir? ¿puedo ir á buscar esa sustancia entre el cargamento incendiado y en una bodega donde no debemos permirir que se introduzca el aire?

No. no quiero ni pensar en eso ¿No es verdad que antes que yo acabe de pronunciar una frase puede el picrato haber producido su efecto? Pues bién, ó el fuego llega á inflamarlo ó no llego. Por consiguiente esa circunstancia de que usted habla no existe para mí: es asunto de Dios y no mio evitarnos esa suprema catástrofe.

Roberto Kurtis ha pronunciado estas palabras con tono grave y todos bajamos la cabeza sin responder· Visto el estado del mar, la fuga inmediata es imposible, por consiguiente, como dice

Kurtis, hay que prescindir de esa circunstancia.

—La explosión no es necesaria, diría un formalista no es más que contingente.

Esta observación la hace el ingeniero con la mayor serenidad del mundo.

—Una pregunta quisiera que usted me contestase, señor Falsten, digo yo entonces. El picrato de potasa ¿puede inflamarse cuando no hay choque?

—Ciertamente, responde el ingeniero. En condiciones ordinarias el picrato no es más inflamable que la pólvora común, pero lo es tanto como ella: *ergo*.....

Falsten ha dicho *ergo*. ¿No parece que hace una demostración en un curso de química?

Hemos subido sobre el puente. Al salir de la cámara Roberto Kurtis me toma la mano.

—Señor Kazallon, me dice sin tratar de disimular su emoción. ¡Ver devorar por el fuego este buque este *Chancellor*

que yo quiero tanto y no poder hacer nada ¡nada!

—¡Señor Kurtis, esa emoción!...

—Dispense usted, no he sido dueño de mí mismo: usted sólo habrá visto lo que padezco..... Pero esto se ha acabado, añade haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Es decir que la situación es desesperada? le he preguntado entónces.

—La situación es ésta, responde friamente Roberto Kurtis. Estamos atados á un horno de mina y la mecha está encendida. Falta saber si esa mecha será larga.

Después se retira.

En todo caso la tripulación y los demás pasajeros ignoran hasta qué punto es grave nuestra situación.

Desde que se ha sabido que hay fuego Mrs. Kear se ocupa en reunir sus objetos más preciosos y naturalmente no piensa en su mujer. Después de haber intimado al segundo la orden de hacer apagar

el fuego haciéndole responsable de todas las consecuencias, ha vuelto à entrar en su camarote de popa sin dejarse ver más. Mrs. Kear lanza contínuas gemidos, y á pesar de sus ridiculeces dá compasión la pobre mujer. Mis Herbey en estas circunstancias se cree menos que nunca exenta de sus deberes para con su ama y la cuida con absoluta simpatía. No puede menos de admirar la conducta de esta jòven, para quien el deber lo es todo.

Al día siguiente, 23 de Octubre, el capitàn Huntly manda llamar al segundo que va à verlo á su camarote, y entre ellos media esta conversación, cuyos términos me ha referido Roberto Kurtis.

—Señor Kurtis, dice el capitán cuya vista extraviada indica la turbación de sus facultades mentales, yo soy morino ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues, bien, figórese usted que no sé mi oficio...ignoro lo que pasa en mí... pero se me olvida...ya no sé nada. ¿Es

que no hemos seguido la dirección del Nordeste desde nuestra salida de Charleston?

—No señor, responde el segundo, hemos llevado rumbo del Sudeste siguiendo las órdenes que usted ha dado.

—¿Pero no llevamos cargamento para Liverpool?

—Sin duda.

—¿Y el?...¿cómo se llama el puque, señor Kurtis?

—El *Chancellor*.

—Ah sí, el *Chancellor*. ¿Se encuentra ahora?...

—Al sur del tròpico.

Pues, bien, señor Kurtis, yo no me encargo de volverle á poner al Norte...no, no podrìa...no deseo ya salir de mi cámara...la vista del mar me hace daño.

—Señor capitán, responde Roberto Kurtis, espero que nuestros cuidados....

—Sì, sí, veremos...mas adelante. Entre tanto voy á dar á usted una orden, pero será la última que reciba de mí.

—Usted dirá, responde el segundo.

—Señor Kurtis, dice el capitán, desde este momento yo no soy nada á bordo y usted toma el mando del buque.....Las circunstancias son más fuertes que yo y conozco que no puedo dominarlas. Mi cabeza se pierde.....Padezco mucho, señor Kurtis, añade el capitàn Huntly oprimiéndose la frente con las manos.

—El segundo examina atentamente al hombre que hasta entonces mandaba a bordo y se contenta con responderle:

—Está bien.

Después vuelve á subir al puente y me cuenta lo que ha pasado.

—Sí, le digo, ese hombre tiene por lo menos enfermo el cerebro si es que no está loco del todo, y vale más que voluntariamente haya abdicado el mando.

—Lo reemplazo en circunstancias graves, me responde Roberto Kurtis. No importa, cumpliré con mi deber.

Esto dicho, Roberto Kurtis llama á un

marinero y le manda buscar al contramaestre.

El contramaestre llega inmediatamente.

—Contramaestre, le dice Roberto Kurtis, reuna usted la tripulación al pie del palo mayor.

El contramaestre se retira y pocos instantes después la tripulación del *Chancellor* está reunida en el sitio indicado.

Roberto Kurtis se presenta en medio de los marineros.

—Muchachos, dice con voz serena, en la situación en que estamos y por razones que yo sé, el señor Sila Huntly ha creído deber renunciar sus funciones de capitàn. Desde este momento yo mando à bordo.

Así se ha verificado este cambio que puede redundar en bien de todos. Tenemos á nuestra cabeza un hombre enérgico y seguro, que no retrocederá ante ninguna medida para la salvación común. Los Letourneur, el ingeniero Falsten y yo, felicitamos inmediatamente á

Roberto Kurtis, y el teniente y el contramaestre unen sus cumplimientos á los nuestros.

Se mantiene el rumbo del buque al Sudoeste y Roberto Kurtis forzando velas, trata de llegar lo màs pronto posible á la más próxima de las Pequeñas Antillas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII.

MAR DURA.—INTRANQUILIDAD.—CATORCE DIAS DE INCENDIO.—TERRORES.—LLAMAS. MUERTE DE RUBY.

Del 24 al 29 de Octubre.

Durante los cinco días que siguen, la mar está muy dura. Aunque el *Chancellor* ha renunciado á luchar contra ella y corre con el viento y la ola, experimenta grandes sacudidas. Durante esta navegación en un brulote, no tenemos un solo momento de tranquilidad y contemplamos con ojos envidiosos aquella agua que rodea al buque y que nos atrae y fascina.

—Pero, he dicho á Roberto Kurtis ¿por què no perforar el puente y precipitar toneladas de agua en la bodega?

Aun cuando el buque se llenara de agua ¿que mal habría en ello? Apagado el incendio, las bombas volverían á echar toda esa agua al mar.

—Señor Kazallón, responde Roberto Kurtis, ya he dicho á usted y le repito que si abrimos paso al aire por poco que sea, el fuego se propagará en un instante á todo el buque, y las llamas le envolverán desde la quilla hasta el tope de los palos. Estamos condenados á la inacción, y hay circunstancias en que es preciso tener valor de no hacer nada.

Sí, cerrar herméticamente todas las salidas, es el único medio de combatir el incendio, y esto es lo que hace la tripulación.

Sin embargo, los progresos del fuego son incesantes y quizá más rápidos de lo que suponemos. Poco á poco el calor se ha ido haciendo tan fuerte, que los pasajeros han tenido que refugiarse sobre el puente, y los camarotes de popa iluminados por las ventanas del espejo, son

los únicos que pueden todavía seguir ocupados. Mrs. Kear no sale del uno, y el otro le ha puesto Roberto Kurtis á disposición del negociante Ruby.

He ido varias veces á visitar à este desdichado que se encuentra enteramente loco, y es preciso tenerle atado para que no rompa la puerta de su camarote. Cosa singular: ha conservado en su locura un sentimiento de terror, y lanza horribles gritos como si bajo la influencia de un fenómeno fisiológico sintiese verdaderas quemaduras.

También he ido varias veces á visitar al ex-capitán, y encuentro en él un hombre muy tranquilo que habla razonablemente, excepto en lo que se refiere à su oficio de marino. Sobre este punto lo que dice no tiene sentido común. Le ofrezco mis servicios porque padece en efecto, pero no quiere aceptarlos y no sale tampoco de su cámara.

Hoy, el puesto de la tripulación ha sido invadido por una humareda acre y

nauseabunda que se filtra por los intersticios de los tabiques. Es cierto que el incendio se aumenta por aquel lado, y prestando el oído se oyen chasquidos sordos. ¿Dónde toma ese fuego el aire que le alimenta? ¿Cuàl es la abertura que se ha escapado á nuestras investigaciones? La espantosa catàstrofe no puede ya estar lejana. Quizá no es cuestión más que de algunos días, tal vez de algunas horas, y por desgracia la mar está tan gruesa que no hay ya que pensar en poder huir en las embarcaciones.

Por orden de Roberto Kurtis se cubren los tabiques del puesto con un encerado que incesantemente se empapa en agua. A pesar de estos cuidados, el humo traspira en medio de un calor húmedo que se esparce por la proa del buque y hace casi irrespirable èl aire.

Por fortuna el palo mayor y el de mesana son de hierro; sin esto, quemados por el pie, habrían venido abajo y estaríamos perdidos.

Roberto Kurtis despliega toda la tela posible, é impulsado por aquel viento del Nordeste que va refrescando cada vez más, el *Chancellor* marcha con rapidez.

Ya hace catorce días que se ha declarado el incendio, y sus progresos son incesantes porque no hemos podido combatirle. Ahora la maniobra es cada día más difícil á bordo. En la toldilla, cuyo pavimento no está en relación inmediata con la bodega, se puede todavía estar; pero en el puente hasta el castillo de proa es imposible andar ni aun con calzado fuerte. El agua no basta ya para refrescar aquellas tablas lamidas por el fuego, y que se arrufan sobre sus barrotes. La resina de la madera de abeto se encoge alrededor de los nudos, las costuras se abren y la brea liquidada por el calor corre por el puente haciendo caprichosos dibujos según las exigencias de los babanes.

Para colmo de desdicha, el viento salta bruscamente al Noroeste y sopla con

furia. Es un verdadero huracán como los que se presentan algunas veces en aquellos parajes y que nos aparta de las tierras de las Antillas á donde tratamos de llegar. Roberto Kurtis quisiera hacerse firme capeando, pero el viento es tan furioso que el *Chancellor* no puede mantenerse a la capa y pronto tiene que tomar la fuga para evitar los golpes de mar que son terribles cuando acometen á un buque por el costado.

El 29 la tempestad se encuentra en todo su furor. El Océano está agitadísimo y el embate de las olas cubre completamente al *Chancellor*. Sería imposible echar al mar una embarcación sin que fuese inmediatamente sumergida. Nos hemos refugiado unos en la toldilla, otros en el castillo de proa. Todos nos miramos sin que nadie se atreva á hablar.

En cuanto á la caja de picrato de potasa, no pensamos en ella. Hemos olvidado *ese pormenor* para emplear la expresión de Roberto Kurtis. No sé verdad e-

ramente si la explosión del buque, que desenlazaría de un golpe la situación, sería ó no de desear. Al admirar estas frases pienso dar el estado exacto de nuestros ánimos. El hombre amenazado largo tiempo de un peligro, acaba por desear que se presente, porque la inminencia de una catástrofe inevitable es más horrible que la realidad.

Mientras era tiempo todavía, el capitàn Kurtis ha mandado retirar una parte de los vìveres almacenados en la despensa, en la cual ya no se podría penetrar ahora. El calor ha deteriorado una gran cantidad de provisiones, pero quedan algunos barriles de carne salada y de galleta, un tonel de aguardiente y varias barricas de agua, que se han colocado sobre el puente con varias mantas, instrumentos, una brújula y velas, á fin de poder en caso necesario abandonar inmediatamente el buque.

A las ocho de la noche, á pesar del estrépito del huracán y del ruido del in-

cendio, las escotillas del puente se levantan bajo la presión del aire caldeado y torbellinos de humo negro se escapan como el vapor por la vàlvula de la caldera.

La tripulación se precipita hácia Roberto Kurtis para pedirle órdenes. Una idea única se apodera de todos: huir de aquel volcán que va á estrellar bajo sus pies.

Roberto Kurtis mira al Océano, cuyas olas monstruosas rompen con estrépito sobre el buque. No es posible ni siquiera acercarse á la chalupa colocada en su calzón, en medio del puente; pero es todavía posible utilizar la canoa izada sobre sus pescantes de estribor, lo mismo que la ballenera suspendida á la popa del buque.

Los marineros se precipitan hácia la canoa.

—No, grita Roberto Kurtis, no. Eso sería jugar á un golpe de mar nuestra última probabilidad de salvación.

Algunos marineros medio locos de terror, Owen à su cabeza, quieren sin embargo, lanzar al agua la embarcación. Roberto Kurtis se precipita sobre la toldilla, y cogiendo una acha, esclama:

---¡Al prinero que toque el aparejo le parto el cráneo!

Los marineros se retiran. Algunos suben á los flechastes de los obenques. Otros se refugian hasta en las cofas.

A las once se oyen detonaciones violentas en la bodega. Son los tabiques que estallan, dando paso al aire caliente y al humo. Inmediatamente torrentes de vapor salen por la funda del puesto de proa, y una larga lengua de llama va à lamer el mástil de mesana.

Estallan entonces gritos en todas partes. Miss. Kear sostenida por Miss Herbey, huye precipitadamente de las cámaras, á donde llega el fuego. Después se presenta Sila Huntly con el rostro ennegrecido por el humo y tranquilamente saludando à Roberto Kurtis se dirige

hàcia los obenques de proa, sube por los flechastes y se instala en la gavia de mesana.

La vista de Sila Huntly me recuerda entonces que otro hombre ha quedado aprisionado bajo la toldilla, en aquel camarote que va à ser quizá devorádo por las llamas.

¿Dejaremos perecer á ese desgraciado Ruby? Me lanzo hácia la escalera...El desgraciado ha roto las ligaduras y sale en aquel momento con los cabellos quemados y los vestidos ardiendo. Sin proferir un grito, marcha por el puente y no siente calor en sus pies. Se arroja entre los torbellinos de humo, y el humo no le sofoca. Es como una salamandra humana que corre al través de las llamas.

Oyóse entonces una nueva detonación; la chalupa salta en pedazos; la escotilla de en medio salta, desgarrando el encerado, y un chorro de llama, largo tiempo

comprimido, llega hasta la mitad del mástil.

En aquel momento el loco da gritos espantosos y se escapan de sus labios estas palabras:

—¡El picrato, el picrato todos vamos á volar, á volar!

Después, sin que nadie pueda detenerlo, se precipita por la escotilla en aquel horno ardiente.

XIV.

SE PIERDEN LA CHALUPA Y LA CANOA.—COMUNICACION INTERRUMPIDA ENTRE PROA Y POPA.—EL INCENDIO REDOBLA SU VIOLENCIA.—DURA ALTERNATIVA.

Durante la noche del 29 de Octubre:

Esta escena ha sido espantosa y todos han sentido su horror por completo, á pesar de la situación desesperada en que nos encontramos.

Ruby no existe, pero sus últimas palabras van a tener quizà consecuencias muy funestas. Los marineros le han oído gritar: "¡El picrato, el picrato!" Han comprendido que el buque puede saltar hecho pedazos de un momento á otro, y que no es sólo un incendio, sino una explosión espantosa la que les amenaza.

Algunos marineros, no pudiendo ya contenerse, quieren huir á toda costa y sin tardanza, y gritan:

—¡La canoa, la canoa!

No ven, no quieren ver los insensatos que el mar está alborotado y que ninguna embarcación podría arrostrar aquellas olas que suben hasta una altura prodigiosa. Nada puede contenerlos y ya no oyen la voz de su capitán. Roberto Kurtis se arroja en medio de la tripulación, pero en vano. El marinero Owen excita á sus compañeros; las trapas de la lancha son largas y la embarcación es empujada al exterior.

Balancéase un instante en el aire, y obedeciendo al movimiento del buque va á chocar contra la vagra. Otro esfuerzo de los marineros la desprenden y ya está á punto de llegar al mar, cuando una ola monstruosa la toma por debajo, la aparta un instante y con una fuerza irresistible la estrella contra el costado del buque.

La chalupa y la canoa han sido destruidas y ya no nos queda más que una frágil y estrecha ballenera.

Los marineros heridos de estupor permanecen inmóviles. No se oyen más que los silbidos del viento entre las cuerdas y los ronquidos del incendio. El horno se abre profundamente en el centro del buque y torrentes de vapor fuliginoso, escapándose por la escotilla, suben hasta el cielo. Desde el castillo de proa á la toldilla ya no se vé, y una barrera de llamas divide el *Chancellor* en dos partes.

Los pasajeros y dos ó tres hombres de la tripulación se han refugiado detrás de la toldilla. Miss Kear se halla tendida sin conocimiento sobre una de las jaulas de gallinas y Miss Herbey está cerca de ella. Mr. Letourneur se ha apoderado de su hijo y le estrecha sobre su corazón; yo estoy poseído de una agitación nerviosa que no puedo calmar. Entre tanto el ingeniero Falsten consulta friamente

su reloj y anota la hora en su libro de memorias.

¿Qué pasa á proa, donde han quedado, sin duda, el teniente, contramaestre y el resto de la tripulación á quienes no podemos ver?

Toda comunicación se halla interrumpida entre las dos mitades del buque y nadie podria atravesar la cortina de llamas que sale por la escotilla mayor.

Me acerco á Roberto Kurtis y le pregunto:

—¿Todo está perdido?

—No, me responde. Ya que está abierta la escotilla vamos á arrojar por ella un torrente de agua á ese horno y quizá lograremos apagarlo.

—Pero, ¿cómo manejar las bombas en ese puente que quema los piés, señor Kurtis? ¿cómo dar órdenes á los marineros al través de estas llamas?

Roberto Kurtis no me responde.

—¿Todo está perdido? le pregunto de nuevo.

—No señor, nó, me dice Roberto Kurtis y mientras resista bajo mis piés una sola tabla no perderé la esperanza.

Entre tanto ha redoblado la violencia del incendio y las aguas del mar se tiñen de una claridad rojiza. Por cima de nuestras cabezas las nubes bastante bajas, se cubren de grandes reflejos leonados. Chorros de llama contínuos salen al través de las escotillas, y nosotros nos hemos refugiado sobre el coronamiento de popa, detrás de la toldilla. Miss Kear ha sido depositada en la ballenera que está suspendida de sus pescantes de popa y Miss Herbey se encuentra junto á ella.

¡Que noche tan espantosa! ¡Que pluma sería bastante a describir sus horrores!

El huracán, entonces, en toda su violencia, sopla sobre aquel brasero como un ventilador inmenso. El *Chancellor* corre en las tinieblas como un brulote gigantesco. No hay otra alternativa: ó arrojarse al mar ó perecer en las llamas.

Pero ¿no se inflama al fin ese picra-

to? ¿no se abrirá ya el volcán bajo nuestros piés? ¿habrá mentido Ruby? ¿no habrá tal sustancia explosiva encerrada en la bodega?

A las once y media, en el momento en que el mar es más terrible que nunca, se oye un estrépito particular, el ruido más temido de los marineros, que viene á aumentar el de los elementos desencadenados. Entonces se oye á proa este grito:

—Rompientes, rompientes á estribor!

Roberto Kurtis salta sobre el parapeto, dirige una rápida mirada á las blancas olas y volviéndose hácia el timonel, grita con voz imperativa:

—¡La barra á estribor, toda!

Pero ya es tarde. Siento que somos levantados sobre la espalda de una ola monstruosa y de repente se produce un choque. El buque toca por la proa, talonea muchas veces y el mástil de mesana roto á raiz del puente, cae al mar.

El *Chancellor* queda inmóvil.

XV.

ENCALLADOS.—EL AGUA ENTRA EN EL BUQUE.—SE VA EXTINGUIENDO EN EL FUEGO.

Continuación de la noche del 29 de Octubre.

No son todavía las doce. No hay y la oscuridad es profunda. No podemos sabe en que sitio acaba el buque de encallar. Vilentamente rechazado por la tormenta, ¿habrá llegado al fin á la costa americana y estaremos à la vista de tierra?

He dicho que el *Chancellor*, después de haber taloneado varias veces, ha quedado absolutamente inmóvil. Pocos instantes después se oye hácia proa un ruido

de cadenas, lo cual indica á Roberto Kurtis que se han echado las anclas.

—Bien, bien, dice; el teniente y el contramaestre han echado las dos anclas. De esperar es que resistirán.

Veo entonces á Roberto Kurtis adelantarse por los parapetos hasta el límite á donde permiten llegar las llamas. Se desliza por la mesa de guarnición de estribor, del lado donde el buque da la banda y allí se mantiene, durante algunos minutos, á pesar de las grandes oleadas que le acometen. Veo que presta el oído como si escuchara un ruido particular en medio del rumor de la tormenta.

Al fin vuelve á la toldilla y dice:

—El agua entra en el buque, y esa agua, si el cielo nos socorre, quizá dominará el incendio.

—Pero, ¿y después? le pregunto.

—Señor Kazallon, responde Roberto Kurtis, después está el porvenir, y será lo que Dios quiera.

No pensemos sino en el presente.

La primera cosa que debería hacerse sería acudir á las bombas, pero en este momento no se puede llegar á ellas entre las llamas. Es probable que por alguna abertura de la tablazón, hundida en el fondo del buque, entre gran cantidad de agua, porque me parece que ya disminuye la violencia del fuego. Se oyen silbidos atronadores, que prueban que los dos elementos luchan entre sí. De seguro la base del foco del incendio ha sido atacada por el agua y la primera fila de las balas de algodón se encuentra ya anegada. Pues bien, que el agua mate el incendio; después la combatiremos nosotros à su vez Quizá sea menos temible que el fuego. El agua es el elemento del marino, y éste se halla acostumbrado á vencerla.

Durante las tres horas que dura todavía esta larga noche, esperamos con ansiedad indescriptible. ¿En dònde estamos? Lo cierto es que las olas se retiran

poco á poco, y que su furor se apacigua. El *Chancellor* debe de haber encallado una hora después de la plea mar, pero es difícil saberlo con exactitud, sin cálculos y sin observaciones. Si así es, podemos tener alguna esperanza, siempre con la condición de que se apague el fuego, de ponernos á flote muy en breve, cuando vuelva la próximá marea.

Hácia las cuatro y media de la mañana, la cortina de llamas tendida entre la proa y la popa del buque se disipa poco a poco, y más allá vemos, en fin, un grupo negro. Es la tripulación que se ha refugiado en el estrecho castillo de proa. Pronto se restablecen las comunicaciones entre los extremos del *Chancellor* y el teniente y el contramaestre vienen á la toldilla, marchando por las vagras, porque no es posible poner el pie en el puente.

El capitán Kurtis, el teniente y el contramaestre conferencían en mi presencia y están de acuerdo en que no puede ha-

cerse nada hasta que amanezca. Si la tierra está inmediata y el mar practicable, nos dirigimos á la costa, ya con la ballenera, ya construyendo una balsa. Si no hay tierra á la vista, y si el *Chancellor* ha encallado en un arrecife aislado, se tratará de ponerle de nuevo á flote, y repararle en lo posible, de manera que pueda llegar al puerto más próximo.

—Pero, dice Roberto Kurtis, y de esta opinión son también el teniente y el contramaestre, es difícil adivinar dónde estamos, porque con estos vientos del Noroeste, el *Chancellor* ha debido ser arrojado muy lejos, hácia el Sur. Ya hace mucho tiempo que no he podido tomar altura. Y sin embargo, como no sé que exista ningún escollo en esta parte del Atlantico, creo que debemos haber encallado en alguna tierra de la America del Sur.

—Pero, digo yo, continuamos bajo la amenaza de una explosión. ¿No podre

mos abandonar el *Chancellor* y refugiarnos?.....

—En este arrecife? dijo Roberto Kurtis. Pero ¿qué forma tiene y de qué se compone? ¿No se cubre completamente de agua en la pleamar? ¿Podemos reconocerle en medio de esta oscuridad? Dejemos venir el día y veremos.

Comunico inmediatamente estas palabras de Roberto Kurtis á los demàs pasajeros. No son muy tranquilizadoras; pero nadie se detiene á pensar en el nuevo peligro que nace de la situación del buque, si por desdicha ha sido arrojado sobre algún arrecife desconocido á muchos centenares de millas de toda tierra. Una sola consideración domina á las demás; y es que ahora el agua combate por nosotros y lucha ventajosamente contra el incendio, y por consiguiente contra las probabilidades de explosión.

En efecto, á las llamas brillantes ha sucedido poco á poco una humareda espesa y negra que se escapa por la esco-

tilla en húmedos torbellinos. Algunas lenguas ardientes se proyectan todavía entre sombrías volutas, pero se extinguen casi al momento. A los ronquidos del fuego suceden los silbidos del agua que se evapora en el foco interior. Seguramente el mar hace allí lo que no hubieran podido hacer nuestros cubos ni nuestras bombas, pues no se necesitaba menos que una inundación para extinguir aquel incendio que se ha propagado en medio de mil setecientas balas de algodón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI.

COMPOSICIÒN DEL ESCOLLO.—EL PALO DE MESANA.—SILA HUNTLY.—NO HAY TIERRA A LA VISTA.—CINCO PIES DE AGUA EN LA BODEGA.—DESPERFECTOS.—SUBE LA MAREA.—A OCHOCIENTAS MILLAS DE TIERRA.

30 de Octubre.

Los primeros resplandores de la mañana han blanqueado el horizonte; pero las brumas del mar contienen la mirada en una circunferencia muy estrécha. Hasta ahora no se vé tierra ninguna, y sin embargo, nuestros ojos registran impacientemente toda la parte occidental y meridional del Océano. En este momento el mar se ha retirado casi enteramente, y no hay seis piés de agua al rededor

del buque que cala unos quince en plena carga. Algunas puntas de roca se asoman acá y allá, y por ciertos colores del fondo se adivina que el escollo está compuesto de rocas balsáticas. ¿Cómo el *Chancellor* ha podido ser trasladado tan adentro del arrecife? Es preciso que una ola enorme le haya levantado, y eso es sin duda lo que yo sentía pocos momentos antes de encallar. Así después de haber examinado la línea de rocas que le rodean, me pregunto si será fácil ó siquiera posible, sacarle de este sitio. Está inclinado de popa á proa, lo que hace muy difícil la marcha por el puente, y además, á medida que el nivel del Océano baja, se inclina mas á babor. Roberto Kurtis ha temido un momento que zozobrase en la baja mar; pero su inclinación se ha fijado al fin inmediatamente, y no hay nada que temer en este punto.

A las seis de la mañana se sienten choques violentos. Es el palo de mesana que después de haber sido arrastrado

por el mar, vuelve á batir los costados del *Chancellor*. Al mismo tiempo se oyen gritos que pronuncian repetidamente el nombre de Roberto Kurtis.

Miramos en la dirección de donde parten los gritos, y à la semi-claridad del alba vemos un hombre agarrado á la cofa del mástil de mesana. Es Sila Huntly, arrastrado con la caída del palo, y que milagrosamente se ha salvado de la muerte.

Roberto Kurtis se precipita al auxilio de su antiguo capitán, y arrostrando mil peligros logrn traerle á bordo. Sila Huntly, sin pronunciar una sola palabra, va á sentarse en el rincón más apartado de la toldilla. Ya no es posible contar con este hombre, convertido en un sèr absolutamente pasivo.

Se logra después hacer pasar á sotavento el palo de mesana, y se le amarra sòlidamente al buque. Nos servira en adelante para algo? ¡Quién sabe!

Ahora el día es ya suficiente claro y

as sombras comienzan á levantarse. La nirada puede recorrer el perímetro del norizonte hasta mas de tres millas, pero nada se presenta que se parezca á una costa. La línea de lás rompientes corre al Sudoeste y Nordeste durante una milla. Al Norte sobresale una especie de islote de forma irregular: es una caprichosa aglomeración de rocas que se levanta á doscientas brazas mas allá del sitio en que está encallado el *Chancellor* y á una altura de cincuenta piës. Debe, pues, dominar el nivel de las mareas más altas. Una especie de calzada muy estrecha, pero prácticable, en la baja marea, nos permitirá llegar á ese islote si fuere necesario.

Más allà el mar recobra su color oscuro; allí el agua es profunda; allí termina el escollo.

Una inmensa desesperaciòn, justificada por la situación del buque, se apodera de todos los ánimos. Es de temer en efecto,

que las rompientes no estén unidas á ninguna tierra.

En este momento, las siete de la mañana, el día es claro y las brumas han desaparecido. El horizonte se presenta alrededor del *Chancellor* con nitidez perfecta; pero la línea de agua y la línea del cielo se confunden en el mismo contorno, y el mar llena todo el espacio.

Roberto Kurtis, inmóvil, observa el Océano principalmente hácia el Oeste. Mr. Letourneur y yo, en pie uno junto á otro, examinamos sus menores movimientos y leemos claramente en su rostro las ideas que pasan por su cerebro. Su sorpresa es grande porque se creìa cerca de tierra, habiéndose inclinado como siempre al Sur desde que estuvimos á la vista de las Bermudas; y sin embargo, no hay tierra ninguna en el horizonte.

En aquel momento Roberto Kurtis sale de la toldilla, y por los parapetos llega hasta los obenques, se lanza à los fle-

chastes por los obenques del palo mayor, atraviesa las barras y llega rápidamente á la encapilladura del mástil de juanete. Desde allí, durante algunos minutos examina con el mayor cuidado todo el espacio; después, tomando uno de los brandales se descuelga hasta la vagra y vuelve á nuestro lado.

Nuestras miradas le interrogan.

—No hay tierra, responde friamente.

Mrs. Kear se adelanta entonces, y con tono de mal humor le pregunta:

—¿Dónde estamos, caballero?

—No lo sé, responde Roberto Kurtis.

—Debería usted saberlo, replica neciamente el mercader de petróleo.

—Puede ser, pero no lo sé.

—Pues bién, vuelve á decir Mrs. Kear, sepa usted entonces que no tengo intención de permanecer eternamente en su buque, y que es necesario ya marchar.

Roberto Kurtis se contenta con encogerse de hombros.

Después volviéndose hácia el grupo

que formábamos Mr. Letourneur y yo, dice:

—Tomaré altura si sale el sol y entónces sabremos á qué punto del Atlántico nos ha arrojado la tempestad.

Roberto Kurtis se ocupa entonces en hacer distribuir víveres á los pasajeros y á la tripulación. Todos tenemos necesidad de ello porque estamos extenuados de hambre y cansancio. Comemos bizcocho y un poco de conserva de carne, y luego Roberto Kurtis sin perder momento, adopta diversas medidas para volver á poner á flote el buque.

El incendio ha disminuido mucho y ya no sale llama ninguna al exterior. El humo es menos abundante aunque negro todavía. Es indudable que el *Chancellor* tiene una gran cantidad de agua en su bodega; pero no es posible averiguarlo porque el puente no es practicable.

Roberto Kurtis manda regar las tablas, y dos horas después, ya los marineros pueden andar por el puente.

El primer cuidado es sondear, y el contramaestre procede á esta operación. Hecho el sondeo, se encuentran cinco pies de agua en la bodega; pero el capitàn todavìa no dá la orden de agotarla, porque quiere que acabe la obra emprendida, atendiendo primero al incendio. Después se quitará el agua. Ahora, ¿sera mejor abandonar inmediatamente el buque y refugiarse en el escollo? El dictámen del capitán Kurtis es contrario á esta idea, y del mismo modo el del teniente y del contramaestre. En efecto, con una mar tan mala no es sostenible la posición en estas rocas, ni aun en las màs elevadas, que deben ser barridas por las grandes olas. En cuanto á las probabilidades de explosión que presenta el buque, se han disminuido ya notablemente. El agua ha invadido sin duda la parte de la bodega, donde está el equipaje de Ruby, y por consiguiente la caja de picrato. Se decide, pues, quedarnos todos en el *Chancellor*.

Se trata después de preparar en la popa, sobre la toldilla, una especie de campamento y se disponen algunos colchones, que no se han quemado, para las dos pasajeras. Los hombres de la tripulación que han salvado sus sacos, les colocan en el castillo de proa, á donde trasladan su alojamiento, pues que su puesto ha quedado absolutamente inhabitable.

Por fortuna los desperfectos no han sido grandes en la despensa; se han salvado bastantes víveres y los barriles de agua. El almacén de velas de repuesto está igualmente intacto.

En fin, quizá hemos llegado al término de nuestros trabajos. Así debe creerse, pues desde la mañana el viento se ha mitigado considerablemente y la mar es mucho menos gruesa, circunstancia en extremo favorable, pues si el *Chancellor* fuese batido por golpes de mar se haría pedazos inevitablemente en estos duros basaltos.

Los Letourneur y yo hemos hablado largamente acerca de los oficiales del buque, de la tripulación, y de la manera de conducirse que han tenido durante este período de peligros. Todos han mostrado valor y energía, distinguiéndose particularmente el teniente Walter, el contramaestre y el carpintero Daoulas; buena gente, buenos marinos, con quienes se puede contar. En cuanto Roberto Kurtis es superior á todo elogio; ahora, como siempre, se multiplica y está en todas partes; no se presenta dificultad que no esté pronto á resolver; anima a sus marineros con la palabra y con la acción, y ha llegado á ser el alma de esta tripulación, que no se mueve sino por sus órdenes.

Desde las siete de la mañana el mar ha empezado à subir. Son las once y todos los picos de las rompientes han desaparecido bajo las aguas. Es de presumir que el nivel de estas haya subido en la bodega del *Chancellor*, á medida que

se ha elevado el del mar, y esto es precisamente lo que sucede. La sonda indica que hay nueve pies y otras capas de algodón se ha anegado. de lo cual debemos felicitarnos.

Desde que la marea ha subido han desaparecido de la vista la mayor parte de las rocas que rodean al buque y no queda más visible que el marco de una pequeña cuenca circular de doscientos cincuenta á trescientos piés de diámetro, y cuyo ángulo Norte ocupa el *Chancellor*. La mar aquí está tranquila y las olas no se propagan hasta el buque, circunstancia afortunáda, porque estando completamente inmóvil nuestro buque sería batido como un escollo.

A las once y media el sol, cubierto de nubes desde las diez, se ha mostrado oportunamente. El capitán, que ha podido ya calcular un ángulo horario por la mañana, se dispone á tomar altura meridiana, y á las doce hace una observación muy exacta.

Después baja á su camarote, calcula el punto, vuelve á la toldilla, y nos dice:

Estamos á los 18° 5' de latitud Norte y 45° 53' de longitud Oeste.

El capitán explica entonces la situación á todos aquellos que no están familiarizados con los números de longitud y latitud. No quiere ocultar nada y tiene razón; desea que todos sepan exactamente á qué atenerse sobre la situación actual.

El *Chancellor* está encallado á los 18° 5' de latitud Norte y 45° 53' de longitud Oeste en un escollo que no está indicado en las cartas. ¿Cómo pueden existir tales arrecifes en esta parte del Atlántico sin que nadie los conozca? ¿Sería éste de formación reciente y producido por algún levantamiento plutoniano? No veo otra explicación que poder dar al hecho.

De todos modos el islote está por lo menos á ochocientas millas de las Guyanas, es decir, de la tierra más próxima.

Esto es lo que el punto trasladado sobre la carta demuestra de la manera más concluyente.

El *Chancellor* ha sido, pues, arrastrado al Sur hasta el paralelo diez y ocho, primero por la obstinación insensata del capitán Huntly y después por el golpe de viento del Noroeste que le ha obligado á huir. Por consiguiente deberá navegar todavía por espacio de ochocientas milias para poder llegar á la costa más inmediata.

Tal es la situación, grave sin duda, pero la impresión que resulta de la comunicación del capitán no es mala, á lo menos en este momento. ¿Qué nuevos peligros podrían ya conmovernos á los que acabamos de librarnos del incendio y de la explosión? Se olvida que la bodega del buque se halla invadida por el agua, que la tierra está distante, que el *Chancellor* cuando vuelva á hacerse á la mar puede zozobrar en su camino. Pero los ámimos están bajo la impresión del

terror pasado y recobrando un poco de tranquilidad se encuentran dispuestos á la confianza.

¿Qué va á hacer ahora Roberto Kurtis?

Sencillamente lo que el simple buen sentido ordena: apagar completamente el incendio, arrojar al mar el todo ó parte de la carga sin olvidar la caja de piera to, tapar la vía de agua y aligerado el buque aprovechar la marea alta para salir del escollo lo más pronto posible.

XVII.

SITUACIÓN.—PELIGROS.—ACTIVIDAD.—EL MAYORDOMO HOBBART.—VISITA AL ARRECIFE.

Continuación del 30 de Octubre.

He hablado con Mr. Letourneur de la situación en que nos hallamos y he creído poder asegurarle que nuestra estancia en el arrecife será corta si las circunstancias nos favorecen. Pero Mr. Letourneur no parece ser de mi opinión.

—Temo, por el contrario, me responde, que tengamos que estar mucho tiempo aquí.

—¿Y por qué? le pregunto. Algunos centenares de balas de algodón que arrojar al agua no constituyen una tarea lar-

ga y difícil, antes bien en dos ó tres días puede quedar terminada.

—Sin duda, señor Kazallón, eso podría hacerse rápidamente si desde ahora mismo pudiera la tripulación poner manos á la obra. Pero es absolutamente imposible penetrar en la bodega del *Chancellor* porque allí el aire no es respirable; ¡y quién sabe si no pasarán muchos días antes de que se pueda bajar, pues que la capa intermedia del cárgamento arde todavía! Por otra parte, una vez dominado el fuego, ¿quedaríamos en estado de navegar? No: sería necesario tapar la vía de agua, que debe ser grande, y cegarla con el mayor cuidado si no queremos irnos á fondo después de haber corrido el riesgo de morir abrasados. No, señor Kazallón, yo no me hago ilusiones y consideraré como una circunstancia felicísima que dentro de tres semanas hayamos podido salir del escollo. ¡Quiera el cielo que entre tanto no se desencadene alguna tempestad antes

de habernos hecho á la mar, porque el *Chancellor* se rompería como si fuese de vidrio en este arrecife, que sería nuestra tumba.

Este es el peligro mayor de que estamos amenazados. El incendio se extinguirá indudablemente; el buque podrá ponerse á flote; á lo menos todo induce á creerlo así, pero estamos á merced de un golpe de viento; y aun admitiendo que la parte mas elevada del escollo pueda ofrecer refugio durante una tempestad, ¿qué sería de los pasajeros y de la tripulación del *Chancellor* cuando no quedasen del buque más que los restos de un naufragio?

—Señor Letourneur, le he preguntado, ¿tiene usted confianza en Roberto Kurtis?

—Absoluta, señor Kazallón, y miro como un favor del cielo que el capitán Huntly le haya entregado el mando del buque. Todo lo que sea necesario hacer para sacarnos de este mal paso estoy seguro de que Roberto Kurtis lo hará.

---Absoluta, señor Kazallón, y miro como un favor del cielo que el capitán Huntly le haya entregado el mando del buque. Todo lo que sea necesario hacer para sacarnos de este mal paso estoy soguro de que Roberto Kurtis lo hará.

Cuando pregunto al capitán cuánto podrá durar nuestra estancia en el arrecife, me responde que todavía no puede calcularlo y que dependerá de las circunstancias, pero que presume que el tiempo no nos será desfavorable. En efecto, el barómetro sube de un modo contínuo y sin oscilar como oscila cuando las capas atmosféricas no están todavía bien equilibradas. Hay pues síntomas de una calma duradera y por consiguiente presagios felices para nuestra operación.

Por lo demás, no se pierde ni una hora de tiempo y todos se ponen à trabajar con actividad.

Roberto Kurtis piensa en primer lugar en extinguir completamente el incendio que consume todavía las capas supe-

riores de las balas de algodón por cima del nivel à donde llega el agua en la bodega. Pero no se trata de perder tiempo en salvar el cargamento. Es evidente que lo único que hay que hacer consiste en ahogar el fuego entre dos sábanas líquidas. Las bombas comienzan, pues, à hacer de nuevo su oficio.

Durante estas primeras operaciones la tripulación es bastante para la maniobra de las bombas. No se ha pedido el auxilio de los pasajeros, pero estamos todos prontos á ofrecer nuestros brazos, cuya fuerza no es de despreciar cuando se proceda á la descarga del buque. Entre tanto los Letourneur y yo ocupamos el tiempo ya en hablar, ya en leer, y yo además dedico algunas horas à redactar este diario. El ingeniero Falsten, poco comunicativo, se absorve en sus cálculos ó traza croquis de madera con plano, corte y alzada. ¡Plegue al cielo que pueda inventar algún poderoso aparato para poner á flote el *Chancellor*! Los Kear

se mantienen apartados de todos y nos ahorran el fastidio de oir sus recriminaciones incesantes; por desgracia miss Herbey se vé obligada á permanecer con ellos y vemos muy poco á la joven. Sila Huntly no se mezcla en nada de lo que interesa al buque: el marino no existe en él y el hombre apenas si vegeta. El mayordomo Hobbart hace su servicio habitual como si el buque estuviese en curso regular de navegación. Este Hobbert es un personaje obsequioso disimulado, generalmente en desacuerdo con su cocinero Jynxtrop, negro de mala catadura, de aire brutal é impudente, que se entiende con los demás marineros más de lo que conviene.

Las distracciones no pueden menos de ser muy raras á bordo. Por fortuna me ocurre la idea de explorar el arrecife desconocido donde ha encallado el *Chancellor*. El paseo no será largo ni ameno sin duda, pero es una ocasión de dejar el buque por algunas horas, y estudiar un

suelo cuyo origen es seguramente curioso.

Importa, además, levantar el plano de este arrecife, que no está indicado en los mapas, y levantarle con cuidado. Pienso que los Letourneur y yo podemos hacer fácilmente este trabajo de hidrografía, dejando luego al capitán Kurtis el cuidado de completarlo, cuando haya calculado de nuevo la longitud y la latitud del escollo con toda la exactitud posible.

Los Letourneur admiten mi proposición. Se pone á nuestra disposición la ballenera, provista de sondalezas y conducida por un marinero, y dejamos el *Chancellor* en la mañana del 31 de Octubre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII.

UN ISLOTE SINGULAR.—ORIGEN PLUTÓNICO LAROCA DEL JAMÓN.—HERMOSA GRUTA.—LO QUE SE PUEDE DAR POR ELLA EN ALQUILER.

Del 31 de Octubre al 5 de Noviembre.

Hemos comenzado por dar la vuelta al islote, cuya longitud mide un cuarto de milla, sobre poco mas ó menos.

Este pequeño viaje de circunnavegación queda terminado rápidamente, y con la sonda en la mano observamos que las inmediaciones del arrecife son muy acantiladas, el agua junto á las rocas es profundísima, y no hay duda, es un brusco levantamiento, un violento empuje debido á la acción de las fuerzas plutonianas,

el que ha proyectado este escollo fuera de las aguas.

En cuanto á su orígen no es discutible; es puramente volcánico. No se ven por todas partes más que bloques de basalto dispuestos en un orden perfecto y cuyos prismas regulares dan al conjunto el aspecto de una cristalización gigantesca. La mar es maravillosamente trasparente alrededor del escollo y permite ver el haz curioso de fustes prismàticos que sostienen esta notable substrucción.

—¡Què islote tan singular! dice M. Letourneur.

Su aparición es sin duda muy moderna.

—Evidentemente, responde el joven Andrés, y añado que es un fenómeno idéntico á los que se han producido para elevar la isla Julia en la costa de Sicilia y el grupo de los Santorinos del Archipiélago. Este fenómeno ha creado sin duda el islote en que estamos, precisamente para que encallemos en él.

—En efecto, añado yo, es preciso que haya habido últimamente un levantamiento plutoniano en esta parte del mar, pues que este escollo no figura en las cartas más modernas, y no podría haberse escapado á las investigaciones de los marinos en esta parte del Atlántico que es tan frecuentada. Explorémosle, pues, con gran cuidado y le pondremos en conocimiento de los navegantes.

—¿Quién sabe si no desaparecerá en breve á consecuencia de un fenómeno semejante al que le ha producido? responde Andrés Letourneur. Usted sabe, señor Kazallón, que muchas de esas islas volcánicas duran muy poco, y cuando los geógrafos hayan inscrito esta en sus nuevas cartas, tal vez ya no existirá.

—No importa, hijo mio, responde Mr. Letourneur. Más vale indicar un peligro que no existe que pasar en silencio uno que existe realmente, y los marinos no podrán quejarse si no encuentran ya el

escollo en el sitio donde nosotros le hayamos señalado.

—Tiene usted razón, padre, responde Andrés, y al fin y al cabo es posible que este islote esté destinado á durar tanto tiempo como nuestro continente. Sin embargo, si ha de desaparecer, el capitán Kurtis preferirá que desaparezca dentro de algunos días, cuando haya reparado sus averías, porque esto le ahorraría el trabajo necesario para poner á flote el *Chancellor*.

—Verdaderamente, Andrés, dije riéndome, usted pretende disponer de la naturaleza como soberano. Quiere usted que levante ó sumerja un escollo, según su voluntad ó su necesidad personal, y después de haber creado estas rocas, especialmente, para que nos permitan apagar el incendio del *Chancellor*, pretende usted que desaparezcan al golpe de su varita de virtudes con el objeto de desprenderlo del escollo.

—Yo no quiero nada, señor Kazallon,

responde complacientemente el joven, sino dar gracias á Dios por habernos protegido tan visiblemente; Dios ha querido que nuestro buque encallase en este arrecife y su Providencia le pondrá á flote, cuando llegue el momento oportuno.

—Y nosotros ayudaremos con todas nuestras fuerzas, ¿no es verdad?

—Sí, señor Kazallon, responde Mr. Letourneur, porque es la ley de la humanidad que uno se ayude á sí mismo. Sin embargo, Andrés tiene razón para poner su confianza en Dios. Cierto que aventurándose al mar un hombre hace un uso notable de las cualidades que le ha concedido la naturaleza; pero en este océano sin límites, cuando los elementos se desencadenan, comprende cuán frágil es el buque que le lleva, y cuán débil y desarmado se encuentra él mismo personalmente. Así, pienso que la divisa del marino debería ser esta: confianza en si propio y fe en Dios.

—Nada más cierto, señor Letourneur, he respondido, y por lo mismo creo que hay pocos marinos cuya alma esté obstinadamente cerrada á las impresiones religiosas.

Hablando así examinamos con cuidado las rocas que forman la base del islote, y todo nos convence de su orìgen reciente. En efecto, no hay una concha ni una alga adherida à las paredes de basalto. Un aficionado á historia natural no encontrarìa en qué ocuparse en este amontonamiento de piedras, donde la naturaleza vegetal y animal no ha impreso todavía su sello. No hay absolutamente ningún molusco ni hidrofito; el viento no ha traìdo todavía un solo germen y las aves marinas no han buscado aún refugio en este islote. Sólo el geólogo puede encontrar aquí materia para un estudio interesante examinando esta substrucción basáltica, que no presenta más que indicios de formación plutoniana.

En este momento vuelve nuestra canoa á la punta Sur de la isla en la cual está encallado el *Chancellor*. Propongo á mis compañeros echar pié á tierra y aceptan.

—En caso de que el islote deba desaparecer, dice riendo el joven Andrés, bueno será que seres humanos le hayan hecho antes una visita.

La canoa se acerca y saltamos sobre la roca basáltica. Andrés nos precede porque el suelo es bastante practicable y el joven no necesita un brazo para sostenerse. Su padre va un poco detrás, cerca de mí, y los tres subimos por una pendiente suave, que conduce á la cima más elevada del escollo.

Un cuarto de hora nos basta para atravesar esta distancia y los tres nos sentamos sobre un prisma basáltico que corona la roca más alta del islote. Andrés Letourneur saca entonces un cuaderno de su bolsillo y comienza á dibujar el arrecife cuyos contornos se proyectan

claramente á nuestra vista, sobre el fondo verde de las aguas.

El cielo está puro, y la mar, baja en tonces, descubre las últimas puntas que sobre-alen al Sur, dejando entre sí el estrecho paso seguido por el *Chancellor* antes de haber encallado.

La forma del escollo es bastante singular y absolutamente parecida á la de un jamón de York, cuya parte central va elevándose hasta la tumefacción, cuya cima ocupamos nosotros.

Así, cuando Andrés ha concluido de trazar el perímetro del islote su padre le dice:

—¡Pero, hijo, lo que tú has dibujado ahí es un jamón!

—Sí, padre, responde Andrés, un jamón basáltico de un tamaño capaz de regocijar á Gargantúa; y si el capitan Kurtis consiente, daremos á este arrecife el nombre de Roca del Jamón.

—Cierto, exclamo yo, que no puede dársele nombre que mejor le convenga;

¡Escollo de la Roca del Jamòn! Advertiremos á los navegantes que no se acerquen sino á una distancia muy respetuosa, pues no tienen los dientes bastante duros para morderlo.

Al extremo Sur del islote está encallado el *Chancellor*, es decir, en la pierna misma del jamón y en la pequeña ansa, formada por la concabidad de esta pierna. El buque se encuentra encallado sobre estribor y da directamente la banda en este momento, porque la marea está en su nivel más bajo.

Terminado el dibujo de Andrés Letourneur, bajamos por otra pendiente suave que se dirije al Oeste, y en breve se ofrece una hermosa gruta á nuestras miradas.

Parece verdaderamente una obra de arquitectura del órden de las que ha fundado la naturaleza en las Hébridas y más particularmente en la isla de Staffa. Los Letourneur, que han visitado la gruta de Fingal, la encuentran enteramente pare-

cida a esta, aunque en proporciones reducidas; la misma disposición de prismas concéntricos debida al modo especial de enfriamiento del basalto; el mismo dosel de vigas negras cuyas junturas están marcadas por una materia amarilla; la misma pureza de aristas prismáticas perfiladas con más limpieza que hubiera podido hacerlo el cincel del mejor ornamentista; en fin, el mismo murmullo del aire al través de estos basaltos sonoros, de que los bardos del país de Gales han formado las arpas de las sombras fingalianas. Solamente hay la diferencia de que en Staffa el suelo es una sábana líquida, y aquí el mar no puede llegar á la gruta sino en las grandes oleadas y mareas, y el campo de los fustes prismáticos forma un pavimento sólido.

—Además, observa Andrès Letourneur, la gruta de Staffa es una vasta catedral gótica, y ésta, puede decirse que no es más que la capilla de aquella catedral. ¿Pero, quién hubiera creído poder

encontrar tal maravilla en un arrecife desconocido del Océano.

Después de haber descansado una hora en la gruta de la Roca del Jamón seguimos el litoral del islote y volvemos al *Chancellor*. Participamos á Roberto Kurtis el resultado de nuestro descubrimiento é inscribe el islote en su carta con el nombre que le ha dado Andrés Letourneur.

En los días siguientes no hemos dejado de dar un paseo á la gruta de la Roca del Jamón, donde pasamos algunas horas. Roberto Kurtis la ha visitado también, pero como hombre que tiene que pensar en cosas de más importancia que mirar una maravilla natural. Falsten ha ido una vez para examinar la naturaleza de las rocas y romper algunos pedazos con la crueldad de un geólogo. Mrs. Kear no ha querido incomodarse y ha permanecido confinado á bordo. He propuesto a Mrs. Kear que nos acompañe á una de nuestras excursiones; pero la mo-

lestia de embarcarse en la canoa y de experimentar algún cansancio, la ha inducido á no aceptar mi proposición.

Mr. Letourneur ha invitado igualmente á Miss Herbey á visitar el arrecife, pensando que esta excursión podria serle agradable. La jóven ha creído poder aceptar la proposición, muy contenta de verse libre, aunque no sea más que por una hora, de la tiranía caprichosa de su señora.

Pero cuando ruega á Mrs. Kear que le permita salir del buque, Mrs. Kear le niega el permiso.

Me indigna esta conducta, é intervengo cerca de Mrs. Kear en favor de Miss Herbey. Tengo que luchar un poco, pero como ya he tenido ocasión de prestarle algunos servicios, y puede aún necesitar de mí, la egoista pasajera concluye por ceder á mis instancias.

Miss Herbey nos acompaña, pues, varias veces en nuestros paseos por las rocas. Otras también paseamos por el li-

toral del islote y almorzamos alegremente en la gruta, mientras las arpas basálticas vibran bajo la brisa. Nos satisface mucho el placer que experimenta Miss Herbey al verse libre durante algunas horas. Cierto que el islote es pequeño, pero nada en el mundo ha parecido tan grande á la joven. Nosotros también amamos este árido arrecife, y pronto no hay una piedra que nos sea conocida, ni un sendero que no hayamos seguido alegremente.. Es una vasta posesión comparada con el puente estrecho del *Chancellor*, y estoy seguro que á la hora de la partida no le dejaremos sin sentimiento.

A propósito de la isla de Staffa, Andrés Letourneur nos dice que su propiedad pertenece á la familia de los Mac-Donald, que la arriendan por un año á razón de doce libras esterlinas.

—Pues bien, señores, pregunta Miss Herbey, ¿creen ustedes que se podria arrendar esta isla en màs de cinco reales?

—Ni en dos cuartos, señorita, dije yo riéndome. Es que tendrá usted la intención de tomarla en arrendamiento?

—No, señor Kazallón, responde la joven comprimiendo un suspiro, y sin embargo, este es quizà el único sitio en que he sido feliz.

—Y yo también, murmura Andrés.

Esta respuesta de Miss Herbey indica muchos dolores ocultos. ¡La jóven, pobre, sin padres y sin amigos, no ha encontrado todavìa la felicidad de algunos instantes sino en una roca ignorada del Atlántico!

XIX.

ABERTURA EN EL CASCO.—DESCARGA DEL BUQUE.—EXAMEN DE LA AVERIA.—DISPOSICIONES.—MANO A LAS BOMBAS.

Del 6 al 15 de Noviembre.

En los cinco primeros dias desde que encalló el *Chancellor*, se escapan de la bodega vapores acres y espesos que después disminuyen poco á poco, y el 6 de Noviembre se puede considerar ya extinguido el incendio. Sin embargo, por via de precaución, Roberto Kurtis manda continuar la maniobra de las bombas, de modo que el casco está anegado hasta la altura del entrepuente. Sólo cuando baja la marea, baja también el agua de la bodega y las dos superficies líquidas se nivelan interior y exteriormente.

—Ni en dos cuartos, señorita, dije yo riéndome. Es que tendrá usted la intención de tomarla en arrendamiento?

—No, señor Kazallón, responde la joven comprimiendo un suspiro, y sin embargo, este es quizà el único sitio en que he sido feliz.

—Y yo también, murmura Andrés.

Esta respuesta de Miss Herbey indica muchos dolores ocultos. ¡La jóven, pobre, sin padres y sin amigos, no ha encontrado todavìa la felicidad de algunos instantes sino en una roca ignorada del Atlántico!

XIX.

ABERTURA EN EL CASCO.—DESCARGA DEL BUQUE.—EXAMEN DE LA AVERIA.—DISPOSICIONES.—MANO A LAS BOMBAS.

Del 6 al 15 de Noviembre.

En los cinco primeros dias desde que encalló el *Chancellor*, se escapan de la bodega vapores acres y espesos que después disminuyen poco á poco, y el 6 de Noviembre se puede considerar ya extinguido el incendio. Sin embargo, por via de precaución, Roberto Kurtis manda continuar la maniobra de las bombas, de modo que el casco está anegado hasta la altura del entrepuente. Sólo cuando baja la marea, baja también el agua de la bodega y las dos superficies líquidas se nivelan interior y exteriormente.

—Esto prueba, me dice Roberto Kurtis, que la vía de agua es muy grande, pues que la evacuación se efectúa con tanta rapidez.

Y en efecto, la abertura hecha en el casco no mide menos de cuatro piés cuadrados de superficie. Uno de los marineros llamado Fleypol se ha sumergido durante la baja marea, y ha reconocido la posición y la importancia de la avería. La vía de agua se abre á treinta piés delante del timón, habiendo sido arrancados tres tablones por una punta de roca á dos pies por cima del alefriz de la quilla. El choque ha sido muy violento, porque el buque iba muy cargado y la marea era gruesa; y aun puede estrañarse que no se haya abierto su casco en muchos parajes. ¿Será fácil cegar esta vía? Lo sabremos cuando quitado el cargamento pueda el maestro carpintero llegar hasta ella; pero necesitaremos dos días todavía para poder penetrar en la bodega del *Chancellor* y sacar

de ella las balas de algodón que han sido respetadas por el fuego.

Entre tanto, Roberto Kurtis no permanece inactivo, y su tripulación le secunda con celo ejecutando importantes tareas.

En primer lugar restablece el palo de mesana que cayó cuando encalló el buque, y que pudo hallarse sobre el arrecife con todo su aparejo. Por medio de pescantes instalados hácia popa, ha podido volverse á poner el palo sobre su antiguo pie después de escopleado á este efecto por el carpintero Daoulas. Un engimelgado conveniente mantenido por fuertes ligaduras y clavos de hierro asegura la unión de las dos partes rotas.

Hecho esto, se revisa con cuidado todo el aparejo; los obenques, los brandales, los estais, vuelven á enderezarse, se cambian algunas velas, y una vez restablecidas las maniobras corrientes, pensamos ya poder navegar con seguridad.

Tanto en la popa como en la proa del

buque, hay mucho que hacer, porque la toldilla y el puesto de la tripulación han quedado muy deteriorados á consecuencia del incendio. De aquí la necesidad de recomponerlos, todo lo cual exige tiempo y trabajo. El tiempo no nos falta, el trabajo se hace sin vacilar, y pronto podemos volver á entrar en nuestros camarotes.

Hasta el 8 no puede comenzar útilmente la descarga del *Chancellor*. Estando anegadas las balas de algodón y la bodega llena de agua en la alta marea, se instalan aparejos por cima de las escotillas, y todos ayudamos á los hombres de la tripulación para subir aquellas pesadas balas que en su mayor parte están absolutamente averiadas. Se las desembarca una a una en la ballenera y todas son trasladadas al arrecife.

Después de descargada la primera fila de balas es preciso pensar en sacar, á lo menos en parte, el agua que llena la bodega. De aquí la necesidad de tapar tan

herméticamente como sea posible la abertura que ha hecho la roca en el casco del buque: tarea difícil, pero que desempeñan el marinero Flaypol y el contramaestre con un celo superior á todo elogio. En la marea baja consiguen, sumergiéndose bajo el costado de estribor, clavar una lámina de cobre sobre el agujero; pero como esta lámina no podrá soportar la presión cuando baje el nivel interior por la acción de las bombas, Roberto Kurtis trata de asegurar la obturación metiendo balas de algodón entre las junturas de los tablones rotos. La materia abunda y pronto el fondo del *Chancellor* se encuentra como blindado interiormente por aquellas pesadas é impermeables balas que esperamos permitirán à la lámina de cobre hacer una resistencia.

El procedimiento del capitán ha tenido buen éxito. Esto se ve cuando las bombas empiezan á funcionar, porque el nivel del agua baja poco á poco en la

bodega y los hombres pueden ya continuar la descarga del buque.

—Es muy probable, nos dice Roberto Kurtis, que lleguemos á alcanzar el sitio de la avería y á poderla reparar interiormente. Cierto que hubiera sido mejor tratar de carenar el buque y cambiar los tablones de forro, pero me faltan los medios para emprender una operación tan grande, y además me detendría el temor de que llegase el mal tiempo mientras el buque estuviera encallado sobre su costado y á merced, por consiguiente, de un golpe de mar. Creo, sin embargo, poder dar á ustedes la seguridad de que quedará convenientemente tapada la vía de agua, y de que podremos en breve tatar de llegar á la costa en condiciones suficientes de seguridad.

Después de dos horas de trabajo queda agotada el agua en gran parte y se hace la descarga de las últimas balas sin dificultad. Los pasajeros hemos tenido que echar mano á las bombas á fin de ali-

viar de trabajo á la tripulación, y lo hemos hecho concienzudamente. Andrés Letourneur, á pesar de su debilidad, se ha unido á nosotros, y cada cual ha cumplido con su deber en la medida de sus fuerzas.

Sin embargo, es un trabajo muy penoso èste y no podemos continuar largo tiempo en él sin tomar descanso. Pronto se cansan los brazos y los riñones por aquel vaivén de los gimbaletes, y comprendo que esta tarea sea repugnante para los marineros. Y aun nosotros la desempeñamos en condiciones favorables, pues que el buque está sobre un fondo sólido y no tenemos el abismo bajo nuestros piés. No defendemos nuestra vida contra las invasiones del mar y no hay lucha entre nosotros y el agua, que vuelve á entrar por un lado á medida que se la expulsa por el otro. ¡Plegue al cielo que no nos veamos jamás expuestos a semejante prueba en un buque próximo á zozobrar.

XX.

SE DESCUBRE LA CAJA DE PICRATO.—IMPOSIBILIDAD DE REPARAR LAS AVERIAS.—UNICA RESOLUCION POSIBLE.—OBSTRUIDA LA ENTRADA POR LAS ROCAS.—¿PASAREMOS?

Del 15 al 20 de Noviembre.

Hoy se ha podido efectuar la visita de la bodega y se ha descubierto al fin la caja de picrato colocada á popa en un sitio á donde por fortuna no llegó el fuego. La cája está intacta y el agua no ha deteriorado su contenido: se la deposita en lugar seguro al extremo del islote. ¿Por qué no la han arrojado al mar inmediatamente? No lo sé, pero en fin, no se ha hecho.

Roberto Kurtis y Daoulas durante su

visita observan que el puente y los baos que le sostienen han sufrido menos de lo que se pensaba. El inmenso calor á que han estado sometidas esas gruesas tablas y fuertes traviesas las han arrufado, pero sin roerlas profundamente, y la acción del fuego parece haberse ejercido màs especialmente hácia los costados del casco.

En efecto, las vagras en toda su longitud han sido devoradas por las llamas; extremos de cabillas carbonizadas salen acà y allá y por desgracia las cuadernas del buque están seriamente deterioradas. La estopa se ha removido en las costuras y se puede considerar como un milagro que el buque no se haya abierto por todas partes hace largo tiempo.

Todas estas circunstancias son desagradables, preciso es confesarlo. El *Chancellor* ha experimentado tales averías, que Roberto Kurtis no puede evidentemente repararlas con los escasos medios de que dispone, ni es posible de-

volver al buque la salida necesaria para una larga travesía.

Por tanto el capitán y el carpintero vuelven al puente muy pensativos. El daño sufrido es verdaderamente tan serio, que Roberto Kurtis si se encontrara en una isla y no en un escollo que puede ser barrido por el mar de un instante á etro, no vacilaria en demoler el buque para reconstruir uno más pequeño y del cual fuera posible á lo menos fiarse.

Pero Roberto Kurtis toma rápidamente su partido y nos reune á todos, tripulación y pasajeros en el puente del *Chancellor*.

—Amigos míos, dice, las averías son mucho más graves de lo que suponíamos, y el casco del buque se encuentra muy comprometido. Como por una parte no tenemos medios de recomponerlo y por otra en este islote á merced del primer golpe de mar, no tenemos tiempo de construir otro buque, oigan ustedes lo que me propongo hacer: tapar la vía de

agua tan sólidamente como sea posible y hacer rumbo al puerto más inmediato. Estamos tan sólo á ochocientas millas de la costa de Paramaribo que forma el litoral septentrional de la Guyana Holandesa, y en diez ó doce dìas, si el tiempo nos favorece, podremos llegar a ella.

No había otra cosa qué hacer; así la resoluciòn de Roberto Kurtis es aprobada unánimemente.

Daoulas y sus ayudantes se ocupan entonces en tapar interiormente la vía de agua, y consolidar lo posible los pares de las cuadernas roídas por el fuego. Pero es evidente que el *Chancellor* no ofrece ya seguridad suficiente para una navegación un poco larga y que será condenado en el primer puerto en que haga escala.

El carpintero calafatea también las costuras exteriores de los tablones de forro en la parte del casco que sobresale del agua en la marea baja; pero no puede visitar la que está cubierta por el mar y

debe contentarse con la recomposición por la parte interior.

Estas diversas tareas duran hasta el 20, en cuyo día, hecho ya todo lo que era humanamente posible para reparar el buque, Roberto Kurtis se decide á hacerse á la mar.

Excusado es decir que desde el momento en que la bodega se ha vaciado del cargamento y del agua que contenía, el *Chancellor* no ha cesado de flotar un instante en la marea llena. Como se ha tomado la precaución de anclarlo á popa y á proa no ha sido arrojado sobre el arrecife y ha quedado en la pequeña cuenca natural defendida á derecha é izquierda por las rocas que no se cubren enteramente de agua, aun en lo màs alto del flujo. Ahora bien, esta cuenca en su parte màs ancha, puede permitir al *Chancellor* virar en redondo, y esta maniobra se hace fácilmente por medio de guindalezas fijadas en los escollos, de tal suerte que ahora el buque presenta su proa al Sur.

Parece, pues, que será fácil sacar al *Chancellor* de este dique, ya izando sus velas si el viento es bueno, ya con los remos, llevándole hasta fuera del paso, si el viento es contrario. Sin embargo, la operación presenta dificultades que es preciso vencer.

En efecto, la entrada del paso está obstruida por una especie de cortina basáltica, cuya parte superior en alta marea deja apenas al agua la altura necesaria para el calado del *Chancellor*, aun descargado enteramente. Si ha pasado por cima de esta cortina antes de encallar, es como ya he dicho, porque fué levantado por una ola enorme y arrojado á la cuenca donde se halla. Además, en aquel dìa no solamente había una marea de luna nueva, sino que era también la mayor marea del año y deben transcurrir muchos meses antes que se reproduzca una marea equinoccial tan fuerte.

Pero es evidente que Roberto Kurtis no puede esperar muchos meses. Hoy

es gran marea de sicigia y preciso que la aproveche para sacar de aquí al buque, y una vez fuera de la cuenca le pondrá lastre de manera que pueda soportar la lona y hacer rumbo.

Precisamente el viento es bueno porque sopla del Nordeste y por consiguiente en dirección del paso. Pero el capitán piensa con razón que no se debe lanzar el buque á toda vela contra un obstáculo que puede detenerlo bruscamente, precisamente cuando su solidez es muy problemática. Así pues, conferenciando primero con el teniente Walter, el carpintero y el contramaestre, se decide á remolcar el *Chancellor*. En su consecuencia se deja á popa una áncora fija, para el caso en que la operación no tuviese buen éxito y fuera necesario volver el buque al fondeadero. Después se echan las otras dos áncoras fuera del paso, cuya longitud no excede de doscientos pies. Después las cadenas se empaquetan en forma de molinete, la tripulación se po-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ne sobre las crucetas de los palos y á las cuatro el *Chancellor* comienza su movimiento.

A las cuatro y veintitres minutos, es cuando debe llegar el flujo al punto más alto, así diez minutos antes se halla el buque todo lo que su calado le permite; pero la parte anterior de la quilla roza en breve la cortina de rocas y tiene que detenerse. Ahora pues que la extremidad inferior de la roda, ha superado el obstáculo, no hay razón para que Roberto Kurtis deje de unir la acción del viento al poder mecánico del molinete. Las velas altas y bajas se despliegan y se orienta viento en popa. Ha llegado el momento; el mar está sosegado, pasajeros y marineros están en las crucetas del molinete; los Letourneur, Falsten, y yo tenemos el guimbalete de estribor; Roberto Kurtis está en la toldilla vigilando el velámen, el teniente en el castillo de proa y el contramaestre al timón.

El *Chancellor* siente algunas sacudidas

y la mar que se hincha, le levanta ligeramente, pero por fortuna esta tranquila.

—Vamos, amigos míos, grita Roberto Kurtis con su voz tranquila y confiada, fuerza y unidad: ¡adelante!

Los guimbaletes del molinete, se ponen en movimiento; se oye el chasquido de los linguetes, y las cadenas, tendiéndose á la medida, hacen fuerza sobre los escobenes. El viento refresca y como el buque no puede tomar una celeridad bastante, los mástiles se inclinan bajo el empuje de las velas. Se ganan veinte piés. Un marinero entona una de esas canciones guturales cuyo ritmo favorece la simultaneidad de nuestro movimiento. Redoblamos los esfuerzos y el *Chancellor* se estremece.....

Pero trabajo en vano. La marea comienza á bajar y es evidente que no pasaremos.

Ahora bien, no pudiendo pasar el buque, no puede quedar balanceándose sobre la cortina porque se partiria en dos

mitades, cuando acabase de bajar la marea, Así pues, el capitán manda amainar las velas y el áncora echada á la popa, nos va á servir inmediatamente. No hay un instante que perder; se trata de retroceder y hay un momento de ansiedad terrible.....Pero el *Chancellor* se desliza sobre su quilla y vuelve á la cuenca que le sirve de prisión.

—Y bien, capitán, pregunta entonces el contramaestre, ¿cómo pasaremos?

—No lo sé, responde Roberto Kurtis, pero pasaremos de todos modos.

XXI.

PARA LO QUE SIRVE EL PICRATO.—BARRENO EN EL BASALTO.—EXPLOSIÓN.—EL CHANCELLOR FLOTA SOBRE LA MAR LIBRE.—CONTINUA LA NAVEGACIÓN.

Del 21 al 23 de Noviembre.

Es preciso en efecto salir de aquel estrecho fondeadero y esto inmediatamente. El tiempo, si nos ha favorecido durante todo este mes de Noviembre, amenaza cambiar en breve. El barómetro ha cambiado desde ayer, y la mar se presenta más gruesa alrededor de la Roca del Jamòn. El islote no puede servirnos de refugio contra un golpe de viento, en el cual el *Chancellor* quedaría despedazado.

Esta noche misma en la baja marea, Roberto Kurtis, Falsten, el contramaes-

tre, Daoulas y yo, hemos ido à examinar la cortina balsática que se halla al descubierto. No hay más que un medio de abrir paso, y es atacarla á golpes de pico en una anchura de diez piés, y una longitud de seis. Rebajándola ocho á nueve pulgadas, bastará para el calado del *Chancellor*, y balizando con cuidado el pequeño canal, le atravesaríamos y llegaríamos á punto despejado donde el agua es profunda.

—Pero este basalto tiene la dureza del granito, observa el contramaestre, y el trabajo será largo, tanto más cuanto que no podrá ejecutarse sino en la marea baja. es decir, durante dos horas cada día.

—Razón más, contramaestre, para no perder un instante, responde Roberto Kurtis.

—Pero capitán, dice Daoulas, tenemos aquí trabajo para un mes. ¿No será posible hacer saltar esta roca? A bordo tenemos pólvora.

—Será poca, responde el contramaestre.

La situación es gravísima. ¡Un mes de trabajo! Antes de un mes, el buque será completamente destruido por el mar.

—Tenemos más que pólvora, dice entonces Falsten.

—¿Qué? pregunta Roberto Kurtis volviéndose hácia el ingeniero.

—Picrato de potasa, responde Falsten.

Picrato de potasa en efecto, la caja embarcada por el desdichado Ruby. La sustancia explosiva que ha estado á punto de hacer volar el buque, sabrá hacer saltar el escollo. Se hara un agujero de mina en ese basalto, y desaparecerá el dique

La caja de picrato como ya he dicho, estaba en el arrecife en sitio seguro, y es verdaderamente una fortuna y hasta un suceso providencial que no se la haya arrojado al mar, tan luego como se le extrajo de la bodega.

Los marineros van á buscar picos, y Daoulas dirigido por Falsten, comienza á abrir un hornillo de mina siguien-

VERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

do la dirección que debe producir el mejor efecto. Todo nos permite esperar que se acabará el hornillo durante la noche, y que mañana al amanecer, producido el efecto deseado por la explosión, tendremos libre el paso.

Sabido es que el acido picrato es un producto cristalino y amargo que se extrae del alquitrán de ulla, y que combinándose con la pólvora, forma una sal amarilla que es el picrato de potasa. La fuerza explosiva de esta sustancia, es inferior á la del algodón fulminante y la dinamita, pero es muy superior á la de la pólvora ordinaria. (1) En cuanto á su inflamación se la puede producir facilmente por un choque violento y seco, y fácilmente la conseguiremos por medio de pistones de fulminato.

Daoulas ayudado de sus hombres trabaja con ardor, pero cuando llega el día no está concluido su trabajo. En efecto,

---

[1] Un gramo de pólvora picrica produce el efecto de trece gramos de pólvora ordinaria.

no es posible abrir el horno sino en la baja marea, es decir, durante una hora apenas, de donde se sigue que serán necesarias cuatro mareas para darle la profundidad requerida.

Hasta el 23 por la mañana, no queda terminada la operación. La cortina de basalto queda agujereada por una abertura oblicua que puede contener unas diez libras de la sal explosiva, y aquel hornillo de mina ha de ser inmediatamente cargado. Son las ocho de la mañana.

En el momento de introducir el picrato en el agujero. Falsten nos dice:

—Pienso que deberiamos mezclarlo con pólvora ordinaria. Esto nos permitirá dar fuego á la mina con una mecha en lugar de pistones, cuya explosión habría que determinar por medio de un choque. El uso de la mecha nos facilitará grandemente la tarea; y ademas es sabido que el uso simultáneo de la pólvora y del picrato es mejor para hacer

saltar las rocas duras. El picrato, muy violento por su naturaleza, prepara el camino á lá pólvora que más lenta para inflamarse y más mesurada, desunirá inmediatamente este basalto.

El ingeniero Falsten no habla con frecuencia, pero hay que convenir que cuonde lo hace habla bien. Seguimos su consejo; se mezclan las dos sustancias, y después de haber introducido una mecha hasta el fondo del hornillo, se le carga con la mezcla y se le tapa convenientemente.

El *Chancellor* está bastante alejado de la mina para que no tenga nada que temer de la explosión. Sin embargo, por precaución, pasajeros y tripulación se refugian al extremo del arrecife en la gruta. Mr. Kear apesar de sus recriminaciones tiene que dejar el buque.

Falsten, después de haber puesto fuego á la mecha que debe arder durante diez minutos, viene á unirse con nosotros.

Prodúcese la explosión. Ha sido sorda, mucho menos ruidosa que se hubiera podido esperar, pero esto sucede siempre en las minas que se abren profundamente.

Hemos corrido hácia el escollo y hemos visto que la operación ha tenido un éxito completo. La cortina de basalto ha quedado reducida materialmente á polvo, y ahora un pequeño canal que empieza à llenarse con la marea ascendente, corta el obstàculo y deja el paso libre.

Estalla un hurra general; la puerta de la prisión está ya abierta y los presos pueden huir.

Al llegar el flujo, el *Chancellor* halado sobre sus áncoras atraviesa el paso y flota sobre el mar libre.

Pero todavía durante una hora es preciso que permanezca cerca del islote, porque no puede navegar en las condiciones en que se encuentra, y es necesario embarcar un lastre que asegure su

esbilidad. Así, pues, durante las veinte y cuatro horas que siguen, la tripulación trabaja en embarcar piedras y las balas de algodòn que están menos averiadas.

Durante este día, los Letourneur, Miss Herbey y yo damos otro paseo por los basaltos de este arrecife que jamás volveremos á ver, y en el cual hemos permanecido tres semanas. Andrés, graba artísticamente el nombre del *Chancellor* en aquel escollo, y la fecha de nuestra llegada en una de las paredes de la gruta, y damos el último adios á esa roca donde hemos pasado muchos días, de los cuales algunos se contarán entre los más felices de nuestra existencia.

En fin, el 24 de Noviembre á la marea de la mañana, El *Chancellor* apareja con sus velas bajas, sus gvias y juanetes, y dos horas después la última cumbre visible de la Roca del Jamón desaparece de nuestra vista bajo el horizonte.

XXII.

RUMBO AL SUDOESTE.—CAMBIA EL VIENTO.—DOS PIES DE AGUA.—¿ESTA DIOS A BORDO?—NUEVOS SONDEOS.—SUBE EL AGUA EN LA BODEGA.—EL CHANCELLOR SOBRE EL ABISMO.

Del 24 de Noviembre al 1° de Diciembre

Estamos, pues, en alta mar y en un buque cuya solidez se encuentra comprometida; pero por fortuna no se trata de hacer una larga travesía: tenemos que recorrer tan sólo ochocientas millas, y si el viento del Nordeste se mantiene durante algunos días, el *Chancellor*, que va viento en popa, se fatigará poco y llegará seguramente á la costa de la Guyana.

Se da el rumbo al Sudoeste, y la vida

de á bordo vuelve á tomar su curso regular.

Los primeros días trascurren sin incidente, la dirección del viento continúa siendo buena, pero Roberto Kurtis no quiere cargarse de tela, porque teme ocasionar la reapertura de la vìa de agua imprimiendo demasiada celeridad á su buque.

¡Triste travesía, en suma, la que se hace en estas condiciones cuando no se tiene confianza en el buque que a uno le lleva! Además, volvemos á recorrer el camino andado en vez de ir hácia adelante. Así todos se absorven en sus pensamientos, y entre los pasajeros no hay la animación comunicativa que resulta de una navegación segura y ràpida.

Durante el dìa 29 el viento sube un cuarto al Norte y ya no puede conservarse la marcha de viento en popa. Es preciso bracear las vergas, orientar las velas y tomar las amuras á estribor; de

aquí la necesidad de que el buque dé una banda bastante fuerte.

Roberto Kurtis carga sus juanetes porque conoce cuanto fatiga la inclinación al casco del *Chancellor*; y tiene razòn, pues que no se trata tanto de hacer una travesía rápida, como de llegar sin nuevos accidentes á vista de la tierra.

La noche del 29 al 30 es oscura y brumosa. La brisa sigue refrescando, y por desgracia se declara del Noroeste. La mayor parte de los pasajeros vuelven á sus camarotes, pero el capitán Kurtis no deja la toldilla, y la tripulación entera permanece sobre el puente. El buque sigue fuertemente inclinado, aunque no lleva desplegada ninguna de sus velas altas.

Hácia las dos de la mañana me dispongo á bajar á mi camarote, cuando un marinero llamado Burke, que estaba en la bodega, sube corriendo y grita:

—¡Dos pies de agua!

Roberto Kurtis y el contramaestre se

precipitan por la escalera, y observan que la funesta noticia es demasiado exacta. O se ha vuelto á abrir la vía de agua anterior, á pesar de todas las precauciones tomadas, ó se han desunido algunas costuras mal calafateadas y el agua penetra rápidamente en la bodega.

El capitán, que ha vuelto á subir al puente; manda dar la popa de nuevo al viento para fatigar menos al buque, y espera la llegada del día.

Al amanecer se hace el sondeo y se encuentran tres pies de agua.

Miro á Roberto Kurtis. Una palidez fugitiva ha blanqueado sus lábios, pero conserva toda su serenidad. Los pasajeros, varios de los cuales han subido al puente, reciben la noticia de lo que pasa, la cual por otra parte habría sido difícil ocultarles.

—¿Una nueva desgracia? me dice Mr. Letourneur.

—Era de prever, respondo, pero no

debemos estar lejos de tierra, y espero que llegaremos á ella.

—¡Dios le oiga a usted! responde Mr. Letourneur.

—¿Por ventura está Dios á bordo? exclama Falsten encogiéndose de hombros.

—Está, sí señor, responde Miss Herbey.

El ingeniero guarda respetuoso silencio al oir aquella respuesta llena de una fe que no se discute.

Entre tanto por orden de Roberto Kurtis se ha organizado el servicio de las bombas. La tripulación se pone á trabajar con más resignación que ardor, pero se trata de la salvación general, y los marineros, divididos en dos tandas, se relevan en los guimbaletes.

Durante el día el contramaestre manda proceder á nuevos sondeos, y se averigua que el mar penetra lenta pero incesantemente en lo interior del buque.

Por desgracia las bombas à fuerza de trabajar se descomponen con frecuencia, y es preciso acudir también á componer-

las. Sucede igualmente que se obstruyen, ya con cenizas, ya con las briznas de algodón que llenan todavía la parte baja de la bodega; y de aquí la necesidad de una limpieza que debe renovarse varias veces, y que hace perder una parte del trabajo hecho.

Al día siguiente por la mañana, después de un nuevo sondeo, se observa que el nivel del agua ha subido hasta cinco pies. Si pues por una causa cualquiera se susptndiese la maniobra, el buque se anegaría y la cuestión sería solamente de tiempo, y de un tiempo sin duda muy corto. La linea de flotación del *Chancellor* está ya anegada en un pie de agua, y su cabeceo se hace más y más duro, porque no se levanta sino difícilmente al impulso de la ola. Veo al capitán Kurtis fruncir el entrecejo cada vez que el contramaestre ó el teniente le dan un parte. Esto es de mal agüero.

La maniobra de las bombas ha continuado durante todo el día y toda la no-

che; pero el mar ha ganado terreno sobre nosotros. La tripulación está extenuada de cansancio y entre ella se manifiestan síntomas de desaliento. Sin embargo, el contramaestre y el segundo predican con el ejemplo, y los pasajeros toman sitio en los guimbaletes.

La situación ya no es la misma que cuando el *Chancellor* estaba encallado en el suelo firme de la Roca del Jamón. Ahora flota sobre un abismo en el cual puede hundirse á cada momento.

XXIII.

PROCURASE TAPAR LA VÍA DE AGUA.—REFRESCA EL VIENTO.—EL BUQUE SE VA HUNDIENDO.—EL MARINERO OWEN.

Del 2 al 3 de Diciembre.

Durante veinte y cuatro horas más, luchamos con energía é impedimos que el nivel del agua suba en lo interior del buque; pero es evidente que llegará un momento en que las bombas no serán bastantes para sacar una cantidad de agua igual á la que penetra por la fractura del casco.

Durante este día el capitán Kurtis que no descansa un momento, hace por sí mismo un nuevo reconocimiento en la bodega, yo le acompaño con el carpinte-

che; pero el mar ha ganado terreno sobre nosotros. La tripulación está extenuada de cansancio y entre ella se manifiestan síntomas de desaliento. Sin embargo, el contramaestre y el segundo predican con el ejemplo, y los pasajeros toman sitio en los guimbaletes.

La situación ya no es la misma que cuando el *Chancellor* estaba encallado en el suelo firme de la Roca del Jamón. Ahora flota sobre un abismo en el cual puede hundirse á cada momento.

XXIII.

PROCURASE TAPAR LA VÍA DE AGUA.—REFRESCA EL VIENTO.—EL BUQUE SE VA HUNDIENDO.—EL MARINERO OWEN.

Del 2 al 3 de Diciembre.

Durante veinte y cuatro horas más, luchamos con energía é impedimos que el nivel del agua suba en lo interior del buque; pero es evidente que llegará un momento en que las bombas no serán bastantes para sacar una cantidad de agua igual á la que penetra por la fractura del casco.

Durante este día el capitán Kurtis que no descansa un momento, hace por sí mismo un nuevo reconocimiento en la bodega, yo le acompaño con el carpinte-

ro y el contramaestre. Se quitan de su lugar varias balas de algodón, y prestando el oído oimos una especie de chasquido, de *glu-glu*, para emplear una palabra màs justa. ¿Es la vía de agua que se ha abierto de nuevo, ó es una dislocaciòn general de todo el casco? Es imposible averiguarlo exactamente. En todo caso Roberto Kurtis va à tratar de hacer el casco más impermeable á popa envolviéndole exteriormente con velas embreadas. Quizá lograrà con esto interceptar toda comunicaciòn, á lo menos provisionalmente, entre el exterior y el interior. Si se detiene momentáneamente la entrada del agua, se podrá trabajar más eficazmente con las bombas y levantar el buque.

La operaeión es más diffcil de lo que se cree. Es preciso, en primer lugar, disminuir la velocidad del buque; y después de haber pasado bajo la quilla fuertes velas mantenidas por andariveles, se les hace deslizar hasta el sitio donde se

abria la antigua vía de agua, de manera que envuelvan completamente aquella parte del casco del *Chancellor*.

Desde este momento las bombas ganan un poco y nos ponemos de nuevo al trabajo con vigor. Sin duda el agua penetra todavía, pero en cantidad menor, y al terminar el día se observa que el nivel ha bajado algunas pulgadas. ¡Algunas pulgadas tan sólo! No importa: las bombas ya arrojan mas agua por los imbornales de la que entra por la bodega, y no las abandonamos un solo instante.

El viento refresca muy vivamente durante la noche que es oscura; sin embargo, el capitan Kurtis ha querido conservar toda la tela posible, porque sabe que el casco del *Chancellor* es una garantía muy insuficiente y desea cuanto antes llegar á vista de tierra. Si pasara algún buque á distancia conveniente, no vacilaría en hacer señales de socorro y en desembarcar sus pasajeros y hasta su tripulación, aunque tuviera él solo que qu e-

darse á bordo hasta el momento en que el *Chancellor* zozobrase bajo sus piés.

Pero todas estas medidas no debían tener el resultado apetecido.

En efecto, durante la noche la cubierta de tela ha cedido á la presión exterior, y á la mañana siguiente, 3 de Diciembre, el contramaestre después de haber sondeado no ha podido contener estas palabras acompañadas de juramentos:

—¡Otra vez seis piés de agua en la bodega!

El hecho es demasiado cierto. El buque se llena de nuevo y se va hundiendo visiblemente, estando ya anegada su línea de flotación.

Sin embargo, trabajamos con las bombas con más valor que nunca, y en este trabajo gastamos nuestras últimas fuerzas. Nuestros brazos se cansan, nuestros dedos destilan sangre, pero á pesar de tantas fatigas el agua va ganando espacio. Roberto Kurtis establece entón-

ces una cadena á la entrada de la escotilla mayor, y los cubos pasan rápidamente de mano en mano.

Todo es inútil. A las ocho y media de la mañana se observa un nuevo aumento de agua en la bodega. La desesperación se apodera entonces de algunos marineros; Roberto Kurtis les manda continuar trabajando, y ellos se niegan.

Entre estos hombres hay uno de ánimo díscolo é inclinado á la rebelión un agitador del cual he hablado ya, el marinero Owen. Tiene unos cuarenta años; su rostro termina en punta por una barba rojiza, casi nula en las mejillas; sus lábios están plegados hácia dentro, y sus ojos de color leonado estan marcados con un punto rojo en la unión de los párpados. Tiene la naríz recta, las orejas muy apartadas, la frente profundamente plegada por arrugas de mal agüero.

Owen es el primero que abandona su puesto.

Cinco ó seis de sus compañeros le imi-

tan, entre ellos el cocinero Jnyxtrop, también mal sujeto.

Roberto Kurtis les ordena que vuelvan á las bombas, pero Owen responde con uná negativa brutal.

El capitán reitera su orden.

Owen reitera su negativa.

Roberto Kurtis se acerca al marinero rebelde.

—Le aconsejo á usted que no me toque, dice friamente Owen subiendo al castillo de proa.

Roberto Kurtis se dirije entónces hácia la toldilla, entra en su camarote, y sale con un rewolver armado.

Owen mira un instante á Roberto Kurtis, pero Jynxtrop le hace una seña y todos vuelven al trabajo.

José G. Cantú
(el pescador)
y chulos sin H.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXIV.

SUBEN LAS OLAS.—SE VA A CONSTRUIR UNA BALSA.—CONTINUA EL TRABAJO DE LAS BOMBAS.—GRITOS DE TERROR.—SE DETIENE EL HUNDIMIENTO.

4 de Diciembre.

El primer movimiento de rebelión se ha contenido por la actitud enérgica del capitán. ¿Será Roberto Kurtis más feliz en adelante? Debemos esperarlo, porque la indisciplina de la tripulación haría terrible una situación ya grave.

Durante la noche las bombas no pueden ya trabajar. Los movimientos del buque son pesados, y como lo es muy difícil levantarse sobre la ola, recibe golpes de mar que penetran por las esco-

tillas, y son otra tanta agua añadida á la que hay en la bodega.

La situación va pronto á ser tan amenazadora como lo era en las últimas horas del incendio. Los pasajeros, la tripulación, todos conocen que el buque se les va poco á poco bajo los pies. Ven subir lenta, pero incesantemente, esas olas que les parecen entonces tan temibles como lo han sido las llamas.

Sin embargo, la tripulación continúa trabajando bajo las amenazas de Roberto Kurtis, y de buena ó mala gana los marineros luchan con energía; pero están rendidos de fatiga; por lo demás, no pueden agotar el agua que se renueva sin cesar y cuyo nivel sube de hora en hora. Los que trabajan con los cubos se ven obligados en breve á dejar la bodega donde ya estaban con agua à la cintura y donde corren el riesgo de morir ahogados, y suben sobre el puente.

Un sólo recurso queda entónces, y al día siguiente, 4, despnés de un consejo

celebrado entre el teniente, el contramaestre y el capitàn Kurtis, se adopta la resolución de abandonar el buque. Pues que la ballenera, la única embarcación que nos queda, no puede llevarnos á todos, se va á construir inmediatamente una balsa. La tripulación continuará trabajando en las bombas hasta el momento en que se dé la órden de embarcar.

El carpintero Daoulas está prevenido, y se acuerda que se construirá la balsa inmediatamente con las vergas de repuesto y los maderos de respeto que iban á bordo precisamente serrados y arreglados à las medidas necesarias.

El mar, relativamente tranquilo en este momento, facilitará la operación, siempre difícil aun en las circunstancias màs favorables.

Así, pues, sin perder tiempo Roberto Kurtis, el ingeniero Falsten, el carpintero y diez marineros provistos de sierras y hachas cortan y disponen las vergas antes de lanzarlas al mar. De esta ma-

nera no tendrán más que hacer que unir las fuertemente y disponer una armazón sólida sobre la cual repose la plataforma de la balsa, que medirá cuarenta piés de largo por veinticinco de anchura.

Nosotros los pasajeros y el resto de la tripulación continuamos trabajando en las bombas. Cerca de mí está Andrés Letourneur á quien su padre no cesa de mirar con profunda emoción. ¿Qué será de su hijo si tiene que luchar contra las olas en circunstancias en que un hombre bien constituido no se salvaría sin trabajo? En todo caso seremos dos y no le abandonaremos.

Se ha ocultado la inminencia del peligro á mister Kear, que está casi sin conocimiento por efecto de un gran sopor.

Muchas veces Miss Herbey se ha presentado en el puente por algunos instantes. El cansancio la tiene pálida, pero continúa fuerte; le recomiendo que esté dispuesta para todo lo que pueda sobrevenir.

—Yo siempre estoy dispuesta, caballero, me responde la valerosa jóven, que vuelve inmediatamente al lado de Mrs. Kear.

Andrés Letourneur sigue á la jóven con la vista, y se pinta en su semblante un sentimiento de tristeza.

Hacia las ocho de la noche está casi terminada la armazón de la balsa; en seguida se trabaja en bajar á ella barriles vacíos y herméticamente cerrados destinados á asegurar la flotación del aparato y que deben sujetarse sólidamente á los maderos de repuesto.

Dos horas después se oyen grandes gritos en la toldilla. Mrs. Kear se presenta gritando:

—¡Que nos hundimos, que nos hundimos!

Inmediatamente veo á Miss Herbey y a Falsten que llevan en sus brazos á Mrs. Kear desmayada.

Roberto Kurtis corre á su camarote y

vuelve inmediatamente con una carta, un sextante y una brújula.

Resuenan gritos de angustia, y la confusión reina á bordo. La tripulación se precipita hácia la balsa, cuya armazón, á la cual falta la plataforma, no puede recibirla toda.....

Imposible decir todos los pensamientos que atraviesan mi mente en este instante, ni pintar la rápida visión de mi vida entera que se ofrece á mi imaginación. Me parece que toda mi existencia se concentra en este minuto supremo que va á terminarla. Siento doblarse bajo mis pies las tablas del puente, y veo el agua subir alrededor del buque como si el Océano se abriese bajo su quilla.

Algunos marineros se refugian en los obenques dando gritos de terror. Voy á seguirles.....

Una mano me detiene. Mr. Letourneur me muestra á su hijo, mientras gruesas lágrimas corren de sus ojos.

—Sí, le digo, estrechándole exclusivamente la mano. Los dos le salvaremos.

Pero antes que yo, Roberto Kurtis se ha llegado á Andrés y va á llevarlo á los obenques del palo mayor cuando el *Chancellor*, al cual empujaba entonces el viento rápidamente, se detiene de improviso dando una sacudida violenta.

El buque se hunde. El agua me llega á las piernas. Instintivamente echo mano á una cuerda...: pero de repente se detiene el hundimiento y cuando el puente está ya á dos pies bajo el nivel del agua el *Chancellor* queda inmóvil.

XXV.

LA TRIPULACIÓN DE LAS GAVIAS.—ESPERANZAS.—DESAPARECE LA MADERA DE LA BALSA.—MAR GRUESA.—MRS. KEAR EN LA GAVIA MAYOR.

Noche del 4 al 5 de Diciembre.

Roberto Kurtis se ha llevado al joven Letourneur, y corriendo por el puente inundado, le coloca en los obenques de estribor. Su padre y yo subimos hasta donde él está.

Después miro alrededor de mí. La noche es bastante clara para que pueda ver lo que pasa. Roberto Kurtis que ha vuelto á su puesto, está de pie en la toldilla. Enteremente á popa, cerca del coronamiento que todavía no se ha sumergido,

veo en la sombra á Mrs. Kear y á su mujer, Miss Herbey y Falsten. En el extremo del castillo de proa están el teniente y el contramaestre; en las gavias y en los obenques el resto de la tripulación.

Andrés Letourneur ha sido izado hasta la gavia mayor, gracias á su padre, que le ha tenido que poner el pie en cada escalón, y á pesar del balance ha llegado sin accidente. Pero ha sido imposible hacer oir la razón á Mrs. Kear, que ha quedado en la toldilla á riesgo de ser arrastrada por las olas si el viento llega á refrescar. Mis Herbey se ha quedado á su lado sin querer dejarla.

El primer cuidado de Roberto Kurtis cuando se ha detenido el hundimiento del buque, ha sido hacer amainar inmediatamente todas las velas y luego bajar las vergas y los mástiles de juanete para no comprometer la estabilidad del *Chancellor*. Espero que tomadas estas precauciones, el hundimiento del buque se detendrá. ¿Pero no puede zozobrar de un

momento á otro? Voy al sitio que ocupa Roberto Kurtis, y le hago esta pregunta:

—No puedo saberlo, me responde con tono tranquilo. Eso depende sobre todo del estado del mar. Lo cierto es que el buque se haya en equilibrio en las condiciones actuales, pero estas condiciones pueden cambiar de un momento á otro.

Pero el *Chancellor* ¿puede navegar ahora con dos pies de agua sobre el puente?

—No, señor Kazallon, pero puede derivar bajo la acción de la corriente y del viento; y si se mantiene así durante algunos días, llegará á algún punto cualquiera de la costa. Por lo demas, tenemos como último recurso esa balsa que se acabará dentro de breves horas, y en la cual será posible embarcarnos cuando amonezca.

—¿No ha perdido usted, pues, toda esperanza? preguntó vivamente sorprendido á Roberto Kurtis.

—La esperanza jamás se pierde ente-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

mente, señor Kazallon, aun en las circunstancias más terribles. Todo lo que puedo decir á usted es que si de cien probabilidades tenemos noventa y nueve contra nosotros, debemos procurar aprovecharnos de la centésima. Además, si mi memoria no me es infiel, el *Chancellor* medio sumergido, se encuentra precisamente en las condiciones en que se halló la *Juno*, buque de tres palos en 1795, el cual durante más de veinte días estuvo así suspendido entre dos aguas. Pasajeros y marineros se habían refugiado en las gavias, y habiendo llegado á vista de tierra todos los que sobrevinieron á las fatigas y al hambre se salvaron. Este es te es un caso muy conocido en los anales de la marina, y por lo mismo lo recuerdo perfectamente. Pues bien, no hay ninguna razón para que los que sobrevivan del *Chancellor* sean màs desgraciados que los de la *Juno*.

Quizá habría mucho que responder á este discurso de Roberto Kurtis, pero lo

que resulta de sus palabras es que nuestro capitán no ha perdido enteramente la esperanza.

Sin embargo, pues que las condiciones de equilibrio pueden cambiar á cada momento, es preciso abandonar cuanto antes el *Chancellor*. Por consiguiente se decide que mañana, y cuando el carpintero haya acabado la balsa, nos embarcaremos todos en ella.

Pero júzguese de la violenta desesperación que se apodera de la tripulación, cuando hácia las doce de la noche Daoulas observa que la madera de la balsa ha desaparecido. Las amarras, aunque eran sólidas, se han roto à consecuencia del movimiento vertical del buque y la armazòn hace más de una hora que se ha ido con la corriente.

Cuando los marineros saben esta última desgracia, lanzan gritos de angustia.

—¡Al mar, al mar los mástiles! repiten aquellos infelices, perdiendo la cabeza.

Y quieren cortar el aparejo para ha-

cer caer los mástiles de gavia y construir inmediatamente una nueva balsa.

Pero Roberto Kurtis interviene gritando:

—¡A vuestros sitios, muchachos, y que no se corte un hilo sin mis órdenes. El *Chancellor* está en equilibrio; el *Chancellor* no se hunde todavía!

A la voz tan firme de su capitán la tripulación recobra su serenidad, y á pesar de la mala voluntad de algunos marineros, todos vuelven al sitio que les esta designado.

Cuando llega el día, Roberto Kurtis sube á las crucetas y su mirada recorre con cuidado todo el mar en un ancho radio alrededor del buque; inútil investigación: la balsa está ya fuera del alcance de nuestra vista. ¿Deberá armarse la ballenera y emprenderse una pesquisa que puede ser larga y peltgrosa.

Es imposible, porque la mar está de-

masiado gruesa y fuerte para una embarcación tan frágil. Hay que emprender la construcción de una nueva balsa y ponerse inmediatamente á la obra.

Habiendo aumentado la fortaleza de olas, Mr. Kear se decide al fin á dejar el sitio que ocupaba detrás de la toldilla y ha podido llegar á la gavia mayor, sobre la cual está tendida, en un estado de completa postración. Mr. Kear se ha instalado con Huntly en la gavia de mesana. Cerca de Mrs. Kear y de Miss Herbey se sitúan los Letourneur. El sitio es bastante estrecho, como puede presumirse, pues esta plataforma no mide màs de doce pies en su mayor diámetro. Pero se han establecido cuerdas de un obenque al otro, que les permiten resistir á los balances. Además Roberto Kurtis ha tenido cuidado de disponer por cima de la gavia una vela que abriga á las dos mujeres.

Se han izado también á las gavias y

amarrado sólidamente á los estais algunos barriles que flotaban entre los mástiles del buque después de la submersiòn. Son cajas de conservas y bizcocho y barricas de agua dulce que forman ahora toda nuestra reserva.

XXVI.

LO QUE QUEDA DEL CHANCELLOR SOBRE EL NIVEL DEL MAR.—LA SEGUNDA BALSA.—EL IRLANDEZ.—MRS. KEAR Y HUNTLY.—UN PUNTO NEGRO.

5 de Diciembre.

El día esta caluroso. Diciembre, bajo el paralelo 16, no es un mes de otoño, sino un verdadero mes de verano, y hay que temer grandes calores si la brisa no viene á templar los ardores del sol.

Sin embargo, la mar continúa gruesa: el casco del buque, sumergido en sus tres cuartas partes, es batido como un escollo por las olas, cuya espuma salta hasta la altura de las gavias y atraviesa nuestros vestidos como una lluvia fina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lo que queda únicamente del *Chancellor* fuera del nivel de las aguas son: los tres palos bajos coronados de sus masteleros de gavia; el vauprés, del cual se ha suspendido la ballenera para que no la rompiesen las olas; la toldilla y el castillo de proa reunidos tan solo por la estrecha línea de los parapetos. El puente está completamente sumergido.

La comunicación entre las gavias es muy difícil; solo los marineros izándose por los estais pueden pasar de una á otra por entre los palos desde el coronamiento hasta el castillo de proa. La mar que rompe sobre el casco como sobre una roca va desprendiendo poco á poco las paredes del buque, cuyos tabiques tratamos de ir recogiendo. Este es un espectáculo verdaderamente terrible para los pasajeros, refugiados en estrechas plataformas y que ven y oyen mugir el Océano bajo sus pies. Estos palos que salen del agua tiemblan á cada golpe de mar y

puede creerse que van á ser arrastrados por él.

Cierto que vale más no mirar y no reflexionar, porque el abismo atrae y se ve uno tentado á precipitarse en él.

Entre tanto la tripulación trabaja sin descanso para construir la segunda balsa.

Los masteleros de gavia que sobresalen, los mástiles de juanete y las vergas, se emplean para esto y bajo la direccion de Roberto Kurtis se ejecuta la obra con el mayor cuidado. No parece que el *Chancellor* va á zozobrar todavía y como ha dicho el capitán, es probable que durante algún tiempo permanezca así equilibrado entre dos aguas. Roberto Kurtis trabaja, pues, para que la balsa quede construida con toda la solidez posible. La travesía debe ser larga, pues que la costa más próxima es la de la Guyana, que se encuentra todavía á centenares de millas. Por consiguiente, es preferible pasar un día más en las gavias y tomar

tiempo para establecer un buen aparato flotante con el cual se pueda contar. Todos estamos de acuerdo en este punto.

Los marineros han recobrado su serenidad y ahora se hace el trabajo con orden.

Sólo un marinero viejo, de edad de 60 años, cuya barba y cuyos cabellos han blanqueado bajo las ráfagas del viento, se opone á abandonar el *Chancellor*. Es un irlandés, llamado O'Ready.

En el momento en que estaba yo en la toldilla ha venido á hablarme y mascando su tabaco con grande indiferencia me dice:

—Señor Kazallon, los compañeros son de parecer de dejar el buque, yo no: yo he naufrado nueve veces, cuatro en alta mar y cinco en la costa; mi verdadera profesión es naufragar y lo entiendo perfectamente. Pues bien, Dios me condene si no he visto siempre perecer miserablemente á los pusilánimes que huian en balsas ó en chalupas. Mientras un buque

flota es preciso quedarse en él; téngaselo usted por dicho.

Pronunciadas estas palabras en tono afirmativo, el viejo irlandés, que trataba sin duda de hacer esta observación en descargo de su conciencia, cae en un mutismo absoluto.

Este día, hácia las tres de la tarde veo á Mrs. Kear y al ex-capitán Sila Huntly que hablan con grande animación en la gavia de mesana.

El mercader de petróleo parece que insta vivamente á su interlocutor proponiéndole alguna cosa y Huntly parece que presenta varias objeciones á la proposición de Mrs. Kear. Muchas veces el capitán mira fijamente al mar y al cielo moviendo la cabeza; en fin, después de una hora de conversación pasa por el estai de mesana hasta el extremo del castillo de proa, se acerca al grupo de marineros y le pierdo de vista.

Doy poca importancia á este incidente

y vuelvo á subir á la gavia mayor donde los Lotourneur, miss Herbey Falsten y yo permanecemos hablando durante algunas horas. El sol da un calor insoportable, y sin la vela que nos sirve de tienda no podríamos estar allí.

A las cinco tomamos en comunidad una comida que se compone de bizcocho, carne seca y medio vaso de agua por persona. Miss Kear muy abatida por la fiebre no come. Miss Herbey no puede hacerle sentir alivio más que humedeciéndole de cuando en cuando los lábios ardientes; la infeliz mujer padece mucho y creo que no podrá sufrir largo tiempo tantas desgracias.

Su marido no se ha informado ni una sola vez de su situación. Sin embargo, hácia las seis de la tarde me parece observar algún buen movimiento en el corazón de aquel egoìsta, porque Mrs Kear llama á varios marineros del castillo de proa y les ruega que le ayuden à bajar de la gavia de mesana. ¿Querrá sin duda

pasar á la gavia mayor donde está su mujer? Al principio los marineros no le responden, Mrs. Kear insiste màs vivamente y promete pagar bien á los que le presten el servicio que solicita.

Dos marineros llamados Burke y Sandon se lanzan sobre los parapetos, llegan á los obenques de mesana y después à la gavia.

Cuando están al lado de Mrs. Kear discuten largamente con él las condiciones del trato. Es evidente que piden mucho y que Mrs. Kear quiere dar poco; veo el momento en que los dos marineros van á dejar al pasajero en la gavia; en fin, quedan de acuerdo las partes contratantes y Mrs. Kear sacando de su cinturon un legajo de papel-moneda le entrega á uno de los marineros. Este cuenta atentamente la suma que según mi cálculo no debe ser menor de cien duros.

Se trata entonces de llevar á Mrs. Kear hasta el castillo de proa por el estay de mesana. Burke y Sandon le atan alre-

dedor del cuerpo un cabo, arrollándole después sobre el estay y le dejan deslizar como un bulto cualquiera, no sin imprimirle algunas fuertes sacudidas que excitan la risa y las chanzas de sus compañeros.

Pero me he equivocado. Mrs. Kear no tenía intención de visitar á su mujer en la gavia mayor. Se queda en el castillo de proa cerca de Sila Huntly que le espera en aquel paraje. y en breve la oscuridad me les hace perder de vista.

Ha llegado la noche y el viento ha calmado, pero la mar continúa gruesa. La luna, que ha salido a las cuatro de la tarde, no se presenta sino á raros intervalos entre estrechas bandas de nubes. Algunos de estos vapores, dispuestos en largos estratos á los extremos del horizonte, se colorean de un tinte rojo que anuncia para mañana una fuerte brisa. ¡Plegue al cielo que esta brisa venga tam bién del Nordeste y nos empuje hácia la tierra! Un cambio cualquiera en su di

rección sería funesto, aunque estemos embarcados en la balsa, la cual no puede marchar sino viento en popa.

Roberto Kurtis sube á la gavia mayor hácia las ocho de la noche. Pienso que el estado del cielo le hace reflexionar, y que trata de adivinar lo que sucederá mañana. Permanece un cuarto de hora en observación, y antes de bajar me aprieta la mano sin pronunciar una palabra y vuelve à su sitio detrás de la toldilla.

Trato de dormir en el estrecho espacio que me está reservado en la gavia, pero no puedo conseguirlo; me asaltaban tristes presentimientos; la actual tranquilidad de la atmòsfera me alarma, porque encuentro en ella *demasiada calma*. Apenas si de cuando en cuando pasa un soplo por el aparejo haciendo vibrar sus betas metálicas. Por lo demàs, la mar *presiente* alguna cosa, porque està agitada por extensas olas y experimenta sin duda el choque de alguna tempestad lejana.

Hácia las once de la noche, apartándose dos nubes, dejan brillar la luna con vivo esplendor, y las olas resplandecen como si estuvieran iluminadas por una claridad submarina. Me levanto y miro. ¡Cosa estraña! me parece ver por algunos instantes un punto negro que se levanta y se baja en medio de la inmensa blancura de las aguas. No puede ser una roca porque sigue los movimientos de las olas. ¿Qué será?

Después la luna se oculta de nuevo, la oscuridad vuelve á ser profunda, y me tiendo cerca de los obenques del babor.

XXVII

CAMBIA EL VIENTO.—LA TOLDILLA Y EL CASTILLO DE PROA AL NIVEL DEL MAR.—EUGA.—LA BALLENERA HA DESAPARECIDO.—CINCO QUE SE HAN SALVADO Ó QUE SE HAN PERDIDO.

5 de Diciembre.

He conseguido dormir algunas horas, y á las cuatro de la mañana el silbido de la brisa me despierta bruscamente. Oigo la voz de Roberto Kurtis que resuena entre el ruido de las ráfagas, cuyas sacudidas conmueven la arboladura del buque.

Me levanto. Fuertemente asido á las cuerdas trato de ver lo que pasa debajo y alrededor de mí.

En medio de la oscuridad oigo los

mugidos del mar. Grandes sábanas de espumas, lívidas, más que blancas, pasan por los más.iles, imprimiéndoles grandes oscilaciones. Dos sombras negras se destacan hácia poco sobre el color blanquizco del mar: son el capitán Kurtis y el contramaestre: sus voces, que se distinguen poco en medio del estrépito de las olas y de los silbidos de la brisa llegan á mis oídos como un largo gemido.

En aquel momento uno de los marineros que ha subido á la gavia para amarrar un cabo, pasa cerca de mí.

—¿Qué hay? le pregunto.

—El viento ha cambiado.....

El marinero añade después algunas palabras que no he podido oir claramente. Sin embargo, me parece ha añadido, *de medio á medio.*

—¡De medio á medio! Pero entonces el viento ha saltado del Nordeste al Sudoeste, y ahora nos rechaza á alta mar. Mis pensamientos no me han engañado.

En efecto, amanece poco á poco: el

viento no ha cambiado absolutamente en dirección contraria, pero circunstancia igualmente funesta para nosotros, sopla del Nordeste, es decir, que nos aleja de la tierra. Además hay cinco piés de agua sobre el puente, cuyos parapetos han desaparecido del todo bajo el mar. El buque se ha hundido durante la noche, y el castillo de proa, lo mismo que la toldilla, están ahora al nivel del mar, que les barre incesantemente. A sotavento Roberto Kurtis y su tripulación trabajan para concluir la construcción de la balsa, pero el trabajo no puede ir de prisa, vista la violencia del mar, y es preciso tomar las más sérias precauciones para que la armazón no se disloque antes de estar absolutamente consolidada.

En aquel momento los Letourneur se encuentran á mi lado en pié, y el padre sostiene al hijo contra la vielencia de los balances.

—Pero esta gavia va á romperse, exclama Mr. Letourneur oyendo los crugi-

dos de la estrecha plataforma en que estamos.

Miss Herbey se levanta al oir estas palabras, y mostrando à Miss Kear que está tendida á sus piés, pregunta:

—¿Qué debemos hacer, señores?

—Quedarnos donde estamos, respondo yo.

—Miss Herbey, añade Andrés Letourneur, de todas maneras este es nuestro mas seguro refugio. No tema usted nada.....

—No temo por mì, responde la joven con voz tranquila, sino por los que tienen alguna razón para apreciar la vida.

A las ocho y cuarto el contramaestre grita á los de la tripulación:

—¡Eh! ¡á proa!

—¿Qué se ofrece, maestro? responde uno de los marineros, creo que era O'Ready.

—¿Teneis la ballenera?

—No, maestro.

—¡Entonces se la ha llevado la corriente!

En efecto, la ballenera no está ya suspendida del bauprés, y casi inmediatamente se observa la desaparición de Mr. Kear, de Sila Huntly y de tres hombres de la tripulación; un escocés y dos ingleses. Comprendo entonces cuál ha sido el objeto de la conversación de Mr. Kear y de Huntly. Temiendo que el *Chancellor* zozobrase antes que se acabara de construir la balsa, se han conjurado para huir y han decidido, á precio de dinero, á tres marineros á que se apoderen de la ballenera. Ahora me explico lo que significaba aquel punto negro que he visto durante la noche. El miserable ha abandonado á su mujer. El indigno capitán ha abandonado su buque y nos han llevado la canoa, es decir, la única embarcación que nos quedaba.

—Cinco que se han salvado, dice el contramaestre.

—Cinco que se han perdido, responde el viejo irlandés.

En efecto, el estado del mar no puede

menos de justificar las palabras de O'Ready.

No somos ya más que veintidos á bordo. ¿Cuántos van à quedar después?

Al saber esta cobarde deserción y el robo de la ballenera, la tripulación colma de invectivas á los fugitivos, y si la casualidad los trajese de nuevo á bordo, pagarian cara su traición.

Aconsejo que se oculte á Mrs. Kear la fuga de su marido. La infeliz mujer está consumida por una fiebre incesante, contra la cual no podemos hacer nada, pues que el hundimiento del buque ha sido tan pronto, que no ha podido salvarse la caja de medicamentos. Además, aunque los tuviéramos, ¿qué efecto podriamos esperar en las condiciones en que se encuentra Mrs. Kear?

XXVIII.

LA BALSA ESTA CONSTRUIDA.—SITUACIÒN DE TODOS.—MRS. KEAR SE MUERE.—WALTER MUY DEBIL.—UN CADAVER QUE SE ECHARA DE MENOS.

Continuación del 6 de Diciembre.

Ya el *Chancellor* no está en equilibrio entre las capas de agua, y es probable que se disloque completamente su casco, pues que sentimos que se va hundiendo poco á poco.

Por fortuna la balsa estará terminada en lo que falta de noche y nos podremos instalar en ella, á no ser que Roberto Kurtis prefiera embarcarse de día, en cuyo caso habrá que esperar hasta el amanecer. La armazón se ha establecido sólidamente, las berlingas que la forman

han sido ligadas entre sí con fuertes cuerdas, y como estas piezas se entrelazan una sobre otra, el conjunto se levanta dos piés ó más sobre el nivel del mar.

En cuanto á la plataforma, está construida con las tablas de la obra muerta que las olas han arrancado, y que se han utilizado cuidadosamente. Por la tarde se comienza á cargar todo lo que se ha salvado, en materia de víveres, velas, instrumentos y útiles. Es preciso apresurarse, porque en este momento la gavia mayor no está ya más que á diez pies sobre el mar, y no queda del bauprés sino el extremo superior que se levanta oblícuamente.

Mucho me sorprendería si mañana no fuese el último día del *Chancellor*.

Y ahora ¿en qué estado moral estamos todos? Trato de determinar lo que pasa en mí. Me parece que lo que experimento es más bien una indiferencia inconsciente que un sentimiento de resignación. Mr. Letourneur vive enteramente

para su hijo, y éste no piensa más que en su padre. Andrés muestra una resignación valerosa y cristiana que no puedo comparar sino con la resignación de miss Herbey. Falsten es siempre el mismo, y Dios me perdone, pero en este momento me parece que escribe algunos números en su cuaderno. Mr. Kear se muere, á pesar de los cuidados de la jóven y de los míos.

En cuanto á los marineros, dos ó tres están serenos, pero los demás se hallan muy próximos á perder la cabeza. Algunos, impulsados por su natural grosero, parecen dispuestos á entregarse á excesos. Serán difíciles de contener estos hombres, que sufren la mala influencia de Owen y de Jynxtrop, cuando tengamos que vivir con ellos en una extrecha balsa.

El teniente Walter está muy débil; á pesar de su valor tendrá que renunciar á hacer servicio. Roberto Kurtis y el contramaestre, enérgicos, inconmovibles;

son hombres que la naturaleza ha forjado *en toda su dureza*, expresión tomada de la lengua metalúrgica que les pinta perfectamente.

Hácia las cinco de la tarde Mrs. Kear, nuestra compañera de infortunio, ha dejado de sufrir. Ha muerto después de una dolorosa agonía, tal vez sin haber conocido su situación. Ha dado algunos suspiros, y todo ha concluido; miss Herbey le ha prodigado sus cuidados hasta el último momento, con una adhesión que nos ha conmovido á todos profundamente.

La noche ha pasado sin incidente. Por la mañana al amanecer he tomado la mano de la muerta, que estaba fria, y cuyos miembros estaban ya rígidos. Su cuerpo no puede permanecer por más tiempo en la gavia. Miss Herbey y yo la envolvemos en sus vestidos; después se rezan algunas oraciones por el alma de la desdichada mujer, y la primera víctima de tantas miserias es precipitada al mar.

En aquel momento uno de los hombres que se encuentran en los obenques pronuncian estas espantosas palabras:

—¡Ese es un cadáver que tenemos que echar de menos!

Me vuelvo. Es Owen el que ha hablado.

Después me ocurre que, en efecto, nos faltarán los víveres tal vez algún día.

XXIX.

SE EMBARCAN PASAJEROS Y TRIPULACIÓN EN LA BALSA.—EL BUQUE SE HUNDE.—SE PIERDEN DOS MARINEROS Y UN GRUMETE.—ULTIMO DIA DEL CHANCELLOR.

7 de Diciembre.

El buque continúa hundiéndose, y el agua llega ya á las jaretas de la gavia de mesana. La toldilla y el castillo de proa están completamente sumergidos, y el extremo superior del bauprés ha desaparecido también bajo las aguas. No sobresalen más que los tres palos.

Pero la balsa está ya terminada y cargada de todo lo que ha podido salvarse. A la parte de proa se ha dispuesto una carlinga, destinada á recibir un mástil, sostenido por obenques sujetos á los cos-

tados de la plataforma. La vela del sobrejuanete mayor irá envergada y nos impulsarà probablemente hácia la costa. ¿Quién sabe si lo que el *Chancellor* no ha podido hacer, lo harà ese frágil conjunto de tablas menos fácil de sumergir? La esperanza se arraiga tan profundamente en el corazón del hombre, que yo todavìa espero.

Son las siete de la mañana. Vamos á embarcarnos en la balsa, cuando de improviso acaba de hundirse el buque tan precipitamente, que el carpintero y los hombres ocupados en la balsa se ven obligados á cortar la amarra para no ser arrastrados en el remolino.

Experimentamos entonces una ansiedad dolorosísima, pues precisamente cuando el buque baja al abismo, es cuando nuestra única tabla de salvación se aleja á la deriva.

Dos marineros y un grumete pierden la cabeza y se arrojan al mar, pero en vano tratan de luchar contra las gruesas

oleadas. Pronto comprendemos todos que no podrán ni llegar á la balsa, ni volver al buque, teniendo contra sí las olas y el viento. Roberto Kurtis se ata una cuerda á la cintura y se precipita á su auxilio: ¡sacrificio inútil! Antes que haya podido llegar hasta ellos, los tres desgraciados, à quienes veo luchar contra las olas, desaparecen después de haber tendido en vano los brazos hàcia nosotros.

Retiramos á Roberto Kurtis lleno de contusiones causadas por la especie de resaca que bate la cabeza de los mástiles.

Entre tanto, Daoulas y sus marineros, por medio de berlingas de que se sirven à guisa de remos, tratan de acercarse al buque, y solo lo consiguen después de una hora de esfuerzos; una hora que nos parece un siglo; una hora durante la cual el mar ha subido hasta el nivel de las gavias. Y sin embargo, la balsa no se habia alejado sino dos cables del *Chancellor*

[unos 400 metros]. El contramaestre echa un cabo á Doulas y la balsa atraca á la encapilladura del palo mayor.

No hay un momento que perder, porque se advierte un violento remolino alrededor del casco sumergido, y enormes burbujas de aire suben en gran número á la superficie del agua.

—¡Embarca, embarca! grita Roberto Kurtis.

Todos nos precipitamos á la balsa. Andrés Letourneur, después de haber cuidado de la instalación de miss Herbey, llega sin novedad á la plataforma. Su padre se encuentra poco después á su lado: en seguida todos nos embarcamos, todos menos el capitán Kurtis y el viejo marinero O'Ready.

Roberto Kurtis, en pié sobre la gavia mayor, no quiere dejar el buque hasta que desaparezca en el abismo. Es su deber y su derecho: se comprende que la emoción estalle en su pecho al verse precisado á abandonar aquel *Chancellor* tan

querido, donde ha mandado y manda todavía.

El irlandés está sobre la gavia de mesana.

—¡Embarca, viejo! le grita el capitán.

—¿Se hunde el buque? pregunta el terco marino con la mayor serenidad del mundo.

—En linea recta.

—Entonces embarquemos, dice O'Ready, cuando el agua le llega á la cintura.

Y sacudiendo la cabeza se lanza á la balsa.

Roberto Kurtis permanece todavía un momento sobre la gavia, dirige una mirada alrededor, y luego deja por fin el buque.

Ya es tiempo. Se corta la amarra y la balsa se aleja lentamente.

Miramos hácia el sitio donde zozobra el *Chancellor*. Primero desaparece el extremo del palo de mesana, luego el del palo mayor y en breve no queda nada de aquel hermoso buque.

XXX.

NUEVO APARATO FLOTANTE.—DE VEINTIOCHO QUEDAN DIEZ Y OCHO.—POCAS PROVISIONES.—NINGUN VESTIDO.

Continuación del 7 de Diciembre.

Estamos en un nuevo aparato flotante que no puede irse á fondo, porque en todo caso sobrenadarán las piezas de madera que lo componen. ¿Pero no las desunirá el mar? ¿No romperá las cuerdas que las unen? ¿No aniquilará, en fin, á los náufragos hacinados en su superficie?

De veintiocho personas que llevaba el *Chancellor* á su salida de Charleston, diez ya han perecido.

Quedamos, pues, diez y ocho todavía, diez y ocho en esta balsa que forma un

cuadrilátero irregular de cuarenta pies de largo por veinte de ancho.

Citaré los nombres de los que hemos sobrevivido: los Letourneur, el ingeniero Falsten, miss Herbey y yo, pasajeros; el capitán Roberto Kurtis, el teniente Walter, el contramaestre, el mayordomo Hobbart, el cocinero negro Jynxtrop, el carpintero Daoulas y los siete marineros Austin, Owen, Wilson, O'Ready, Burke, Sandon y Flaypol.

¿Nos juzga el cielo suficientemente probados por la desgracia? ¿Habrá dejado ya su mano de pesar sobre nosotros? Los más confiados no se atreven á esperar.

Pero dejemos el porvenir; no pensemos más que en lo presente, y continuemos registrando los incidentes de este drama á medida que se produzcan.

Conocidos ya los pasajeros de la balsa, veamos sus recursos.

Roberto Kurtis no ha podido embarcar más que lo que quedaba de las provisiones sacadas de la despensa, cuya

mayor parte fué destruida cuando se sumergió el puente del *Chancellor*. Estas provisiones son poco abundantes si se considera que somos diez y ocho bocas y que pueden pasar muchos días antes de que avistemos un buque ó la tierra. Un barril de bizcocho, otro de carne seca, un tonelito de aguardiente y dos barricas de agua son todo lo que ha podido salvarse. Es, pues, necesario ponerse á ración desde el primer día.

Respecto de vestidos de repuesto, no tenemos nada. Algunas velas nos servirán á la vez de cubierta y de abrigo. La herramienta del carpintero Daoulas, el sextante y la brújula, una carta, las navajas de bolsillo, una caldera de metal y una taza de hoja de lata que siempre ha llevado consigo el viejo irlandés O'Ready, constituyen el total de los utensilios que nos quedan. Todas las cajas preparadas sobre el puente para embarcarlas en la primera balsa se han ido á pique en el momento de la submersión parcial

del *Chancellor*, y desde aquel momento no ha sido ya posible penetrar en la bodega.

Tal es la situación; grave, sin ser desesperada. Por lo demàs, es de temer que á alguno le falte la energìa moral al mismo tiempo que la energía física. Además, hay entre nosotros personas cuyos malos instintos serán difíciles de contener.

XXXI.

EL VIENTO SE INCLINA AL NORTE.—SE INSTALA EL MASTIL EN LA BALSA Y SE IZA LA VELA.—A SEISCIENTAS CINCUENTA MILLAS DE TIERRA.—REGIMEN DE A BORDO.

Continuación del 7 de Diciembre.

El primer día no se ha señalado por ningún incidente.

Hoy á las ocho de la mañana el capitàn Kurtis nos ha reunido á todos, pasajeros y tripulantes.

—Amigos míos, ha dicho; oigan ustedes bien esto. Yo mando en esta balsa como á bordo del *Chancellor*, y espero ser obedecido de todos sin excepción. ¡No pensemos màs que en la salvación común; permanezcamos unidos y el cielo nos proteja!

Estas palabras han sido bien acogidas.

La leve brisa que sopla en este momento y cuya dirección averigua el capitán por medio de la brújula, se ha aumentado inclinándose al Norte. Es una circunstancia feliz y hay que apresurarse á aprovecharla para llegar lo más pronto posible á la costa americana. El carpintero Daoulas se ocupa en instalar el palo, cuya carlinga se ha dispuesto á proa de la balsa, y se arreglan también dos alas, especie de arbotantes que deben mantenerle más sólidamente. Mientras el carpintero trabaja, el contramaestre y los marineros envergan el sobrejuanete pequeño en la verga reservada para este uso.

A las nueve y media queda levantado el mástil. Varios obenques apoyados sobre los costados de la balsa aseguran su solidez; la vela queda izada, amurada y cazada, y el aparato, impulsado viento en popa, camina con bastante rapidez ba-

jo la acción de la brisa que va refrescando.

Terminada esta tarea el carpintero trata de instalar un timón que permita á la balsa conservar la dirección requerida. Roberto Kurtis y el ingeniero Falsten le ayudan con sus consejos. Después de dos horas de trabajo se establece á popa una especie de espadilla, con corta diferencia semejante á la que emplean los balahus malayos.

Entre tanto el capitàn Kurtis ha hecho las observaciones necesarias para obtener exactamente la longitud, y al medio día toma una buena altura del sol.

El punto que obtiene con bastante exactitud es el siguiente:

Latitud 15° 7' Norte.

Longitud 49° 35' Oeste del meridiano de Greenwich.

Este punto puesto sobre la carta muestra que estamos á unas seiscientas cincuenta millas al Nordeste de la costa de Paramaribo, es decir, de la parte más

próxima del Continente americano, que como hemos notado forma el litoral de la Guyana Holandesa.

Ahora bien, calculando las probabilidades en pró y en contra y tomando un término medio, no podemos esperar, ni aun con la ayuda constante de los alíseos, andar màs de diez ó doce millas por día con un aparato tan imperfecto como una balsa que no puede sortear el viento. Esta travesía, necesitará, pues, dos meses de navegación aun suponiendo favorables todas las circunstancias, salvo el caso poco probable de que encontremos algún buque. Pero el Atlántico está menos frecuentado en esta parte que más al Norte ò más al Sur, pues por desgracia hemos sido arrojados entre las líneas de las Antillas y del Brasil que siguen los vapores trasatlánticos ingleses ó franceses y vale más no contar con la casualidad de este encuentro. Por lo demás si sobrevienen calmas, si el viento cambia y nos empuja al Este, no serán

dos meses los que necesitaremos, sino tres, cuatro y hasta seis, y los víveres se acabarán antes del tercero.

La prudencia exige, pues, que desde ahora consumamos tan solo lo extrictamente necesario. El capitán Kurtis nos ha pedido consejo sobre este punto y hemos determinado severamente el programa que debe seguirse. Las raciones se calculan para todos indistintamente de manera que el hambre y la sed queden medio satisfechas: la maniobra de la balsa no exige gran gasto de fuerza física y una alimentación restricta puede bastarnos. En cuanto al aguardiente cuyo barril no contiene sino unos veintitres litros, será distribuido con la mayor parsimonia sin que nadie tenga el derecho de tocar á él sin el permiso del capitán.

El régimen de à bordo queda pues arreglado de esta manera: cinco onzas de carne y cinco de galleta por día y por persona. Es poco pero no se puede aumentar la ración, porque diez y ocho bo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cas en estas proporciones absorverán un poco más de cinco libras de cada sustancia, es decir, en tres meses seiscientas libras. Ahora bien, no poseemos en todo más que seiscientas libras de carne y bizcocho y hay que atenerse á esta cantidad. En cuanto al agua puede calcularse la que poseemos en unos seiscientos litros y se conviene en que el consumo diario quedará reducido á medio litro por persona, lo cual asegurará también agua para tres meses.

La distribución de víveres se hará todas las mañanas á las diez bajo la direc- del contramaestre. Cada uno recibirá para el día su ración de carne y bizcocho y la consumirá cuando le parezca. En cuanto al agua, á falta de utensilios suficientes para recogerla, pues que no tenemos más que la caldera y la taza del irlandés, se distribuirá dos veces al día, una á las diez de la mañana y otra á las seis de la tarde y cada persona deberá beber lo que le toque inmediatamente.

Debe observarse también que tenemos dos probabilidades que pueden aumentar nuestra despensa: la lluvia que nos dará agua y la pesca que podrá darnos alimento. Para este caso se disponen dos barricas vacìas que reciban el agua de lluvia y en cuanto á las máquinas de pesca, varios marineros se ocupan en prepararlas á fin de echar algunos sedales desde el barco.

Tales son las disposiciones que hemos tomado y aprobado y que serán riguro samente mantenidas. Sólo observando una regla severa podemos esperar librarnos de los horrores del hambre. Demasiados ejemplos tenemos precisamente que nos enseñan á ser previsores, y si nos vemos reducidos á las últimas privaciones, es que la suerte no se habrá cansado de perseguirnos.

XXXII.

TIEMPO EN CALMA.— CALOR.— SITUACIÓN RELATIVAMENTE PREFERIBLE.—ROBERTO KURTIS ABSORTO EN SUS REFLEXIONES.—BUENA PESCA.——MONSTRUOS DE PRESENTIMIENTOS.

Del 8 al 17 de Diciembre.

Al llegar la noche nos hemos abrigado bajo las velas. Cansadísimos á consecuencia de las largas horas pasadas junto á la arboladura, he podido dormir durante algunas horas. La balsa relativamente poco cargada, se levanta sobre ellas facilmente, y como la mar no es gruesa hemos estado á cubierto de oleaje. Por desgracia, si la mar no es gruesa, es porque el viento es menos fuerte y

Debe observarse también que tenemos dos probabilidades que pueden aumentar nuestra despensa: la lluvia que nos dará agua y la pesca que podrá darnos alimento. Para este caso se disponen dos barricas vacìas que reciban el agua de lluvia y en cuanto á las máquinas de pesca, varios marineros se ocupan en prepararlas á fin de echar algunos sedales desde el barco.

Tales son las disposiciones que hemos tomado y aprobado y que serán riguro samente mantenidas. Sólo observando una regla severa podemos esperar librarnos de los horrores del hambre. Demasiados ejemplos tenemos precisamente que nos enseñan á ser previsores, y si nos vemos reducidos á las últimas privaciones, es que la suerte no se habrá cansado de perseguirnos.

XXXII.

TIEMPO EN CALMA.– CALOR.–SITUACIÓN RELATIVAMENTE PREFERIBLE.–ROBERTO KURTIS ABSORTO EN SUS REFLEXIONES.—BUENA PESCA.——MONSTRUOS DE PRESENTIMIENTOS.

Del 8 al 17 de Diciembre.

Al llegar la noche nos hemos abrigado bajo las velas. Cansadísimos á consecuencia de las largas horas pasadas junto á la arboladura, he podido dormir durante algunas horas. La balsa relativamente poco cargada, se levanta sobre ellas facilmente, y como la mar no es gruesa hemos estado á cubierto de oleaje. Por desgracia, si la mar no es gruesa, es porque el viento es menos fuerte y

al llegar la mañana me veo obligado á anotar en mi registro: tiempo en calma.

Al nacer el día nada nuevo he tenido que observar. Los Letourneur han dormido igualmente una parte de la noche: nos hemos estrechado la mano; mis Herbey también ha podido descansar; su fisonomía menos fatigada ha recobrado su calma habitual.

Estamos bajo el paralelo 11. El calor durante el día es muy fuerte y el sol brilla con vivo resplandor; la atmósfera está mezclada de una especie de vapor ardiente y como la brisa no viene sino por ràfagas la vela cuelga sobre el mástil durante las calmas que se prolongan por demasiado tiempo. Pero Roberto Kurtis y el contramaestre, por ciertos indicios que solo los marinos pueden conocer, piensan que una corriente de dos ó tres millas por hora nos arrastrará hácia el Oeste; circunstancia que sería favorable y que podria abreviar considerablemente nuestra travesía. ¡Ojalá que no

se hayan engañado, porque desde los primeros días con esta temperatura elevada la ración de agua apenas basta para calmar la sed!

Y sin embargo, desde que hemos dejado el *Chancellor*, ó mejor dicho sus gavias, para embarcarnos en esta balsa, la situación se ha mejorado considerablemente. El *Chancellor* podía hundirse á cada momento, y á lo menos esta plataforma que ahora ocupamos es relativamente sólida. Sí, lo repito, la situación se ha mejorado notablemente y todos nos encontramos mejor, comparativamente hablando. Estamos casi con comodidad, podemos ir y venir de una parte á otra; por el día nos reunimos, hablamos, discutimos, miramos al mar; por la noche dormimos al abrigo de las velas. La observación del horizonte, la vigilancia de los sedales dispuestos para la pesca, todo nos interesa.

—Señor Kazallon, me dice Andrés Letourneur, pocos días después de nuestra

instalación en este nuevo aparato, me parece que encontramos aquì de nuevo esos días de calma que han marcado nuestra residencia en la Roca del Jamón.

—En efecto, mi querido Andrés, le he respondido.

—Pero añado que la balsa tiene una ventaja considerable sobre el Islote, y es que marcha.

—Mientras el viento es bueno, Andrés, la ventaja evidentemente es de la balsa; pero si cambia el viento....

—Bah, señor Kazallon, responde el joven, no nos dejemos abatir y tengamos confianza.

En efecto, todos la tenemos. Sì; me parece que hemos salido de las terribles pruebas pasadas para no volver á sufrir otras semejantes. Las circunstancias son ya mucho más favorables y no hay uno de nosotros que no se sienta tranquilizado.

No sé lo que pasa en el alma de Roberto Kurtis, ni puedo decir si participa

de nuestra opinión actual. Con frecuencia se mantiene retirado porque su responsabilidad es grande. Es el jefe, y no solamente tiene que salvar su vida, sino también las nuestras. Yo sé que así comprende su deber y no estraño, por lo mismo, que esté con frecuencia absorto en sus reflexiones, de las cuales ninguno de nosotros quiere distraerle.

Durante estas largas horas, la mayor parte de los marineros duermen á proa de la balsa. Por orden del capitán la popa se ha reservado para los pasajeros, y se ha podido establecer sobre montantes una tienda, que nos proporciona un poco de sombra. En suma, nos hallamos en un estado de salud satisfactorio á excepción del teniente Walter, que no consigue recobrar sus fuerzas. Los cuidados que le prodigamos no producen resultado alguno, y el pobre joven se debilita cada día màs.

Nunca he podido apreciar mejor á An-

drés Letourneur que en las circunstancias actuales. Este amable joven es el alma de nuestra pequeña sociedad. Tiene un ingenio original y los nuevos puntos de vista y las consideraciones inesperadas abundan en su manera de mirar las cosas. Su conversación nos distrae y nos instruye frecuentemente; mientras habla, su fisonomìa, un poco enfermiza, se anima; su padre parece beber sus palabras, y algunas veces tomándole la mano, la conserva entre las suyas por espacio de horas enteras.

Miss Herbey toma parte algunas veces en nuestra conversación, aunque mostrándose siempre muy reservada. Todos nosotros nos esforzamos en hacerle olvidar con nuestros cuidados que ha perdido á los que debían ser sus protectores naturales. Esta jóven ha encontrado en Mr. Letourneur un amigo segnro como lo sería un padre y le habla con el abandono á que la edad de Mr. Letourneur le dá derecho. Instada por él, le ha con-

tado su vida, vida de valor y sacrificio, como el de todas las huérfanas pobres. Desde la edad de dos años estaba en casa de Mr. Kear, y ahora se ha quedado sin recursos para el presente, sin hacienda para el porvenir, pero confiada porque está dispuesta á sufrir todas las pruebas. Por su carácter y su energia moral impone respeto y hasta ahora no ha tenido que avergonzarse de una sola palabra ni de un solo gesto que hubiera podído escaparse á los hombres groseros de la tripulación.

Los dias 12, 13 y 14 de Diciembre no han producido ningun cambio en la situación. El viento ha continuado soplando del Este por brisas desiguales; no ha habido incidente alguno ni maniobras de ninguna especie que ejecutar en la balsa. La caña del timón, ó mejor dicho la espadilla, no necesita ser modificada. El aparato corre viento en popa y no se inclina ni á un bordo ni á otro. Algunos marineros de cuarto, siempre apostados

á proa, tienen orden de vigilar el mar con la más escrupulosa atención.

Siete dias han trascurrido desde que hemos dejado el *Chancellor*. y observo que nos acostumbramos á la módica ración que se nos ha impuesto, á lo menos en lo que concierne al alimento. Es verdad que nuestras fuerzas no se gastan con la fatiga física. No nos gastamos, espresiòn vrlgar que espresa bien mi pensamiento, y en tales condiciones el hombre necesita poco para mantenerse. Nuestra mayor privación es la del agua, porque en estos grandes calores la cantidad que se nos concede es notoriamente insuficiente.

El 15, una bandada de peces de la especie de los esparos, ha venido á hormiguear alrededor de la balsa. Aun cuando nuestras máquinas de pesca no se componen sino de largas cuerdas armadas de un clavo encorvado con pedacitos de carne seca, que sirven de cebo, cogemos un gran número de estos esparos, que son muy voraces.

Hacemos verdaderamente una pesca milagrosa y este día es de fiesta à bordo. De los pescados, los unos se asan, los otros se cuecen en agua de mar, en fuego encendido con leña á la proa de la balsa. ¡Qué regalo! Es una economía que hacemos de víveres: los esparos son tan abundantes que durante dos dìas tomamos cerca de doscientas libras. Si llueve pronto, todo irá cada vez mejor.

Por desgracia esta bandada de peces no se ha mantenido largo tiempo en nuestras aguas. El 17, varios tiburones de gran tamaño, pertenecientes á esa monstruosa especie de los atigrados, cuya longitud es de cuatro ó cinco metros, se han presentado en la superficie del mar. Tienen las aletas y la espalda negras, con manchas y rayas transversales de color blanco. La presencia de estos horribles escurlos es siempre alarmante; por consecuencia de la poca elevación de la balsa estamos casi al nivel de ellos y muchas veces su cola bate nuestra ber-

linga con espantosa violencia. Sin embargo, han logrado alejarles á golpes de espeques. No extrañaré que nos sigan obstinadamente, como una presa que les está reservada. No me gustan esos *mónstruos de presentimientos.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIII.

MAR GRUESA.—SE ATAN LOS BARRILES DE PROVISIONES.—CONCILIABULOS ENTRE LOS MARINEROS.—LA MALA SALUD DEL TENIENTE WALTER.—¿PARA QUIEN SE GUARDA EL AGUARDIENTE?

Del 18 al 20 de Diciembre.

Hoy el tiempo se ha modificado y ha refrescado el viento. No nos quejamos porque es favorable, solamente tomamos la precaución de sujetar el mástil à fin de que la tención de la vela no pueda producir su rotura. Hecho esto, la pesada máquina marcha con una celeridad un poco mayor, y deja, en fin, una larga estela detrás de ella.

Al medio día se cubre el cielo de algunas nubes y el calor es menos fuerte.

La gruesa mar ha balanceado más vivamente la balsa, y algunas olas han entrado en ella. Por fortuna con algunos tablones de forro el carpintero ha podido establecer parapetos de dos piés de altura, que nos defienden mejor contra el mar.

Se atan también fuertemente dos dobles cuerdas, los barriles que contienen las provisiones y las barricas de agua, porque un golpe de mar que se les llevara nos reduciría á las más horribles privaciones. No podemos pensar en semejante eventualidad sin estremecernos.

El 18 los marineros han recogido algunas de esas plantas marinas conocidas con el nombre de sargazos, semejantes á las que hemos encontrado entre las Bermudas y la Roca del Jamón. Son laminares, sacarinas, que contienen un principio azucarado; digo á mis compañeros que pueden mascar los tallos; lo hacen, en efecto, y esta masticación les refresca mucho la garganta y los labios.

Durante el día nada ocurre de nuevo. Observo solamente que algunos marineros, principalmente Owen, Burke, Flaypol, Wilson y el negro Jynxtrop, tienen entre sí frecuentes conciliábulos, cuyo motivo no puedo adivinar. Observo también que guardan silencio cuando uno de los oficiales ó pasajeros se acerca á ellos. Roberto Kurtis ha hecho antes que yo la misma observación. Estas conversaciones secretas no le agradan, y se promete vigilar atentamente á estos hombres. El negro Jynxtrop y el marinero Owen son, sin duda, dos tunantes de quienes hay que desconfiar, porque pueden arrastrar á la rebelión á sus compañeros.

El 19 el calor ha sido excesivo. No hay una nube en el cielo, la brisa no puede hinchar la vela, y la balsa queda sin movimiento. Algunos marineros se han bañado en el mar, y el baño les ha proporcionado un alivio verdadero, disminuyendo su sed en esta proporción; pero

hay gran peligro en aventurarse en estas olas infestadas de tiburones, y ninguno de nosotros ha seguido el ejemplo de estos temerarios. ¿Quién sabe, sin embargo, si mas adelante querremos todos imitarles? Al ver la balsa inmóvil, las grandes ondulaciones del océano sin una arruga, la vela inerte colgando del mástil, ¿no es de temer que se prolongue esta situación?

La salud del teniente Walter nos inspira los mayores cuidados; este jóven tiene una fiebre lenta que le acomete con accesos irregulares; quizá el sulfato de quinina triunfaría de ella, pero lo repito, la invasión de la toldilla fué tan ràpida, que la caja de medicamentos que llevábamos á bordo desapareciò con todo lo demás entre las olas. Por otra parte este pobre muchacho está verdaderamente tísico, y de algún tiempo á esta parte la incurable enfermedad ha hecho en él terribles progresos. Los sìntomas exteriores no pueden engañarnos; tiene una to-

secilla seca; su respiración es corta; suda abundantemente, y sobre todo por las mañanas; se debilita, su nariz se afila, sus pòmulos salientes se distinguen por su coloración en medio de la palidez general del rostro; se hunden sus mejillas; se contraen sus lábios y sus conjuntivas se ponen relucientes y ligeramente azuladas. Pero aunque estuviese en mejores condiciones el pobre teniente, la medicina sería impotente contra un mal que no perdona nunca.

El 20 igual estado de la temperatura é igual inmovilidad de la balsa. Los rayos ardientes del sol atraviesan la tela de nuestra tienda y abrumados por el calor permanecemos en la mayor ansiedad. ¡Con qué impaciencia esperamos el momento de que el contramaestre haga la corta distribución de agua! ¡Con qué avidez nos precipitamos sobre esas gotas del líquido caliente! El que no ha sufrido sed no puede comprenderme.

El teniente Walter tiene muchísima y

sufre mas que uinguno de nosotros por la privación de agua. He visto á miss Herbey que le reserva casi toda la ración qne á ella le toca; esta joven caríta tiva y misericordiosa hace todo lo que puede, si no para evitar, á lo menos para moderar los padecimientos de nuestro desgraciado compañero.

Hoy miss Herbey me dice:

—Este desgraciado se debilita cada día más, señor Kazallón.

—Sí, señorita, he respondido, y no podemos hacer nada por él, nada!

—Cuidado, dice miss Herbey, podría oirnos.

Después va à sentarse al extremo de la balsa, y apoyando la cabeza en las manos queda pensativa.

Hoy ha ocurrido un hecho sensible que debo consignar.

Durante una hora los marineros Owen Flaypol, Burke y el negro Jynstrop han tenido una conversación muy animada. Discuten en voz baja, y sus gritos indi-

can una grande excitación. A consecuencia de esta conversación Owen se levanta y se dirije deliberadamente á popa y al sitio reservado á los pasajeros.

—¿A donde vas, Owen? le pregunta el contramaestre.

—A donde tengo que hacer, responde insolentemente el marinero.

Al oir esta respuesta grosera, el contramaestre deja su sitio, pero antes que él, Roberto Kurtis se encuentra cara á cara con Owen.

El marinero sostiene la mirada de su capitán, y en tono descarado le dice:

—Capitán, tengo que hablar á usted de parte de los compañeros.

—Habla, responde Roberto Kurtis.

—Es tocante al aguardiente, dice Owen; ya sabe usted, ese barrllito...¿Le guarda usted para los oficiales, ó para las ratas tan solo?

—¿Qué más? pregunta Roberto Kurtis.

—Pedimos que cada mañana se nos de, como de costumbre, nuestra ración.

—No, responde el capitán.

—¿Qué dice usted? pregunta Owen.

—Digo que no.

El marinero mira fijamente á Roberto Kustis, dibujándose en sus labios una maligna sonrisa. Vacila un instante, como preguntándose á sí mismo si debe insistir, pero se contiene y sin añadir una palabra vuelve á donde están sus compañeros, que hablan en voz baja.

¿Roberto Kurtis ha hecho bien en negar la petición de una manera tan absoluta? El porvenir nos lo dirá. Cuando le hablo de este incidente me responde:

—¡Aguardiente á esos hombres! Preferiría arrojar el barril al mar.

XXXIV.

PRELUDIOS DE TEMPESTAD.—LA REGIÓN DE LOS TORMENTOS.—¡LA RAFAGA!

21 de Diciembre.

Este incidente no ha tenido ninguna consecuencia á lo menos hoy.

Durante algunas horas se muestran de nuevo esparos á lo largo de la balsa y todavía se puede coger un gran número. Se les mete en una barrica vacía y este aumento de provisiones nos da la esperanza de que á lo menos no tendremos hambre.

Llega la noche sin traernos su frescura acostumbrada. Ordinariamente las noches son frescas bajo los trópicos, pero es

ta amenaza ser sofocante. Masas de vapor ruedan pesadamente por cima de las olas; la luna será nueva a la una y treinta minutos de la mañana; y así la oscuridad es profunda hasta el momento en que relámpagos de calor de un resplandor intenso vienen á iluminar el horizonte. Son descargas eléctricas inmensas sin formas determinadas, que abrazan un vasto espacio. Pero no hay truenos y aun puede decirse que la calma de la atmósfera es espantosa por lo absoluta.

Durante dos horas tratando de buscar alguna bocanada de aire menos ardiente miss Herbey, Andrés Letourneur y yo, contemplamos estos preliminares de la tempestad que son como un primer ensayo de la naturaleza y olvidamos la situación presente para admirar el sublime espectáculo de un combate de nubes eléctricas. Parecen ciudadelas almenadas cuya cresta se corona de fuegos. Las almas màs feroces son sensibles á esas grandes escenas y veo á los marineros

mirar atentamente la incesante deflagración de las nubes. Sin duda observan con mirada inquieta esos *fusilazos*, así llamados vulgarmente, porque no se fijan en ningún punto del espacio y anuncian una lucha próxima de los elementos. En efecto, ¿qué será de la balsa entre los furores del cielo y del mar?

Hasta las doce de la noche permanecemos sentados á popa. Los efluvios luminosos cuya blancura se vé aumentada por la oscuridad de la noche esparcen sobre nosotros un color lìvido semejante al color espectral que toman los objetos cuando se les ilumina con la llama del alcohol impregnada de sal.

—¿Tiene usted miedo de la tempestad, miss Herbey? pregunta Andrés Letourneur á la joven.

—No señor, responde miss Herbey; el sentimiento que experimento es más bien de respeto que de temor. ¿No es uno de los fenómenos más hermosos que pueden admirarse?

—Nada màs cierto, miss Herbay, responde Andrés Letourneur; sobre todo cuando retumba el trueno. El oído no puede oir un ruido más magestuoso. ¿Qué son á su lado las detonaciones de la artillería secas y sin los redobles de la tempestad? El trueno llena el alma, y es màs bien un sonido que un ruido; un sonido que se hincha y decrece como la nota sostenida de un cantor. En fin, miss Herbey, jamás me ha conmovido la voz de un artista como me conmueve la grande é incomparable voz de la naturaleza.

—Voz de bajo profundo, dije yo riéndome.

—En efecto, responde Andrés; y ojalà la oigamos pronto porque esos relámpagos sin ruido son monótonos.

—¿En qué está usted pensando mi querido Andrés? he dicho. Sufra usted la tempestad si viene pero no la desee.

—¡Bah! la tempestad no es mas que viento.

—Y agua sin duda, añade miss Herbey, tal vez el agua que nos falta.

Habìa mucho que responder á estos dos jóvenes, pero no quiero mezclar mi triste prosa con su poesía. Contemplan la tempestad bajo un punto de vista especial y durante una hora les oigo poetizar y llamarla con el deseo.

Entre tanto el firmamento se ha ido ocultando poco á poco detrás de un velo espeso de nubes. Los astros se apagan uno á uno en el zenit poco tiempo después de haber desaparecido las constelaciones zodiacales bajo las brumas del horizonte. Vapores negros y espesos circulan sobre nuestras cabezas y cubren las últimas estrellas del cielo. Esta masa de vapores arroja á cada instante grandes resplandores blanquizcos sobre los cuales se destacan pequeñas nubes grises.

Todo este receptáculo de electricidad establecido en las altas regiones de la at-

mósfera se ha vaciado sin ruido hasta ahora.

Pero siendo el aire muy seco y por lo mismo mal conductor, el fluido no podrá escaparse sino por medio de choques terribles, y me parece imposible que no estalle pronto la tempestad con grandísima violencia.

Este es también el parecer de Roberto Kurtis y del contramaestre. Este no tiene más guia que su instinto de marino que es infalible, en cuanto al capitán reune á su instinto de conocedor del tiempo la ilustración de un hombre científico. Me muestra por cima de nosotros una espesura de nubes que los meteorologistas llaman *cloud-ring* [1] y que se forma casi únicamente en las regiones de la zona Tórrida saturadas de todo el vapor de agua que los aliseos llevan de los demás puntos del Océano.

—Sí, señor Kazallon, me dice Roberto Kurtis, estamos en la región de las

[1] Anillo de nubes.

tempestades porque el viento ha empujado nuestra balsa hasta esta zona donde un observador dotado de órganos muy finos oirá continuamente retumbar el trueno. Esta observación ya ha sido hecha desde largo tiempo y la creo justa.

—Me parece, respondo prestando el oído, que oigo los truenos de que usted habla.

—En efecto, dice Roberto Kurtis, son los primeros síntomas de la tempestad que antes de dos horas se habrá desencadenado en toda su violencia. Pues bien, estaremos dispuestos á recibirla.

Ninguno de nosotros piensa en dormir ni podria hacerlo porque el aire es pesado y abrumador. Los relàmpagos se ensanchan y se desarrollan por el horizonte en una extensión de ciento diez á ciento cincuenta grados y abrazan sucesivamente toda la periferia del cielo, mientras que una especie de claridad fosforescente se desprende de la atmósfera.

En fin, los truenos se acentúan y se hacen más penetrantes; pero si puedo expresarme así, son todavía ruidos redondos, sin ángulos de explosión, gruñidos que no tienen eco aún, como si la bóveda celeste estuviera sembrada de esas nubes cuya elasticidad ahoga la sonoridad de las descargas eléctricas.

El mar hasta ahora permanece tranquilo, pesado y hasta estancado. Sin embargo, a juzgar por las anchas ondulaciones que principian á levantar su superficie, los marinos temen un gran movimiento. Para ellos el mar *se va engruesando* y es indudable que á lo lejos ha estallado alguna tormenta cuyo choque se siente alrededor de la balsa. No está lejos el terrible viento, y un buque cualquiera se pondria á la capa por medida de prudencia; pero la balsa no puede maniobrar y se verá reducida á huir delante del viento.

A la una de la mañana un vivo relámpago seguido de una descarga después

de algunos segundos de intervalo, indica que la tempestad está casi encima de nosotros. El horizonte desaparece en una bruma humeda y parece que cae á fondo sobre la balsa. Inmediatamente se oye la voz de uno de los marineros exclamando:

—¡La ráfaga, la ráfaga!

XXXV.

OLA MONSTRUOSAS.—SE AMARRAN LOS PASAJEROS.—LA TEMPESTAD EN EL COLMO DE SU FUROR.—PIEDRA.—SE ARRANCAN LAS TABLAS DE BABOR.—SE INCLINA LA BALSA,—UN MARINERO AL AGUA.

Noche del 21 al 22 de Diciembre.

El contramaestre se precipita hácia la driza que sostiene la vela, é inmediatamente se amaina la verga. Ya era tiempo porque la ráfaga pasa como un torbellino. Sin el grito del marinero que nos ha prevenido, habríamos sido derribados y tal vez precipitados al mar. El golpe de viento se ha llevado la tienda levantada á popa.

Pero si la balsa nada tiene que temer

directamente del viento, si es demasiado chata para que pueda hacer presa en ella, lo tiene que temer todo de las olas monstruosas levantadas por el huracán. Estas olas han estado durante algunos minutos como aplastadas bajo la presión de las capas de aire; pero ahora se levantan mas furiosamente y su altura se acrecienta por la razón misma de la compresión que acaban de sufrir.

La balsa sigue los movimientos desordenados del oleaje, y si no adelanta gran cósa, á lo menos un vaiven incesante la hace oscilar de un bordo al otro, y de popa á proa.

—¡Amárrense ustedes! nos grita el contramaestre arrojándonos cuerdas.

Roberto Kurtis ha venido á nuestro auxilio. Pronto los Letourneur y yo quedamos sólidamente atados á la armazón; ni el mar ni el viento nos llevarán, á no ser que la armazón se rompa. Miss Herbey queda amarrada por medio del cuerpo á uno de los montantes que sos-

tenían la tienda, y á la luz de los relámpagos veo su rostro siempre sereno.

Ahora los truenos retumban sin cesar; el rayo se manifiesta por la luz que deslumbra nuestros ojos y el ruido que aturde nuestros oídos. Un trueno no espera al otro, y un relámpago no se extingue sin que otro le suceda. En medio de estas deflagraciones resplandecientes, la bóveda de vapores parece incendiarse toda entera. Diríase también que el Océano se ha incendiado como el cielo, y veo relámpagos ascendentes que elevándose de la cresta de las olas, van á cruzarse con los de las nubes. Un fuerte olor de azufre se esparce por la atmósfera; pero hasta ahora el rayo nos ha perdonado y no ha caído más que en las olas.

A las dos de la mañana la tempestad está en todo su furor. El viento ha pasado al estado de huracán y el oleaje, que es espantoso, amenaza desunir las piezas de que se compone la balsa. El carpintero Daoulas, Roberto Kurtis, el contra-

maestre y otros marineros, se ocupan en consolidarla con cuerdas. Enormes golpes de mar caen á plomo, y estas pesadas duchas nos empapan hasta los huesos de un agua casi tibia. Mr. Letourneur se arroja delante de estas olas furiosas como para preservar á su hijo de un golpe demasiado violento. Miss Herbey permanece inmóvil como si fuera la estátua de la resignación.

En aquel momento, á la rápida claridad de los relámpagos, veo gruezas nubes muy estensas y probablemente muy profundas que han tomado un color rojizo, y una serie de chasquidos semejantes á los de un fuego de fusilería resuena en el aire. Es una crepitación particular producida por una serie de descargas eléctricas á las cuales el granizo sirve de intermedio entre las nubes opuestas. Y en efecto, por consecuencia del encuentro de una nube tempestuosa con una corriente de aire frio, se ha formado el granizo y cae con gran violencia. Nos ve-

mos ametrallados por piedras del grueso de una avellana, que dan en la plataforma, produciendo un sonido metálico.

El meteoro persiste durante media hora y contribuye á calmar el viento; pero éste, después de haber saltado á todos los puntos de la brújula, recobra su violencia incomparable. El mástil de la balsa cuyos obenques se rompen, queda atravesado sobre ella, los marineros se apresuran á sacarle de la carlinga á fin de que no se rompa por el pié. El timón queda desmontado de un golpe de viento, y la espaldilla se va á la deriva sin que sea posible detenerla; al mismo tiempo se arrancan las tablas de babor, y las olas se precipitan por aquella brecha.

El carpintero y los marineros quieren reparar la avería, pero las sacudidas se lo impiden, y ruedan uno sobre otro al mismo tiempo que la balsa levantada por las olas monstruosas, se inclina bajo un ángulo de más de cuarenta y cinco grados. ¿Cómo no han sido arrastrados al

amar esos hombres? ¿cómo no se rompen las cuerdas que nos sostienen? ¿cómo no vamos todos al mar? Esto es lo que no puedo explicarme. Por mi parte me parece imposible que en uno de estos movimientos desordenados no se vuelque la balsa, y entonces atados a estas tablas como estamos, pereceremos en las convulsiones de la asfixia.

En efecto, hácia las tres de la mañana, en el momento en que el huracán se desencadena con más violencia que nunca, la balsa, levantada sobre la espalda de de una ola, se ha puesto casi de costado. Gritos de espanto se escapan de todas las bocas. Vamos á zozobrar...No... la balsa se mantiene sobre la cresta de la ola á una altura inconcebible; y á la intensa luz de los relámpagos que se cruzan en todos sentidos hemos podido, en medio del espanto, dominar con la vista ese mar que echa espuma, como si se rompiera sobre escollos.

Después la balsa recobra casi al mo-

mento su posición horizontal; pero durante su inclinación oblícua se han roto las trincas de las barricas y he visto una caer al mar y otra abrirse dejando escapar el agua que contenia.

Algunos marineros se precipitan dara detener el segundo barril donde están las conservas de carne seca. Pero uno de ellos mete el pié entre las tablas desunidas de la plataforma, las cuales vuelven á unirse y el desgraciado lanza terribles gritos de dolor.

Quiero ir á socorrerle y logro desatar las cuerdas que me ligan...Es demasiado tarde y á la luz de un relàmpago deslumbrador veo al desgraciado, que al fin ha sacado el pié, arrastrado por un golpe de mar que nos cubre á todos de agua. su compañero ha desaparecido con él, sin que sea posible socorrerlo. Yo me encuentro tendido sobre la plataforma; y habiendo dado con la cabeza en el ángulo de una berlinga, he perdido el conocimiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXVI.

DAÑOS.—¿EN QUE CONSISTEN Y CUANTO DURARAN LAS PROVISIONES?—ABATIMIENTO GENERAL.

22 de Diciembre.

Llega por fin el día y el sol ha salido entre las últimas nubes que la tempestad ha dejado tras sí. Esta lucha de los elementos no ha durado más que algunas horas, pero ha sido espantosa y el aire y el agua han chocado entre sí con una violencia incomparable.

No he podido indicar sino los incidentes principales, porque el desmayo que siguió á mi caída no me ha permitido observar el fin del cataclismo. Solamente sé que poco tiempo después del golpe

de mar, se calmó el huracán bajo la acción de violentos chaparrones y que se aminoró la tensión eléctrica de la atmósfera. La tempestad no se prolongó más allá de la noche; pero en este corto espacio de tiempo ¡qué de daños nos ha causado, qué pérdidas tan irreparables, y por consecuencia qué de trabajos nos esperan! No hemos podido conservar ni una sola gota de esos torrentes de agua que nos ha enviado.

He vuelto en mí, gracias à los cuidados de los Letourneur y de miss Herbey, pero debo á Roberto Kurtis el no haber sido llevado por un segundo golpe de mar.

Uno de los dos marineros que han perecido durante la tempestad es Austin, joven de veintiocho años, buen sujeto, activo y valeroso, el otro es el viejo irlandés O'Ready que había sobrevivido à tantos naufragios.

No somos más que diez y seis en la balsa, es decir, que cerca de la mitad de

los que se embarcaron á bordo del *Chancellor*, han desaparecido ya.

Y ahora ¿qué nos queda en punto á víveres?

Roberto Kurtis ha querido tomar cuenta exacta de las provisiones. ¿En qué consisten y cuanto tiempo durarán.

No faltará agua todavía porque quedan en el fondo de la barrica rota unos sesenta y cinco litros y la segunda barrica está intacta. Pero el barril que contenía la carne seca y el otro donde estaba el pescado, han sido arrastrados por el mar y de esta reserva no queda absolutamente nada. En cuanto al bizcocho, Roberto Kurtis no estima en mas de sesenta libras lo que ha podido salvarse de las acometidas del mar.

Sesenta libras de bizcocho para diez y seis personas, hacen ocho días de alimento á media libra por persona.

Roberto Kurtis nos participa el resultado de su examen y le escuchamos en silencio. En silencio también trascurre

el día 22 de Diciembre; cada uno de nosotros media dentro de sì mismo; pero es evidente que en el ánimo de todos nacen los mismos pensamientos. Me parece que nos miramos con ojos diferentes y que se presenta ya á nuestra vista el espectro del hambre. Hasta aquí no nos hemos visto privados absolutamente de comida ni de bebida. Pero ahora la ración de agua va á reducirse necesariamente y en cuanto á la ración de bizcocho.....

En cierto momento me he acercado al grupo de los marineros tendidos á proa y he oído á Flaypol decir con tono irónico:

—Los que deban morir harían bien en morir pronto.

—Sí, responde Owen. A lo menos dejarian su ración para los demás.

El día ha pasado en un abatimiento general. Cada cual ha recibido su media libra de bizcocho reglamentaria; los unos la han devorado inmediatamente con una

especie de rabia y los otros la han economizado prudentemente. Me parece que el ingeniero Falsten ha dividido su ración en tantas partes como comidas suele hacer al día.

Si hay alguno que debe sobrevivir á los demas, es sin duda Falsten.

XXXVII.

SE SUJETA EL MASTIL.—DESESPERADA SITUACIÓN DE WALTER.—CAÑAS DE PESCAR.—¿CÓMO CEBARLAS?

Del 23 al 30 de Diciembre.

Después de la tempestad, el viento ha llamado al Nordeste y se mantiene en estado de *bella brisa*. Es preciso aprovecharlo, pues que tiende á acercarnos á tierra. Se sujeta el mástil sólidamente, restablecido por el carpintero Daoulas; se vuelve á izar la vela al extremo y la balsa marcha viento en popa á razón de dos millas á dos y media por hora.

Se trata también de arreglar una nueva espadilla que se hace por medio de una berlinga y de una tabla ancha. Esta espadilla funciona bien ó mal; pero con

la marcha que el viento imprime á la balsa no hay necesidad de un grande esfuerzo para mantener el rumbo.

Se recompone igualmente la plataforma con cuñas y cuerdas que unen las partes desunidas; se reemplazan los tablones de estribor que se han llevado las olas, para ponernos á cubierto de las invasiones de mar, y en una palabra, se hace todo lo que es posible para consolidar este conjunto de palos y vergas; pero no es este el peor de los peligros.

Con la pureza del cielo ha vuelto el calor tropical que tanto nos ha hecho padecer en los días anteriores. Hoy por fortuna se encuentra templado por la brisa. Restablecida la tienda á popa, buscamos en ella abrigo por turno.

Entre tanto comienza á sentirse seriamente la insuficiencia de la alimentación. Todos padecemos hambre; las mejillas se hunden y los rostros se adelgazan; en la mayor parte de nosotros el sistema nervioso central se encuentra directamente

atacado y la constricción del estómago produce una sensación dolorosa. Si para engañar el hambre y adormecerla tuviéramos algún narcótico, opio y tabaco, quizá sería más tolerable. Pero carecemos de todo.

Uno solo de nosotros se libra de esta imperiosa necesidad y es el teniente Walter, acometido de una fiebre intensa: su misma fiebre le *alimenta*, pero al mismo tiempo tiene una sed ardiente. Miss Herbey ademas de conservar para el enfermo una parte de su ración, ha obtenido del capitán un suplemento de agua y de cuarto en cuarto de hora humedece los lábios del teniente. Walter apenas puede pronunciar una palabra y con las miradas muestra su gratitud á la caritativa joven. ¡Pobre muchacho! Está condenado y los cuidados más perseverantes no podrían salvarlo! El á lo menos no padecerá por largo tiempo.

Por lo demás hoy parece que conoce su situación porque me llama por señas.

voy á sentarme á su lado y reuniendo todas sus fuerzas con palabras entrecortadas me dice:

—Señor Kazallon ¿tengo todavia para mucho tiempo?

Vacilo un momento en responder y observándolo Walter dice:

—Dìgame usted la verdad, la verdad entera.

—No soy médico, y no podría.....

—No importa. Respóndame usted, se lo suplico.

Contemplo largo rato al enfermo, inclino el oído sobre su pecho y observo que de algunos días á esta parte la tísis ha hecho en él progresos verdaderamente espantosos. Es seguro que uno de los pulmones no funciona ya y que el otro apenas puede satisfacer las necesidades de la respiración. Walter tiene una fiebre que debe ser la señal de un fin próximo en las afecciones tuberculosas.

¿Qué puedo responder á su pregunta? Su mirada es tan interrogadora que no

sé qué hacer y trato de dar una respuesta evasiva.

—Amigo mío, le digo, ninguno de nosotros en la situación en que estamos puede contar con mucho tiempo de vida. ¿Quién sabe si antes de ocho días todos los que estamos aquí en esta balsa.....?

—¡Antes de ocho días! murmura el teniente cuya mirada ardiente se fija en mí.

Después vuelve la cabeza á otro lado y parece adormecerse.

El 24, 25 y 26 nuestra situación continúa la misma. Por improbable que parezca nos acostumbramos al hambre y esperamos conservar la vida. Las relaciones de naufragios han consignado con frecuencia hechos que concuerdan con los que observo en este momento. Cuando los leía me parecían exagerados; pero no era así, y ahora veo que puede soportarse la falta del alimento por mas largo tiempo del que yo pensaba. Ade-

más de nuestra media libra de bizcocho el capitàn ha creído deber añadir algunas gotas de aguardiente y este régimen sostiene nuestras fuerzas mas de lo que pudiera imaginarse. ¡Si tuviéramos para dos meses ó siquiera para un mes asegurada una ración semejante! Pero la reserva se agota y todos podemos prever ya el momento en que faltará completamente esta escasa alimentación.

Es, pues, preciso á toda costa pedir al mar un suplemento de víveres, lo cual actualmente es muy difícil. Sin embargo, el contramaestre y el carpintero fabrican nuevas cañas de pescar con hilos retorcidos y los arman de clavos arrancados de las tablas de la plataforma.

Terminados estos aparatos el contramaestre parece bastante satisfecho de su obra.

—No son famosos anzuelos estos clavos, me dice, pero en fin, pueden pescar un pez lo mismo que cualesquiera otros, si no falta el cebo. Mas para cebo no

tenemos sino bizcocho y el bizcocho no sirve. Cuando cojamos el primer pez veremos de cebar los anzuelos con carne viva. Asi, pues, la gran dificultad es pescar el primer pez.

El contramaestre tiene razón y es probable que la pesca sea infructuosa. En fin, intenta la aventura; se echan las cañas; pero como podía preverse ningùn pez muerde el anzuelo. Es evidente por lo demás que estos mares son poco abundantes en pesca.

Durante los días 28 y 29 continúan las tentativas pero en vano. Los trozos de galleta con que se ceba los anzuelos se disuelven en el agua y es preciso renunciar á este método en el cual se gasta inútilmente la sustancia que forma nuestro único alimento y que ya contamos hasta por migajas.

El contramaestre á falta de otro recurso imagina entonces, poner por cebo un pedazo de tela que le dá miss Herbey cortándole del pañuelo encarnado que

lleva sobre los hombros. Tal vez ese trapo brillando bajo las aguas atraerá algún pez voraz.

Se hace este nuevo ensayo el día 30. Durante muchas horas se lanzan los anzuelos al fondo, pero al retirarlos el trapo rojo vuelve siempre intacto.

El contramaestre está absolutamente desanimado. Otro recurso que nos falta: ¡qué no daríamos por coger ese primer pez que permitiria quizá pescar otros muchos!

—Todavía habrìa algún medio de cebar nuestros anzuelos, me dice el contramaestre en voz baja.

—¿Cuál? le pregunto.

—Después lo sabrá usted, responde mirándome con aire singular.

¿Qué significan estas palabras de parte de un hombre que siempre me ha parecido muy reservado? He pensado en ellas toda la noche.

XXXVIII.

TRES MESES DE NAVEGACIÓN.- -EL AÑO NUEVO.—EL HAMBRE.— MOTIN.—LUCHA.—MUERTE DE WILSON.—PREGUNTA INSOLENTE DE OWEN.

Del 1° al 5 de Enero.

Hace más de tres meses que hemos salido de Charleston en el *Chancellor* y han pasado veinte días desde que nos embarcamos en esta balsa, en la cual navegamos à merced de los vientos y de las corrientes. ¿Hemos ganado espacio hácia el Oeste, es decir, hácia la costa americana ó la tempestad nos ha rechado lejos de toda tierra? No es posible averiguarlo. Durante el último huracán que nos ha sido tan funesto, se han roto los ins-

trumentos del capitán á pesar de todas las precauciones tomadas. Roberto Kurtis no tiene brùjula para saber la dirección que seguimos ni sextante para tomar altura. ¿Estamos próximos á tierra ó á muchos centenares de millas de la costa? No se puede saber, pero es de temer que habiéndonos sido desfavorables todas las circunstancias, nos hallemos mái apartados de toda isla ó continente.

Hay en esta ignorancia absoluta de la situación algo que desespera sin duda, pero como la esperanza no abandona jamás el corazón del hombre, insistimos en creer contra toda razón que la costa se halla cercana. Así, todos observamos el horizonte y tratamos de adivinar hácia sus extremos una apariencia de tierra. Nuestros ojos de pasajeros nos engañan sin cesar y hacen nuestra ilusión más dolorosa. Creemos ver.....y no hay nada! es una nube, una niebla, una ondulación del mar. No hay allí ninguna tierra; ningún buque se destaca sobre ese períme-

tro gris donde se confunden el mar y el cielo. La balsa es siempre el centro de esa circunferencia desierta.

El 1° de Enero hemos comido nuestro último bizcocho ó por mejor decir nuestras últimas migajas de bizcocho. ¡El 1° de Enero! ¡qué recuerdos nos trae ese día y por comparación cuan lamentable nos parece! La renovación del año, los deseos que ese *primer dia* día del año excita, las expansiones de la familia que trae consigo, las esperanzas que llenan el corazón, nada de esto parece hecho para nosotros. Las palabras: felicito á usted las pascuas, que no se dicen sino comiendo ¿quién se atreveria á pronunciarlas entre nosotros? ¿quién puede esperar para sí propio gozar un solo día del año nuevo?

Sin embargo, el contramaestre se acerca á mí y mirándome de una manera estraña dice:

—Señor Kazallón, se lo deseo á usted feliz.

—¿El año nuevo?

—No, el día que comienza, y debe usted agradecérmelo porque no hay nada que comer en la balsa.

En efecto, no hay nada, todos lo sabemos y al día siguiente cuando llega la hora de la distribución la carencia de todo nos coge casi de improviso como si fuera una nueva desgracia. No se puede creer en esa falta absoluta.

Por la tarde siento un escozor de estómago muy violento, el cual excita bostezos dolorosos: pero dos horas después esta sensación se calma. Al día siguiente, 3, por la mañana me sorprende el verme sin padecer más. Siento en mí un vacío inmenso, pero esta sensación es por lo menos tan moral como física. Mi cabeza pesada y mal equilibrada me parece que se balancea sobre mis hombros y esperimento esos vértigos que da el abismo cuando uno se inclina sobre él.

Pero estos síntomas no son comunes á todos. Algunos de nuestros compañe-

ros padecen ya terriblemente y entre otro el carpintero y el contramaestre, que por naturaleza son muy voraces; los tormentos que experimentan les arrancan gritos involuntarios y se ven obligados á apretarse el estòmago con una cuerda. ¡Y estamos en el segundo día!

¡Ah! esa media libra de bizcocho, esa cuarta parte de ración que nos parecía tan insuficiente, nuestros deseos la aumenta y la hace parecer enorme ahora que no tenemos nada. Aquel pedazo de galleta si todavía nos le distribuyeran, si nos dieran la mitad ó siquiera la cuarta parte, bastaria para nuestra subsistencia de muchos dìas, no la comeriamos sino migaja á migaja.

En una ciudad sitiada, reducida a la más completa escasez, todavía se puede encontrar en los escombros, en los arroyos, en los rincones algún hueso descarnado, alguna planta desechada que engañe por un momento el hambre. Pero en estas tablas tantas veces barridas por las

olas, cuyos intersticios han sido registrados minuciosamente y cuyos ángulos han sido raspados por si el viento habia dejado en ellos algunas roeduras ¿que hemos de buscar ya?

Las noches nos parecen larguísimas, mucho más largas que los dias. En va no pedimos al cielo un alivio momentáneo. El sueño, si llega á cerrarnos los ojos, no es más que un sopor calenturiento preñado de pesadillas.

Esta noche, sin embargo, cediendo á la fatiga y en un momento en que mi hambre dormía tambien, he podido descansar algunas horas.

Por la mañana á las seis me despiertan grandes voces que oigo en la balsa.

Me levanto súbitamente y veo á proa al negro Jynxtrop y á los marineros Owen, Flaypol, Wilson, Burke y Sandon agrupados en actitud ofensiva. Estos miserables se han apoderado de la herramienta del carpintero: hacha, martillo, escoplo, tijeras, y amenazan al capitán

al contramaestre y á Daoulas. Acudo inmediatamente á ponerme al lado de Roberto Kurtis y de los suyos, y Falsten me sigue. No tenemos mas armas que nuestras navajas, pero no por eso estamos menos resueltos à defendernos.

Owen y su gente se adelantan hácia nosotros. Los miserables están borrachos; durante la noche han abierto el barril de aguardiente y han bebido de él cuanto han querido.

¿Qué intentan?

Owen y el negro, los menos ébrios de la tropa, les excitan á matarnos obedeciendo á una especie de delirio alcohólico.

—¡Muera Kurtis! gritan. ¡Al mar el capitán! ¡Owen comandante!

El cabeza de motìn es Owen, á quien el negro sirve de segundo. El ódio de estos dos hombres contra sus oficiales se manifiesta en este momento por un golpe de fuerza, que aunque tuviera buen éxito no salvaría la situación. Pero los rebel-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

des, incapaces de raciocinar, y armados, cuando nosotros no lo estamos, son en este momento temibles.

Roberto Kurtis viéndoles adelantarse se dirije á ellos, y con voz firme grita:

—¡Abajo las armas!

—¡Muera el capitán! ahulla Owen.

El miserable excita á sus cómplices con su ademàn, pero Roberto Kurtis apartando á los marineros ébrios, va derecho à él.

—¿Qué quieres? le pregunta.

—Que no haya comandante en la balsa, responde Owen, todos somos iguales aquí.

¡Estúpido! como si no fuéramos todos iguales delante de la miseria y del hambre!

Owen, repite el capitàn, abajo las armas.

—¡Adelante vosotros! exclama Owen.

Se empeña la lucha. Owen y Wilson se precipitan sobre Roberto Kurtis, que para los golpes con el extremo de una

berlinga, mientra Burke y Flaypol se arrojan sobre Falsten y el contramaestre. Yo tengo por adversario al negro Jynxtrop, que blandiendo un martillo trata de darme con él, Quiero apretarle entre los brazos á fin de paralizar sus movimientos, pero la fuerza muscular de este tunante es superior á la mía. Después de haber luchado algunos instantes conozco que voy á sucumbir, cuando Jynxtrop rueda por la plataforma arrastrándome con él. Andrés Letourneur le ha cogido por una pierna y le ha derribado.

Esta intervención me salva. El negro al caer ha soltado su arma; yo me apodero de ella y voy á romperle el cráneo, pero Andrés me detiene.

En efecto, los amotinados han sido ya rechazados hasta la prca de la balsa. Roberto Kurtis después de haber esquivado los golpes que le dirije Owen acaba de apoderarse de su hacha, y levantando la mano reparte golpes á un ládo y á otro.

Owen hurta el cuerpo, y el hacha cae sobre el pecho de Wilson. El miserable cae de espaldas fuera de la balsa, y desaparece.

—Salvadle, salvadle, dice el contramaestre.

—Está muerto, responde Daoulas.

—¡Eh! precisamente por eso...exclama el contramaestre sin acabar su frase.

Pero la muerte de Wilson termina la lucha. Flaypol y Burke, en el último grado de embriaguez, se encuentran tendidos sin movimiento, y todos nos precipitamos sobre Jynxtrop y le atamos sólidamente al pié del mástil. Owen se encuentra también sin movimiento, sujetado por el carpintero y el contramaestre. Roberto Kurtis se acerca entonces á él, y le dice:

- -¡Encomienda tu alma á Dios, porque vas á morir!

—¿Tanta gana tiene usted de comer

me? exclama Owen con insolencia sin igual.

Esta atroz pregunta le salva la vida. Roberto Kurtis tira el hacha que tenía ya levantada sobre Owen, y pálido como un difunto va á sentarse á popa.

XXXIX.

HORRIBLES PRIVACIONES.—EL MAYORDOMO HORWART.—MR. LETOURNEUR.—RESISTO A LA TENTACIÓN.

5 y 6 de Enero.

Esta escena nos ha causado una impresión profunda. La exclamación de Owen, dadas las circunstancias en que nos encontramos, es para abatir á los mas enérgicos.

Cuando he recobrado alguna tranquilidad, he dado las gracias al joven Letourneur por su intervención, que me ha salvado la vida.

—Usted me dá las gracias, responde, cuando quizá debería maldecirme.

—¿Por qué Andrés?

me? exclama Owen con insolencia sin igual.

Esta atroz pregunta le salva la vida. Roberto Kurtis tira el hacha que tenía ya levantada sobre Owen, y pálido como un difunto va á sentarse á popa.

XXXIX.

HORRIBLES PRIVACIONES.—EL MAYORDOMO HORWART.—MR. LETOURNEUR.—RESISTO A LA TENTACIÓN.

5 y 6 de Enero.

Esta escena nos ha causado una impresión profunda. La exclamación de Owen, dadas las circunstancias en que nos encontramos, es para abatir á los mas enérgicos.

Cuando he recobrado alguna tranquilidad, he dado las gracias al joven Letourneur por su intervención, que me ha salvado la vida.

—Usted me dá las gracias, responde, cuando quizá debería maldecirme.

—¿Por qué Andrés?

—Porque no he hecho más que prolongar su suplicio.

—No importa, señor Letourneur, dice entonces miss Herbey que se ha acercado, ha cumplido usted con su deber.

El sentimiento del deber sostiene continuamente á esta joven. Está debilitada por las privaciones; sus vestidos, empapados en agua y desgarrados por los choques, cuelgan miserablemente de su cuerpo, pero ni una queja se escapa de su boca y no se dejará abatir.

—Señor Kazallon, me pregunta, ¿estamos destinados á morir de hambre?

—Sí, miss Herbey, respondo brutalmente.

—¿Cuánto tiempo se puede vivir sin comer? pregunta.

—Más de lo que se cree, quizá muchos é interminables días.

—Las personas fuertes padecen màs, ¿no es verdad? vuelve à preguntar.

—Sí, pero mueren más pronto. Es una compensación.

¿Cómo he podido responder con esta dureza á la pobre joven? ¡Cómo! ¿No he encontrado una sola palabra de esperanza que dirigirle? ¿Le he arrojado la verdad brutal á la cara? ¿Por ventura se ha extinguido en mi todo sentimiento de humanidad? Andrés Letourneur y su padre que me oyen, me miran varias veces fijamente, con sus grandes ojos dilatados por el hambre. Se preguntan si soy yo, en efecto, el que habla así.

Pocos instantes después, cuando estamos solos, miss Herbey me dice en voz baja:

—Señor Kazallon, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Sí, señorita, he respondido con emoción, esta vez dispuesto á hacer todo lo que pudiera por la joven.

—Si muero antes que usted, continúa miss Herbey, lo cual puede suceder, aunque soy más débil, prométame usted arrojar mi cuerpo al mar.

—Mis Herbey, pido á usted perdón, por.....

—No, no, añade medio sonriéndose, usted ha tenido razón para hablarme así, pero prométame hacer lo que le pido. Es una debilidad; no temo nada mientras esté viva...pero, muerta...Prométa me usted arrojarme al mar.

Se lo prometo. Mis Herbey me tiende su mano y siento sus dedos enflaquecidos estrechar débilmente los míos.

Ha pasado otra noche. En algunos instantes mis padecimientos son tan atroces, que se me escapan gritos de dolor; después se calman y quedo sumergido en una especie de estupor. Cuando vuelvo en mí, me admiro de encontrar á mis compañeros todavìa vivos.

El que parece sufrir mejor las privaciones entre todos nosotros es el mayordomo Hobbart, del cual se ha hecho poca mención en estas lìneas. Es un hombrecillo de fisonomía ambigua y mirada cariñosa, y con frecuencia se sonríe con

una de esas sonrisas que no mueven más que los labios, que lleva los ojos medio cerrados, como si quisiera disimular sus pensamientos y cuya persona toda respira la falsedad. Juraría que es un hipócrita; y en efecto, si he dicho que las privaciones no han producido grande efecto sobre él, no es porque deje de quejarse. Al contrario, gime sin cesar, pero no sé por qué sus gemidos me parecen mentira. Ya veremos; vigilaré á ese hombre porque tengo de él sospechas que convendrá aclarar.

Hoy 6 de Enero, Mr. Letourneur me llama aparte, y llevándome á popa me manifiesta la intención de hacerme una comunicación secreta. Desea no ser visto ni oído.

Me dirijo al ángulo de babor y como empieza á caer la noche nadie puede vernos.

—Señor Kazallon, me dice en voz baja Mr. Letourneur. Andrés está muy débil, mi hijo se muere de hambre, y yo no pue-

do resistir mas tiempo semejante espectáculo. No, no quiero verlo.

Mr. Letourneur me habla con un tono en que advierto la espresión de la cólera contenida y su acento tiene algo de salvaje. ¡Ah, comprendo todo lo que este padre debe padecer.

—Señor Letourneur, le digo, tomàndole la mano, no perdamos la esperanza. Algùn buque...

—No vengo, dice el padre, interrumpiéndome, no vengo á pedir á usted consuelos vulgares. No pasará ningún buque, ya lo sabe usted. Se trata de otra cosa. ¿Cuántos días hace que mi hijo, usted mismo y los demás no han comido?

A esta pregunta, que me admira, respondo:

—Desde el 2 de Enero se concluyó el bizcocho; estamos á 6, es decir que van cuatro días que...

—Que no han comido ustedes, respon-

de Mr. Letourneur. Pues bien, para mí van ocho.

—¡Ocho días!

—Sì, he economizado para mi hijo.

Al oir estas palabras se escapan las lágrimas de mis ojos; me apodero de las manos de Mr. Letourneur...apenas puede hablar. Le miro...¡ocho días!

—Señor Letourneur, le digo en fin; ¿qué quiere usted de mí?

—Silencio, no hable usted tan alto; que nadie nos oiga.

—Pero, diga usted.

—Quiero...., dijo bajando la voz, deseo que ofresca usted esto à Andrés...

—¿Pero, usted mismo no puede?...

—No, no...creería que me he privado del alimento por èl y lo rechazaría. No; es preciso que lo reciba de usted.

—¡Señor Letourneur!

—Por compasión, hágame usted este servicio.....

El mayor que puedo pedir á usted en

este momento..., además...por su trabajo de usted...

Diciendo esto, Mr. Letourneur me toma la mano y la acaricia suavemente.

—Por su trabajo de usted, sí..., podrá usted tomar..., un poco.

¡Pobre padre! al oirle tiemblo como un niño. Todo mi ser se estreme y mi corazón palpita como si quisiera romperse. Al mismo tiempo, siento que Mr. Letourneur me introduce en la mano un pedacito de galleta.

—Tenga usted cuidado de que nadie le vea, me dice porque esos mónstruos le asesinarian. No lleva usted más que para un día...pero, mañana..., le daré á usted otro tanto.

El desgraciado descolfía de mí. Y quizá tiene razón, porque cuando siento el pedazo de bizcocho entre mis manos, estoy á punto de llevármele á la boca.

He resistido, y los que me lean comprenderán, sin duda, todo lo que mi pluma no podria expresar aquí.

Ha llegado la noche con la rapidez especial de las latitudes bajas. Me acerco á Andrés Letourneur y le presento el pedacito de galleta como ofrecido por mí á él.

El joven lo coge con ansia. Después dice:

—¿Y mi padre?

—Le respondo que Mr. Letourneur ha recibido también su parte y yo la mía... que mañana..., los días siguientes, podré sin duda, darle más..., que coma, que coma.

Andrés no me ha preguntado de donde procedía este bizcocho y le ha llevado ávidamente á sus lábios.

Y este día, á pesar de la oferta de Mr. Letourneur no he comido nada...nada.

XL.

LOS PIES EN CARNE VIVA.—ALIMENTO REPUGNANTES.—MUERE EL TENIENTE WARTER.

7 de Enero.

Desde hace algunos días el agua de mar. que cubre casi incesantemente la plataforma de balsa cuando se levanta el oleaje, ha destrozado la piel de los piés y de las piernas de algunos marineros que los tienen en carne viva. Owen, á quien el contramaestre ha tenido atado á proa desde la escena del motín, se encuentra en un estado deplorable. A petición nuestra se le quitan las ligaduras. Sandon y Burke tienen también los pies y las piernas en el mismo estado por la acción del agua salad, y si los demás nos

hemos preservado hasta aquí, es porque la popa de la balsa está menos combatida por las olas.

Hoy el contramaestre, presa de un furor famélico, se ha arrojado sobre pedazos de vela y virutas de madera. Oigo el ruido de sus dientes que se incrustan en esas sustancias. El infeliz, impulsado por una hambre horrible, trata de llenar su estómago para dar tensión á la mucosa; en fin, á fuerza de buscar encuentra ne uno de los palos que sostienen la plataforma un poco de cuero. Este cuero es una materia animal; lo arranca y lo devora con grande avidez, pareciendo que su absorción le proporciona algún alivio. Todos tratamos de imitarlo. Un sombrero de cuero cocido, la visera de las gorras, todo lo que es sustancia animal pasa á nuestros estómagos es un instinto bestial que nos arrastra y que nadie podria reprimir. En este instante parece que no tenemos nada de humano. Jamás olvidaré esta escena.

Si el hambre no ha quedado satisfecha, sus tormentos á lo menos se han calmado por un instante. Pero algunos de nosotros no han podido soportar este alimento repugnante y han experimentado náuseas.

Perdónenseme estos pormenores. No debo olvidar nada de lo que han padecido los náufragos del *Chancellor*. Por esta relación se sabrá todo lo que pueden sufrir séres humanos en punto á miserias morales y físicas. Esta será la enseñanza de mi diario, y por eso lo diré todo. Por desgracia preveo que no hemos llegado todavía al máximum de nuestros padecimientos.

Una observación que he hecho durante esta escena confirma mis sospechas acerca del mayordomo. Este, sin dejar de gemir y suspirar, y aun exagerando sus sollozos, no ha tomado parte en ella. A creerle se muere de inanición, y sin embargo, al verle se dirá que está exento de los tormentos comunes. ¿Tiene este

hipòcrita alguna reserva secreta, de la cual saca todavía alimento? Le he vigilado pero no descubierto nada.

El calor continúa siendo fuerte y hasta insoportable cuando no le templa la brisa. La ración de agua es ciertamente insuficiente, pero el hambre mata en nosotros la sed. Y cuando pienso que según dicen la falta de agua nos harìa padecer todavía más que la de víveres, no puedo creerlo, ó à lo menos imaginarlo en este momento. Sin embargo, con frecuencia se ha hecho esta observación: quiera Dios que no nos veamos reducidos á este nuevo extremo.

Por fortuna quedan algunas azumbres de agua en la barrica rota por la tempestad, y la segunda barrica está todavía intacta. Aunque nuestro nùmero se ha disminuido, el capitán, no obstante ciertas reclamaciones, ha reducido la ración cuotidiana á un cuartillo por persona. Yo apruebo esta disposición.

En cuanto al aguardiente, no queda

más que una azumbre que ha sido puesta en lugar seguro á popa de la balsa.

Hoy 7, á las siete y media de la tarde, uno de nosotros ha dejado de existir: no somos ya más que catorce. El teniente Walter ha espirado en mis brazos, y ni los cuidados de miss Herbey ni los míos han podido hacer nada en su favor..... Sus padecimientos han cesado.

Algunos momentos antes de morir Walter nos ha dado gracias á miss Herbey y á mí con una voz que apenas podíamos oir.

—Señor Kazallon, ha dicho dejando caer de su mano temblorosa una carta arrugada, esta carta...de mi madre...no tengo fuerzas...es la última que he recibido... Me dice: "Te espero, hijo mío, y quiero volverte á ver." No, madre, no me verás más. Señor Kazallon, esta carta...póngala usted en mis labios...así, así...para que muera besándola...¡mi madre!...¡Dios mío!...

He puesto la carta del teniente Walter en su mano propia y la he acercado á sus lábios. Su mirada se ha animado un instante y hemos oído como el leve ruido de un beso.

En seguida el teniente Walter ha muerto. Dios haya recogido su alma.

XLI.

¿Y EL PIE DERECHO DE WALTER?—BIEN DAMOS DE COMER A LOS TIBURONES.—SE COGEN TRES PECES.—SE RENUEVA LA TENTATIVA.—LOS TIBURONES—EL CONTRAMAESTRE.—¡POBRE WALTER!

8 de Enero.

Durante toda la noche he permanecido junto al cuerpo del desgraciado Walter, y varias veces miss Herbey ha venido á rezar por el muerto.

Al amanecer el cadáver estaba enteramente frio. Tengo prisa...sí, prisa de arrojarle al mar, y pido á Roberto Kurtis que me ayude en esta triste operación. Cuando le envolvamos en sus miserables vestidos le precipitaremos á las

olas, y gracias á su extrema flaqueza creo que no sobrenadará.

Al nacer el alba, Roberto Kurtis y yo, tomando ciertas precauciones para no ser vistos, sacamos de los bolsillos del teniente algunos objetos para remitírselos á su madre si alguno de nosotros so brevive.

En el momento de envolver el cadáver en los vestidos que van á servirle de sudario, no puedo contener un ademán de horror.

Le falta el pié derecho y la pierna no es más que un muñon sangriento.

¿Quién es el autor de esta profanación.

He sucumbido á la fatiga durante la noche y sin duda se han aprovechado de mi sueño para mutilar este cuerpo. ¿Pero quién lo ha mutilado?

Roberto Kurtis mira en torno suyo y sus miradas son terribles. Pero todo está como de ordinario á bordo y no se interrumpe el silencio sino por algunos ge-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

midos. Quizá nos espían. Apresurémonos á arrojar esos restos al mar para evitar escenas más horribles.

Así, después de haber pronunciado algunas oraciones, lanzamos el cadáver á las olas en las cuales se hunde inmediatamente.

¡Trueno del cielo! ¡Bien damos de comer á los tiburones!

—¿Quién ha hablado así? Me vuelvo: es el negro Jynxtrop.

El contramaestre se encuentra cerca de mí en este momento.

—Ese pié, le digo ¿cree usted que esos miserables?.....

—¿Ese pié?... ¡Ah sí! me responde el contramaestre en tono singular. Por lo demas, estaban en su derecho.

—¡En su derecho! exclamo.

—Caballero, me dice el contramaestre, vale más comer un muerto que un vivo.

A esta respuesta friamente dada no sé qué responder y voy á tenderme á popa de la balsa.

Hácia las once ocurre un incidente feliz. El contramaestre, que desde por la mañana ha echado sus anzuelos ha tenido buen éxito esta vez y ha cogido tres grandes peces. Son tres gados de gran tamaño de ochenta centímetros de longitud que pertenecen á ese especie que seca se conoce bajo el nombre de *stokfish*.

Apenas el contramaestre ha subido á bordo los tres peces, los marineros se arrojan sobre ellos. El capitán Kurtis, Falsten y yo, nos lanzamos para contenerlos y el orden queda en breve restablecido. Son poco tres gados para catorce personas, pero al fin cada uno recibe su parte.

Los unos devoran los peces crudos y aun puede decirse que vivos, y estos son los más. Roberto Kurtis, Andrés Letourneur y miss Herbey tiene ánimo para esperar; encienden en un rincón de la balsa algunos trozos de leña y asan su carne. Yo no he tenido tanto valor y he comido esta carne toda ensangrentada.

Mr. Letourneur no ha sido mas paciente que yo y que tantos otros; se han arrojado como un lobo hambriento sobre su parte de pez. Este desdichado que no ha comido en tan largo tiempo ¿cómo vive todavía? No puedo comprenderlo.

He dicho que el júbilo del contramaestre ha sido grande al retirar sus cañas, y en efecto el júbilo ha llegado hasta el delirio. Ciertamente si tiene buen éxito la pesca, todavía puede salvarnos de una muerte horrible.

Acabo de hablar con el contramaestre y le animo á que renueve su tentativa.

Sí me dice, sí sin duda la renovarè... la renovaré.

—¿Pero por qué no echa usted desde luego otra vez los anzuelos? le he preguntado.

—No ahora, me responde de una manera evasiva. La noche es más favorable que el dia para la pesca de los grandes peces y es preciso economizar el cebo. ¡Qué estúpidos somos en no haber

conservado un poco de esos peces para cebar los anzuelos!

—Es verdad, y la falta es quizá irremediable. Sin embargo, le digo, pues que ha sido usted tan afortunado la primera vez sin cebo...

—Es que lo tenia.

—¿Y bueno?

—Excelente, pues que los peces han mordido el anzuelo.

Miro al contramaestre y él me mira á su vez.

—¿Le queda à usted algo con que cebar? le pregunto.

—Sí, responde en voz baja, y se separa de mí sin añadir una palabra.

El alimento que hemos tomado escaso y todo nos ha devuelto algunas fuerzas y con ellas un poco de esperanza.

Hablamos de la pesca del contramaestre, y nos parece imposible que no tenga buen éxito por segunda vez. ¿Se cansará al fin la suerte de perseguirnos?

Prueba incontestable del consuelo que

han tenido nuestros ánimos es que volvemos à hablar de lo pasado.

Nuestro pensamiento no está ya fijo tan solo en este presente doloroso ni en el horrible porvenir que nos amenaza.

Los Letourneur, Falsten, el capitán y yo recordamos los hechos ocurridos desde el naufragio; los compañeros que han desaparecido, los pormenores del incendio, el momento en que encalló el buque, el arrecife de la Roca del Jamón, la vía de agua, la espantosa navegación sobre las gavias, la balsa, la tempestad, todos esos incidentes que ya nos parecen lejanos. Sí: todo eso ha pasado y vivimos todavía.

¡Vivimos! ¿Pero se puede llamar vivir á esto? De veinse y ocho que éramos no somos ya màs que catorce y pronto quizá no seremos sino trece.

—¡Mal número! dice el joven Letourneur, pero nos castará trabajo encontrar uno que haga el catorce.

Durante la noche del 8 al 9, el contra-

maestre ha echado de nuevo las cañas á popa de la balsa y ha permanecido vigilándolas sin querer confiar este cuidado á nadie.

Por la mañana me acerco á él; comienza á despuntar el día y sus ojos ardientes tratan de penetrar la oscuridad de las aguas.

No me ha oído, ni siquiera me ha visto llegar.

Le toco ligeramente en el hombro y se vuelve hácia mí.

—¿Qué hay, contramaestre?

—Hay, responde con voz sorda, que esos malditos tiburones han devorado mis cebos.

—¿No le queda á usted más?

—No.

—¿Y sabe usted lo que prueba eso, caballero? añade apretándome el brazo. Eso prueba que no es preciso hacer las cosas á medias.

Le he puesto la mano en la boca. Lo he comprendido todo.

¡Pobre Walter!

XLII.

CALOR EXCESIVO.—VARIACIÓN DE REGIMEN.—OCEANO INFINITO.—¡BUQUE!—ERA UNA ILUSIÓN.—ABATIMIENTO. — DOLORES DE OWEN.—ENVENENADO.

Del 9 al 10 de Enero.

Hoy vuelve á reinar la calma; el sol es ardiente la brisa ha caído por completo y ni una arruga se presenta en las largas ondulaciones del mar, que se levanta insensiblemente. Si no hay alguna corriente, cuya dirección no es imposible averiguar, la balsa debe estar absolutamente inmóvil.

Digo que el calor es hoy intolerable y por consiguiente, nuestra sed es más intolerable todavía. La falta de agua nos hace padecer cruelmente por primera

vez y preveo que nos va á causar tormentos más insoportables que los del hambre. Ya la mayor parte de nosotros tienen la boca, la garganta y la faringe contraídas por la sequedad, las mucosas se endurecen bajo este aire cálido que aspiran.

A instancias mías, el capitàn ha modificado esta vez el régimen habitual, concediendo doble ración de agua, y hemos podido satisfacer la sed bien ó mal, cuatro veces al día. Digo bien ó mal, porque esta agua conservada en el fondo de la barrica, aunque cubierta de una tela, está verdaderamente tibia.

En suma, el día ha sido malo. Los marineros bajo la influencia del hambre, se abandonan de nuevo á la desesperación.

La brisa no se ha levantado hasta que ha salido la luna que hoy está casi en su lleno. Sin embargo, como las noches de los trópicos son frescas, experimentamos algún alivio; pero durante el dìa la temperatura es insoportable y hay que ad-

mitir en vista de una elevación tan sostenida que la balsa ha sido arrastrada considerablemente hácia el Sur.

En cuanto á la tierra, ni siquiera tratamos de observar si existe; parece que el globo terrestre no es màs que una esfera líquida: siempre y por todas partes este Océano infinito.

El 10 la misma calma y la misma temperatura. Es una lluvia de fuego que nos envía el cielo, es aire inflamado el que respiramos. Nuestra sed es irresistible y llegamos á olvidar los tormentos del hambre, suspirando con furiosos deseos por el momento en que Roberto Kurtis distribuya las pocas gotas de agua de nuestra raciòn. ¡Ah, cómo deseamos beber hasta hartarnos, aunque debiésemos agotar nuestra reserva y morir despuès!

En este momento, las doce del día, uno de los compañeros acaba de ser atacado de dolores agudos que le arrancan gritos.

Es el miserable Owen que echado á proa se retuerce entre convulsiones espantosas.

Me acerco á él. Cualquiera que haya sido su conducta, la humanidad manda que veamos si es posible darle algún alivio.

En este momento el marinero Flaypol dá un grito. Me vuelvo hàcia él.

Flaypol está de pié subido en uno de los aleros del mástil y señalando con la mano al Este un punto del horizonte grita:

—¡Buque!

Todos nos ponemos en pié y un silencio absoluto reina en la balsa. Owen conteniendo sus gritos, se levanta como los demás.

En efecto, en la dirección indicada por Flaypol, aparece un punto blanco. ¿Pero se mueve aquel punto? ¿es un vela? ¿qué piensan los marineros cuya vista es tan penetrante?

Observo á Roberto Kurtis que con los

brazos cruzados examina el punto blanco. Sus mejillas son prominentes; todas las partes de su rostro se hinchan á consecuencia de la contracción de la orbicular, sus cejas se fruncen, sus ojos están medio cerrados y ponen en la mirada todo el poder de visión de que es capaz. Si ese punto blanco es una vela, no se equivocará.

Pero mueve la cabeza y deja caer los brazos.

Miro. El punto blanco no está ya allí. No es un buque es un reflejo cualquiera, una cresta de una ola que ha subido más que las otras, ó si es un buque ha desaparecido de nuestra vista.

Un abatimiento inmenso sigue á este instante de esperanza. Todos volvemos á nuestro sitio acostumbrado; Roberto Kurtis permanece inmóvil, pero no observa ya el horizonte.

Entonces comienzan de nuevo y con más violencia los gritos de Oweh que se

retuerce entre horribles dolores y su aspecto es verdaderamente espantoso. Tiene la garganta oprimida por una contracción espasmódica, su lengua está seca, el vientre abultado, el pulso pequeño, frecuente é irregular. El infeliz experimenta grandes movimientos convulsivos y hasta sacudidas tetánicas. Al notar estos síntomas no puede quedarnos la menor duda de que Owen está envenenado por un óxido de cobre.

No tenemos los medicamentos necesarios para neutralizar los efectos del veneno; sin embargo, se pueden excitar los vómitos para hacer salir las materias contenidas en su estómago. El agua tibia debe producir este resultado; pido á Roberto Kurtis un poco de agua y el capitán me la concede. Agotado el líquido de la primera barrica, voy á tomar de la segunda que está todavía intacta, cuando Owen se levanta sobre las rodillas y con voz que ya no es humana grita:

—¡No, no, no!

¿Por qué no? Vuelvo al lado de Owen y les esplico lo que quiero hacer, pero me responde más enérgicamente que antes que no quiere beber de aquella agua.

Trato entonces de provocar los vómitos del desgraciado excitando sus fauces con un pedazo de madera y pronto vomita materias azuladas. Es evidente que Owen está envenenado con sulfato de cobre, con caparrosa, y que no es posible salvarle.

Pero ¿cómo se ha envenenado? Los vòmitos le producen algún alivio. Puede al fin hablar; el capitàn y yo le preguntamos:

No trataré de describir la impresión que ha producido en nosotros la respuesta de este desdichado.

Owen impulsado por una sed atroz ha robado algunos cuartillos de agua de la barrica intacta. El agua de esta barrica está envenenada.

XLIII.

MUERTE DE OWEN.—NO TENEMOS AGUA.—DESCOMPOSICION DEL CADAVER.—LA SED. BAÑOS DE MAR.—HAY EN EFECTO UN BUQUE A LA VISTA —EL PAÑUELO DE MISS HERBEY. —¡VIRA!—SE ENCIENDE FUEGO. —EL BUQUE TOMA OTRAS AMURAS.

Del 11 al 14 de Enero.

Owen ha muerto durante la noche entre sacudidas tetánicas que han llegado á un alto grado de violencia.

Es demasiado cierto. La barrica envenenada ha contenido en otro tiempo caparrosa: el hecho es evidente. Ahora, ¿por qué fatalidad esa barrica ha sido convertida en depósito de agua y por qué fatalidad más deplorable todavía ha

—¡No, no, no!

¿Por qué no? Vuelvo al lado de Owen y les esplico lo que quiero hacer, pero me responde más enérgicamente que antes que no quiere beber de aquella agua.

Trato entonces de provocar los vómitos del desgraciado excitando sus fauces con un pedazo de madera y pronto vomita materias azuladas. Es evidente que Owen está envenenado con sulfato de cobre, con caparrosa, y que no es posible salvarle.

Pero ¿cómo se ha envenenado? Los vómitos le producen algún alivio. Puede al fin hablar; el capitán y yo le preguntamos:

No trataré de describir la impresión que ha producido en nosotros la respuesta de este desdichado.

Owen impulsado por una sed atroz ha robado algunos cuartillos de agua de la barrica intacta. El agua de esta barrica está envenenada.

XLIII.

MUERTE DE OWEN.—NO TENEMOS AGUA.—DESCOMPOSICION DEL CADAVER.—LA SED. BAÑOS DE MAR.—HAY EN EFECTO UN BUQUE A LA VISTA —EL PAÑUELO DE MISS HERBEY.—¡VIRA!—SE ENCIENDE FUEGO.—EL BUQUE TOMA OTRAS AMURAS.

Del 11 al 14 de Enero.

Owen ha muerto durante la noche entre sacudidas tetánicas que han llegado á un alto grado de violencia.

Es demasiado cierto. La barrica envenenada ha contenido en otro tiempo caparrosa: el hecho es evidente. Ahora, ¿por qué fatalidad esa barrica ha sido convertida en depósito de agua y por qué fatalidad más deplorable todavía ha

sido escogida para embarcarla en la balsa?.....

Poco importa; lo cierto es que ya no tenemos agua.

El cuerpo de Owen ha debido ser arrojado al mar porque ha entrado inmediatamente en descomposición. El contramaestre no habría podido cebar sus anzuelos con carnes que no tenían ya ninguna consistencia. La muerte de este miserable ni siquiera nos ha sido útil.

Todos nosotros conocemos la situación tal como es y permanecemos en silencio. ¿Qué podríamos decir? Por otra parte nos es penoso oir el sonido de nuestras propias voces; nos hemos vuelto muy irritables y vale más que no hablemos porque la menor palabra, una mirada, un gesto, pueden provocar movimientos de rabia que seria imposible contener. No comprendo como no nos hemos vuelto locos ya.

El 12 de Enero no hemos recibido ración ninguna de agua porque la última

gota se había consumido el dia antes. No hay una nube en el cielo que pueda dar un poco de lluvia, y un termómetro centígrado marcaría cuarenta grados á la sombra, si hubiese sombra en la balsa.

El 13 la misma situación. El agua del mar comienza á roerme los piés hasta la carne pero apenas me cuido de esta circunstancia. En cuanto á los que están ya afligidos de este mal, no van peor.

¡Ah! esta agua que nos rodea, ¡cuando pienso que evaporándola ó solidificándola podriamos hacerla potable! Reducida á vapor ó á hielo, no contendria una molécula de sal y podriamos beberla, pero no tenemos aparatos para hacerlo.

Hoy, à riesgo de ser devorados por los tiburones, se han bañado el contramaestre y dos marineros: este baño les proporciona algùn alivio y les refresca en cierto modo. Tres de nuestros compañeros y yo que apenas sabemos nadar nos hemos atado á una cuerda y hemos estado media hora en el mar. Durante

este tiempo Roberto Kurtis vigilaba las aguas y por fortuna ningún tiburón se ha aproximado. A pesar de nuestras instancias y de sus padecimientos, miss Herbey no ha querido seguir nuestro ejemplo.

El 14 hácia las once de la mañana el capitàn se acerca á mí y me dice en voz baja y al oído:

—No haga usted ningún movimiento señor Kazallon. Puedo engañarme y no quiero causar á nuestros compañeros un nuevo desengaño.

Miro á Roberto Kurtis:

—Esta vez, me dicé, acabo de ver realmente un buque.

El capitán ha hecho bien en prevenirme porque no habria sido dueño de mi primsr movimiento.

—Mire usted, añade, allí por babor un poco hácia atrás.

Me levanto afectando una indiferencia que estoy muy lejos de tener y recorro

el arco del horizonte indicado por Roberto Kurtis.

Mis ojos no son los de un marino pero distingo vagamente un buque que navega á la vela.

Casi al mismo tiempo el contramaestre, cuyas miradas hacìa un instante se dirigían hàcia aquel lado, grita:

—¡Buque!

La presencia del buque señalado no produce inmediatamente el efecto que hubiera debido esperarse. No excita ninguna emoción, ya que no se quiera creer en ella, ya que se hayan agotado las fuerzas. Así es que nadie se mueve; sólo después que el contramaestre ha repetido varias veces: ¡buque buque! se fijan todas las miradas en el horizonte.

Esta vez el hecho es innegable. Vemos perfectamente ese buque inesperado. ¿Nos verá él?

Entre tanto los marineros tratan de reconocer la forma y direcciòn del buque y sobre todo ésta última.

Roberto Kurtis, después de haber observado con el mayor cuidado dice:

— Es un bergantin que corre con amuras á estribor. Si se mantiene durante dos horas en esta dirección cortará necesariamente nuestro camino.

¡Dos horas! dos siglos. ¡Pero la dirección del buque puede cambiar de un momento á otro tanto más cuanto que en esa marcha tan cerrada es posible que esté dando bordadas para tomar viento. Ahora bien, si así es, terminadas aquellas, tomará sus amuras á babor y se alejará. Ah, si marchase viento en popa ó á lo menos á velas desplegadas tendriamos el derecho de esperar.

Es preciso, pues, hacer que nos vean desde el buque. Es necesario á toda costa darle noticia de nuestra existencia. Roberto curtis manda emplear todas las señales posibles porque el bergantin está todavía á doce millas al Este y nuestros gritos no podrían ser oídos. No tenemos ninguna arma de fuego cuyas detonacio-

nes puedan atraer la atención; izaremos pues, un pabellón cualquiera al extremo del mástil. El pañuelo de miss Herbey es encarnado, color que se destaca más sobre los horizontes del mar y del cielo.

Izamos el pañuelo de miss Herbey y una ligera brisa que arruga en este momento la superficie de las olas desarrolla sus pliegues. De cuando en cuando ondea y nuestros corazones se llenan de esperanza. Cuando un hombre se ahoga, sabido es con qué energía se agarra al menor objeto que le presenta un punto de apoyo. El pabellón es el objeto para nosotros.

Durante una hora hemos pasado por mil alternativas. El bergantin se acerca evidentemente á la balsa, pero á veces parece que se detiene y nos preguntamos si va á virar de bordo.

¡Qué lentamente marcha! Lleva sin embargo sus sobrejuanetes y sus velas de estai desplegadas, y su casco es casi visible sobre el horizonte. Pero el viento es

débil y si todavía se encalma más....¡Dariamos años de existencia porque hubiese pasado ya una hora.

El contramaestre y el capitán calculan hácia las doce y media que el bergantin está todavía á nueve millas de la balsa. No ha ganado, pues, más que tres millas en el espacio de hora y media; apenas si la brisa que pasa sobre nuestras cabezas llega hasta él. Me parece ahora que sus velas no se hinchan y que cuelgan á lo largo de los palos. Miro á barlovento si se levanta alguna brisa pero las olas están como adormecidas y la ráfaga que nos ha dado tanta esperanza espira á poca distancia de la balsa.

Me he situado á popa cerca de los Letourneur y de miss Herbey y nuestras miradas van incesantemente del buque al capitán. Roberto Kurtis permanece inmóvil á popa apoyado en el mástil teniendo al contramaestre á su lado. Sus ojos no se separan un instante del bergantin y leemos en sus rostros, que no

pueden permanecer impasibles, todas las emociones que experimentan. Ni una palabra se ha pronunciado hasta el momento en que el carpintero Daoulas exclama con un acento imposible de describir:

—¡Vira!

Toda nuestra existencia se halla en este momento en nuestros ojos. Nos enderezamos, los unos sobre las rodillas, los otros sobre un pié. Un juramento formidable se ha escapado de la boca del contramaestre: el buque está todavía á nueve millas de nosotros y desde esa distancia no ha podido ver nuestra señal. La balsa no es más que un punto del espacio perdido en una intensa irradiación de los rayos solares. No se la puede ver; no se la ha visto. El capitán de ese buque quien quiera que sea, si nos hubiese visto ¿tendria la inhumanidad de huir sin venir á socorrernos? No, eso es inadmisible. No nos ha visto.

—¡Fuego¡ ¡humo! exclama Roberto Kurtis. Quememos las tablas de la balsa

amigos míos. Es el único recurso que nos queda para que nos vean.

Se disponen algunas tablas á proa para que formen una hoguera. Se las enciende no sin trabajo porque están hùmedas; pero esta humedad hará el humo más espeso y por consiguiente más visible. Pronto una columna negruzca sube recta por el aire. Si fuese de noche, si la oscuridad llegara antes que el bergantin hubiese desaparecido, las llamas de nuestra hoguera serían visibles aun á la distancia que de él nos separa.

Pero las horas pasan y el fuego se apaga.

En circunstancias semejantes, para someterse á la voluntad divina, es preciso un poder sobre sí mismo que yo no tengo en este momento. No, no puedo tener confianza en ese Dios que aumenta lo terrible de nuestras pruebas con alternativas de esperanza. Blasfemo como ha blasfemado el contramaestre...Una débil

mano se apoya sobre mí y miss Herbey me muestra el cielo.

Pero esto es demasiado. Yo no quiero ver nada, me recojo debajo de la vela y me oculto y los sollozos se escapan de mi pecho.

Entre tanto el buque ha tomado otras amuras; después se aleja lentamente hacia el Este y al cabo de tres horas, la vista más penetrante no podria descubrir sus altas velas por cima del horizonte.

XLIV.

NUBES AL OESTE.—TIBURONES.—DIFERENTES PUNTOS DE VISTA.—SE INTENTA LA PESCA.—ANZUELO DE NUEVA ESPECIE.—LA PRESA SE ESCAPA.

15 de Enero.

Después de este último golpe no tenemos ya que esperar más que la muerte, la cual será más ó menos lenta, pero vendrá sin duda.

Hoy se han levantado nubes hácia el Oeste y nos han traído algunas bocanadas de viento, por lo cual la temperatura se ha hecho un poco más soportable, y á pesar de nuestro estado de postración, experimentamos esta buena influencia. Mi garganta aspira un aire menos

seco. Pero desde la pesca del contramaestre, es decir, desde hace siete días, no hemos comido. No hay nada en la balsa; ayer he dado á Andrés Letourneur el último pedazo de bizcocho que su padre había conservado y que me ha entregado llorando.

Desde ayer el negro Jynxtrop ha podido desembarazarse de sus ligaduras y Roberto Kurtis no ha mandado que le vuelvan á atar.

¿Para qué? Ese miserable y sus cómplices están debilitados por tan largo ayuno. ¿Qué podrian intentar ahora?

Hoy se presentan muchos tiburones de gran tamaño y vemos sus grandes aletas negras hendir las aguas con extrema rapidez. No puedo menos de considerarlos como ataúdes vivos que pronto encerrarán nuestros miserables restos; así en vez de asustarme me atraen. Se acercan hasta rozar los bordes de la barca y uno de estos mónstruos ha estado á punto de

morder el brazo de Flaypol que colgaba hácia afuera.

El contramaestre con los ojos fijos y desmesuradamente abiertos, los dientes apretados que se muestran bajo sus labios levantados, considera los tiburones bajo un punto de vista diferente del mío. Quiere devorarlos y no ser devorado por ellos. Si pudiera coger uno, no haria ascos á su carne coriácea. No, ni nosotros tampoco.

El contramaestre va á intentar el golpe y aunque no tiene ganchos que pueda fijar á una cuerda, sabrá fabricarlos. Roberto Kurtis y Daoulas han conocido su intención, conferencian y lanzan los extremos de algunas berlingas ó de cuerdas, á fin de retener los escualos alrededor de la balsa.

Daoulas ha ido á tomar su martillo de carpintero del cual piensa hacer un anzuelo. Ya por la parte cortante, ya por la punta opuesta, es posible que este instrumento se enrede entre las mandíbulas

de un tiburón si se le traga, y en cuanto al mango que es de madera se puede fijar á un fuerte cabo atado á uno de los montantes de la balsa.

Nuestro deseo está sobreexcitado por estos preparativos y nos consume la impaciencia. Por todos los medios posibles llamamos la atención de los tiburones que ya no huyen.

El anzuelo está pronto pero no hay nada para cebarlo. El contramaestre que va y viene por la balsa hablándose á sí mismo, registra todos los rincones y parece como si buscara un cadáver entre nosotros.

Es preciso, pues, recurrir al medio que ya he usado en otra ocasión y el hierro del martillo queda envuelto en un pedazo de lana roja cortado nuevamente del pañuelo de miss Herbey.

Pero el contramaestre no quiere proceder sin todas las precauciones posibles. ¿Está el anzuelo sólidamente atado? ¿re-

sistirá la amarra contra las sacudidas? ¿Es bastante sólido el montante? El contramaestre examina todos estos puntos importantes y una vez satisfecho deja caer su máquina entre las olas.

La mar está trasparente y se distingue fácilmente un objeto á cien pies debajo de su superficie. Veo bajar el anzuelo empaquetado en el trapo rojo, cuyo color se destaca claramente sobre la masa azul de las aguas.

Pasajeros y marineros estamos inclinados sobre el parapeto guardando profundo silencio. Pero parece que los tiburones, desde que se ha ofrecido este cebo á su voracidad, han ido desapareciendo poco á poco. Sin embargo, no pueden estar lejos, y toda presa, cualquiera que fuese que cayese en este sitio, seria devorada en un instante.

De repente el contramaestre hace una señal con la mano, mostrando una enorme masa que se dirige hàcia la balsa, rozando la superficie del mar. Es un tibu

rón de doce pies de largo que ha dejado las aguas profundas y nada hàcia nosotros en linea recta.

Cuando el animal está á cuatro varas de la balsa el contramaestre retira suavemente la cuerda para poner á su paso el anzuelo é imprime al trapo rojo un ligero movimiento, que le dá la apariencia de un objeto vivo.

Siento latir mi corazón con extrema violencia, como si mi vida fuera á jugarse en aquel golpe.

—El tiburón se acerca; sus ojos, inyectados, brillan en la superficie de las aguas, y sus mandíbulas, desmesuradamente abiertas, muestran, cuando se vuelve su paladar guarnecido de dientes agudos.

Se oye un grito...el tiburón se detiene y desaparece en la profundidad de las aguas. ¿Quién es el que ha lanzado ese grito involuntario, sin duda? En aquel momento el contramaestre se levanta pálido de coraje, y dice:

—¡Al primero que hable le mato!

Después vuelve á su tarea.

En resumidas cuentas, tiene razón el contramaestre.

Vuelve á bajar el anzuelo; pero durante media hora ningún tiburón se presenta y es preciso sumergirle hasta veinte brazas.

Parece entonces que á esta profundidad las aguas se enturbian, lo cual indica la presencia de los tiburones.

En efecto, la cuerda experimenta de repente una violenta sacudida y se escapa de las manos del contramaestre, pero retenida sólicamente á los montantes, no ha podido caer toda al agua.

Un tiburón ha mordido el anzuelo y está preso en èl.

—¡Aquì, muchachos, aquí! exclama el contramaestre.

Inmediatamente pasajeros y marineros nos ponemos todos á tirar de la cuerda. Nuestras fuerzas se reaniman con la esperanza, pero apenas bastan, porque el

mónstruo se agita violentamente. Todos halamos á una vez; poco á poco las capas superiores del mar se agitan con los movimientos enérgicos de la cola y de las aletas pectorales del tiburón, y al inclinarme veo su enorme cuerpo en medio de las olas ensangrentadas.

—¡Arriba, arriba! grita el contramaestre.

En fin, sale de las aguas la cabeza del animal. Por sus mandíbulas entreabiertas el anzuelo ha penetrado hasta el fondo de la garganta, y allí se ha enganchado, sin que ninguna sacudida haya podido desprenderlo. Daoulas coge un hacha para acabarlo cuando esté al nivel de la plataforma.

En aquel instante se oye un ruido seco. El tiburón ha cerrado violentamente sus mandíbulas y ha cortado el mango del martillo, desapareciendo bajo las aguas.

Un ahullido de desesperación ha salido de nuestros pechos.

El contramaestre, Roberto Kurtis, Daoulas, han tratado otra vez de coger uno de los tiburones aun sin tener anzuelo ni útiles para fabricarlos. Lanzan cuerdas de nudos corredizos, pero estos lazos se escurren sobre la piel viscosa de los escualos. El contramaestre llega hasta el punto de intentar atacarles dejando su pierna desnuda fuera de la balsa á riesgo de que una dentellada se la ampute. Por último cesan estas infructuosas tentativas y todos volvemos á nuestro sitio, para esperar en él una muerte que ya no es posible evitar.

Pero yo no me alejo tan de prisa que no haya podido oir al contramaestre decir á Roberto Kurtis:

Capitán, ¿cuándo echamos suertes?

Roberto Kurtis no ha respondido, pero la cuestión está planteada.

XLV.

PADECIMIENTOS. — LLUVIA BENEFICA.—SE RECOGE EL AGUA EN LA BARRICA Y EN LAS VELAS.—LA DE LAS VELAS SE PIERDE.

16 de Enero.

Estamos todos tendidos sobre las velas: la tripulación de un buque que pasara creería ver una balsa cubierta de muertos.

Padezco horriblemente. En el estado en que se encuentran mis labios, mi lengua y mi garganta, ¿podria comer? No lo creo. Y sin embargo, mis compañeros y yo nos dirigimos mútuamente miradas feroces.

El calor hoy es tanto más fuerte cuan-

to que el cielo está tempestuoso. Hay gruesos vapores que se levantan, pero me parece que puede llover en todas partes menos en esta balsa.

Sin embargo, todos miramos subir las nubes con avidez. Nuestros labios se tienden hàcia ellas y Mr. Letourneur levanta las manos suplicantes hácia el cielo despiadado.

Oigo algunos truenos lejanos que anuncian la tempestad. Son las once de la mañana y los vapores han ocultado los rayos solares, pero ya no tienen apariencia eléctrica. Es evidente que la tempestad no estallará, porque la masa de vapores ha tomado un color uniforme, y sus contornos, tan claramente marcados al nacer el día se han fundido en un conjunto gris, no constituyendo más que niebla.

¿Pero la lluvia no puede desprenderse de esa niebla, aunque sea en corta cantidad, aunque no sea más que algunas gotas?

—¡Llueve! grita de repente Daoulas.

En efecto, á media milla de la balsa el cielo está rayado de nubes paralelas; cae la lluvia y veo las gotas rebotar sobre la superficie del Océano. El viento que ha refrescado la trae hácia nosotros. ¡Con tal que esa nube no se agote antes de haber pasado sobre nuestras cabezas!

Dios se apiada, en fin, de nosotros: la lluvia cae copiosamente despidiendo esas gotas gruesas como las que suelen caer de las nubes tempestuosas. Pero el chaparrón no durará y es preciso recoger toda el agua que pueda dar, porque ya un vivo rostro de luz inflama la nube por su extremo inferior sobre el horizonte.

Roberto Kurtis manda levantar la barrica rota de manera que recoja la mayor cantidad de agua posible y se despliegan las velas para recibir la lluvia en mayor superficie.

Estamos tendidos de espaldas y con la boca abierta. El agua riega mi rostro y mis labios, y siento que se introduce

hasta mi garganta. ¡Placer inexplicable! Es la vida que vuelve á animarnos; las mucosas de mi garganta se lubrifican con este contacto y respiro al mismo tiempo que bebo esta agua vivifiante, que penetra hasta lo mas profundo de mi ser.

La lluvia ha durado unos veinte minutos y después la nube, medio agotada, se ha fundido en el espacio.

Nos hemos levantado mejores, sí, mejores. Nos estrechamos las manos, nos hablamos; parece que nos hemos salvado. Dios en su misericordia nos enviará otras nubes que nos traigan mas agua, ya que por tanto tiempo hemos estado privados de ella.

Además, la que ha caido en la balsa no se perderá atentamente. La barrica y las velas la han recogido, pero será preciso conservarla preciosamente y no distribuirla más que gota á gota.

En efecto, la barrica ha recogido cuatro ó seis cuartillos, y exprimiendo la

y exprimiendo la que han empapado las velas podremos acrecentar nuestra reserva en cierta medida.

Los marineros van á proceder á esta operación, cuando Roberto Kurtis les detiene con un ademàn.

—¡Un instante! ¿Es potable esa agua?

Le miro: ¿por qué esta agua que es de lluvia no sería potable? Roberto Kurtis esprime en la taza de hoja de lata un poco del agua que contienen los pliegues de una vela; después la prueba, y con gran sorpresa mía la arroja inmediatamente.

La pruebo á mi vez y la encuentro salada, como si fuese agua de mar.

Es que las velas, expuestas desde largo tiempo á la acción de las olas han comunicado al agua que acaban de recoger un sabor extremadamente salado. Es una desgracia irreparable: no importa; tenemos confianza; además, quedan algunos cuartillos potables en la barrica, y por último, pues que ha venido la lluvia, ella volverá.

XLVI.

A SED COMPARADA CON EL HAMBRE.—MIS COMPAÑEROS SE MIRAN MUTUAMENTE CON AVIDEZ.—OLOR ESPECIAL A CARNE.—ME ARRASTRO COMO UNA CULEBRA.—EL TROZO DE TOCINO.—LUCHA.—HE COMIDO.

17 de Enero.

Si nuestra sed se ha calmado un instante, el hambre, por consecuencia natural, nos ha acometido con más violencia. ¿No hay ningùn miedo, sin anzuelo ni cebo de apoderarse de uno de esos tiburones que hormiguean alrededor de la balsa? No, á no ser que nos arrojemos al mar para atacar á esos mónstruos á puñaladas en su propio elemento, como lo hacen los indios de las pesquerías de

perlas. Roberto Kurtis ha pensado en intentar la aventura, pero no le hemos dejado hacerlo, porque los tiburones son muchos y seria sacrificarse sin ningún provecho, exponiéndose á una muerte segura.

Observo aquí que si puede lograrse engañar la sed, ya bañándose en el agua de mar, ya poniendo en la boca algún objeto de metal, no sucede lo mismo respecto del hambre, porque nada puede suplir la sustancia nutritiva. Además, el agua se produce siempre por un hecho natural, la lluvia, por ejemplo, y por consiguiente nunca se pierde la esperanza de haberla, pero se puede perder completamente la de hallar de comer.

Ahora bien, nosotros hemos llegado á ese punto; y si he de confesar todo lo que pasa, debo decir que algunos de mis compañeros se miran con ávidos ojos. Ya se comprenderá en que pendiente están nuestras ideas y á qué actos de salvajismo puede impulsar la miseria á ce-

rebros agitados de un solo pensamiento.

Desde que las nubes tempestuosas nos han dado media hora de lluvia el cielo ha vuelto á quedar despejado; el viento ha refrescado un instante, pero pronto se calma y la vela cuelga á lo largo del mástil; por lo demás ya no consideramos el viento como un motor. ¿Dónde está la balsa? ¿A qué punto del Atlántico la han empujado las corrientes? Nadie puede decirlo, y así nos es indiferente que el viento sople del Este ó del Norte ó del Sur. No pedimos más que una cosa á esta brisa, y es que refresque nuestros pechos, que mezcle un poco de vapor con el aire seco que nos devora y que temple este calor, que desde el zénit nos envía un sol de fuego.

Empieza á anochecer y la noche será oscura hasta las doce, hora en que saldrá la luna, que entra en el cuarto menguante.

Las constelaciones, un poco cubiertas

de bruma, no proyectan ese centelleo magnífico que ilumina las noches frias.

Acometido de una especie de delirio, y bajo la impresión de una hambre atroz que se aumenta con la caida del día, me tiendo sobre un paquete de velas á estribor, y allí me inclino sobre las olas para aspirar su frescura.

Entre mis compañeros que se hallan también tendidos en su sitio acostumbrado, ¿cuántos encuentran en el sueño un olvido de sus padecimientos? Ninguno quizá; en cuanto á mí, tengo el cerebro vacío y acometido de pesadillas.

Se apodera de mì un sopor enfermizo que no es ni la vigilia ni el sueño. No podria decir cuanto tiempo he permanecido en este estado de postración: todo lo que recuerdo es que en cierto momento me ha sacado de él una sensación particular.

No sé si sueño, pero mi olfato se encuentra herido por un olor que hace tiempo no se ha observado á bordo. Es

como una emanación vaga que un resto de brisa me trae de cuando en cuando. Las ventanas de mi nariz se hinchan y aspiran. ¿Qué olor es este? Estoy á punto de gritar...Una especie de instinto me contiene, y registro en mi memoria una palabra, un nombre olvidado que aplicar à este olor.

Pasan algunos instantes. La intensidad de la emanación, màs fuerte que nunca, excita en mis aspiraciones mas vivas.

—Pero, me digo de repente, y como un hombre que recuerda al fin un hecho, ese es un olor á carne cocida.

Una aspiración más activa me cerciora de que mis sentidos no me han engañado, y sin embargo, en esta balsa...

Me levanto sobre las rodillas y aspiro de nuevo, sorbiendo por las narices, si se me permite esta expresiòn, el aire ambiente... Reconozco la misma emanación; estoy, pues, bajo el viento del objeto que

produce ese olor, y por consiguiente el objeto se encuentra á proa de la balsa.

Dejo el sitio que ocupaba arrastrándome como una culebra, registrando, no con la vista, sino con el olfato, escondiéndome bajo las velas, entre las berlingas, con la prudencia de un gato y no queriendo de modo alguno despertar la atención de mis compañeros.

Durante algunos minutos me arrastro así por todos los rincones, guiándome por el olfato como un perdiguero. Una vez se me escapa la pista, ya sea que me aleje del objeto, ya que la brisa caiga, y otra vez la emanación llega á mi nariz con una intensidad nueva. En fin, vuelvo á hallar la pista, la sigo y siento que voy derecho al objeto.

En aquel momento llego al ángulo de estribor á popa de la balsa, y reconozco que el olor que ha llamado mi atención proviene de un pedazo de tocino ahumado: no me engaño; todas las papilas de mi lengua se erizan de deseo.

Tengo que introducirme bajo una espesa cubierta de velas; nadie me ve, nadie me oye; me adelanto sobre las rodillas y sobre los codos, y alargo el brazo; mi mano cae en un objeto envuelto en un pedazo de papel; le retiro rápidamente y le miro á la claridad de la luna, que en aquel momento asoma en el horizonte.

No es una ilusión. Tengo en mi mano un pedazo de tocino, apenas un cuarterón, pero con el cual puedo calmar por todo un día mis tormentos. Le llevo á la boca...

Una mano coge la mía. Me vuelvo conteniendo apenas un rugido, y conozco al mayordomo Hobbart, su salud, relativamente mejor que la nuestra, sus gemidos hipócritas. En el momento del naufragio ha podido salvar algunas provisiones y las ha reservado para sí alimentándose con ellas mientras que nosotros nos moríamos de hambre. ¡Ah miserable!

Pero no; Hobbart ha obrado prudente-

mente; encuentro que es un hombre precavido, previsor, y si ha conservado algún alimento sin que lo sepamos los demás, tanto mejor para él...y para mí.

Hobbart no lo entiende así. Coge mi mano y trata de recobrar el pedazo de tocino, pero sin hablar porque no quiere atraer la atención de sus compañeros.

Yo tengo el mismo interés que él en callar, porque no nos conviene que otros vengan á arrancarnos esta presa. Lucho, pues, silenciosamente, pero con tanto màs furor cuanto que oigo á Hobbart decir entre dientes: "Mi último bocado, mi último alimento."

Su último bocado. Es preciso que sea mío á toda costa; le quiero y le tendrè. Me avalanzo á la garganta de mi adversario, la aprieto entre mis manos y en breve queda sin movimiento.

Y mientras tengo á Hobbart derrivado, me llevo á la boca con la otra mano el pedazo de tocino, y le como con rabia.

Después, soltando al desdichado, me arrastro de nuevo y vuelvo á mi sitio à popa.

Nadie me ha visto. He comido.

XLVII.

ANSIEDAD.—UN OBJETO ESTRAÑO.—SE CORTA LA CUERDA AL MOMENTO.—HORRIBLE BANQUETE.—¿EXPERIMENTO ENVIDIA U HORROR?

18 de Enero.

Espero el día con singular ansiedad. ¿Qué dirá Hobbart? Me parece que tendrá derecho para denunciarme. No es absurdo; si cuento lo que ha pasado, si digo que Hobbart ha vivido mientras nosotros nos moríamos de hambre, que se ha alimentado sin saberlo nosotros, perjudicándonos, sus compañeros le matarán sin piedad.

Nos importa, quisiera que ya fuese de día.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

El hambre se ha contenido momentáneamente aunque aquel pedazo de tocino era poca cosa, un bocado, el último, como ha dicho aquel miserable. Sin embargo, ya no padezco y lo digo desde el fondo de mi corazón, siento un remordimiento de no haber repartido ese miserable resto con mis compañeros. Habria debido pensar en miss Herbey, en Andrés, en su padre...no he pensado más que en mí.

La luna sube hácia el zenit, y pronto los primeros albores de la mañana la siguen. El día vendrá rápidamente porque estamos en esas latitudes bajas que no conocen el alba ni el crepúsculo.

No he pegado los ojos. Desde los primeros resplandores me parece que veo una masa informe que se balancea hácia la mitad del mástil.

¿Qué objeto es ese? No puedo distinguirlo todavía y permanezco tendido sobre el montón de velas.

Pero los primeros rayos del sol rozan la superficie del mar, y pronto veo un cuerpo que colgando al extremo de una cuerda obedece á los movimientos de la balsa.

Un irresistible presentimiento me arrastra hacia ese cuerpo y llego al pié del mástil.

Es el de un ahorcado, y ese ahorcado es el mayordomo Hobbart. ¡Desdichado, yo soy, yo, quien le ha llevado al suicidio!

Lanzo un grito de horror. Mis compañeros se levantan, ven el cuerpo, se precipitan...pero no es para saber si queda en él algún resto de vida...Por lo demás Hobbart está muerto y su cadàver se encuentra ya frio.

En un instante se corta la cuerda. El contramaestre, Daoulas, Jynxtrop, Falsten y otros, están ya inclinados sobre el cadáver...

No, ¡no lo he visto! no lo he querido ver. No he tomado parte en ese horri-

ble banquete. Ni miss Herbey, ni Andrés Letourneur ni su padre, han querido pagar á semejante precio un alivio á sus padecimientos.

En cuanto á Roberto Kurtis lo ignoro...no me he atrevido á preguntárselo.

Los demás, el contramaestre, Daoulas, Falsten, los marineros...¡Oh! el hombre convertido en fiera...¡Es espantoso!

Los Letourneur, miss Herbey y yo nos hemos ocultado bajo la tienda, y no hemos querido ver nada. Era ya demasiado lo que veìamos.

Andrés Letourneur queria arrojarse sobre estos canìbales y arrancarles los horribles restos del cadáver. He tenido que luchar con él para contenerlo.

Y sin embargo, era el derecho de aquellos desdichados; Hobbart estaba muerto; no le habían matado ellos; y como dijo un día el contramaestre "más vale comer un muerto que un vivo."

¡Quién sabe ahora si esta escena no es

más que el prólogo de algún drama abominable que va á ensangrentar la balsa!

He hecho todas estas observaciones à Andrés Letourneur, pero no he podido disipar el horror que en él ha llegado á su colmo.

Sin embargo, debe pensarse en que estamos muriéndonos de hambre, y en que ocho de nuestros compañeros van quizá á librarse de esta muerte espantosa.

Hobbart, gracias á las provisiones que había ocultado, era el mas sano de todos; ninguna enfermedad argánica habia alterado sus tejidos; había cesado de vivir en plena salud tan solo por un golpe brutal. ¿Pero á qué horribles reflexiones se deja llevar mi espìritu? Esos caníbales ¿me causarian más envidia que horror?

En este momento uno de ellos levanta la voz. Es el carpintero Daoulas.

Habla de hacer evaporar el agua del mar al sol, á fin de recoger la sal.

—Y salaremos lo que queda, dice.

—Si, responde el contramaestre.

Después, todos guardan silencio. Sin duda la proposición del carpintero ha sido aceptada porque no vuelvo á oir mas; se establece un silencio profundo á bordo de la balsa, y deduzco que mis compañeros duermen.

Ya no tienen hambre.

XLVIII.

EXASPERACION.—¿QUIEN LO HA HECHO?—REGISTRO GENERAL.—INUTIL PESQUIZA. ANDRES APARTA LA VISTA CUANDO LE MIRO.

19 de Enero.

Durante el dia 19 de Enero, el mismo cielo, la misma temperatura; la noche llega sin producir ninguna modificación en el estado de la atmósfera; no he podido dormir ni siquiera una hora.

Por la mañana oigo gritos de còlera que estallan á bordo.

Los Letourneur y miss Herbey que están conmigo bajo la tienda, se levantan; retiro la tela y miro lo que pasa.

El contramaestre, Daoulas y los otros marineros, se encuentran terriblemente

exasperados. Roberto Kurtis sentado à popa, se levanta, é informado de lo que excita su furor trata de calmarlos.

—No, no, hemos de saber quién lo ha hecho, dice Daoulas dirigiendo una mirada feroz en torno suyo.

—Sí, responde el contramaestre, hay aquí un ladrón, pues que ha desaparecido lo que nos quedaba.

—No soy yo. Ni yo, responden uno tras otro los marineros.

Y veo á aquellos desgraciados registrando todos los rincones, levantando las velas y las berlingas. Su cólera se acrecienta al ver que sus investigaciones son inútiles.

El contramaestre se llega à mí y me dice:

—Usted debe conocer al ladrón.

—No sè lo que quiere usted decirme, le respondo

Daoulas y algunos otros marineros se aproximan.

—Hemos registrado toda la balsa, dice

Daoulas; no queda por visitar màs que esta tienda.

—Ninguno de nosotros ha salido de ella, Daoulas.

—Ahora lo veremos.

—No; deje usted en paz á los que se mueren de hambre.

—Señor Kazallon, me dice el contramaestre conteniéndose, nosotros no le acusamos á usted...Si alguno de ustedes hubiera tomado su parte no habiéndola querido tomar ayer, estaba en su derecho, pero todo ha desaparecido. ¿Lo oye usted? Todo.

—Registremos la tienda, exclama Daoulas.

Los marineros se adelantan. No puedo resistir á estos desdichados cegados por la cólera. Un horrible terror me asalta: ¿será que Mr. Letourneur, no para sí, sino para su hijo haya llegado hasta tomar?...Si lo ha hecho va á ser descuartizado por esos furiosos.

Miro á Roberto Kurtis como para pe-

dirle protección y Roberto Kurtis viene á ponerse á mi lado: tiene las manos metidas en los bolsillos pero adivino que están armadas.

Entre tanto por orden del contramaestre miss Herbey y los Letourneur han debido salir de la tienda, la cual ha registrado hasta sus rincones más secretos, por fortuna en vano.

Es evidente, pues, que los restos de Hobbart han sido arrojados al mar.

El contramaestre, el carpintero y los marineros están poseídos de la mas espantosa desesperación.

¿Pero quién ha hecho eso? Miro á miss Herbey y á Mr. Letourneur; sus miradas me responden que no son ellos.

Dirijo la vista en seguida á Andrés que vuelve por un momento la cabeza.

¡Desdichado jóven! ¿es él? Y si ha sido él, ¿comprende las consecuencias de su acción?

XLIX.

LA SED DE NUEVO.—CUARENTA Y DOS DIAS.—EL DELIRIO.—JYNXTROP.

Del 20 al 22 de Enero.

Durante los dias siguientes los que han tomado parte en el horrible banquete del 10 de Enero han padecido poco habiendo comido y bebido.

Pero miss Herbey, Andrés Letourneur, su padre y yo padecemos tormentos indecibles. Quizá sentimos hayan desaparecido los restos de Hobbart. Si uno de nosotros muere, ¿resistiremos?...

El contramaestre, Daoulas y los demás vuelven en breve á tener hambre y nos miran con ojos extraviados. ¿Somos quizá una presa asegurada para ellos?

A la verdad lo que nos hace padecer más no es el hambre, sino la sed. Sí, entre algunas gotas de agua y algunas migajas de galleta ninguno de nosotros vacilaria. Esto se ha dicho siempre de los nàufragos que se han encontrado en las circunstancias en que estamos nosotros, y es verdad. La sed causa más tormentos que el hambre y mata también mas pronto.

Y, ¡suplicio espantoso! tenemos alrededor nuestro esa agua del mar que nuestros ojos ven y que es tan semejante al agua dulce. Muchas veces he tratado de beber algunas gotas, pero ha provocado en mì náuseas insuperables y una sed más ardiente que antes de haberla bebido.

¡Ah, esto es demasiado! Hace cuaren ta y dos días que abandonamos el buque. ¿Quién de nosotros puede hacerse ya ilusiones? ¿No estamos destinados á morir uno después de otro y de la peor de las muertes?

Siento que una especie de niebla se va espesando alrededor de mi cerebro. Es como un delirio que va á apoderarse de mi. Lucho por recobrar mi inteligencia que se escapa: el delirio me espanta. ¿A dónde va á conducirme? ¿Sería bastante fuerte para recobrar mi razón.

He vuelto en mí, no sé después de cuantas horas. Mi frente está cubierta de compresas empapadas en agua del mar por miss Herbey, pero conozco que me queda poco tiempo de vida.

Hoy, 22, hemos presenciado una escena espantosa. El negro Jynxtrop súbitamente acometido de un acceso de locura furiosa, recorre la balsa dando ahullidos; Roberte Kurtis quiere contenerle pero en vano: se arroja sobre nosotros para devorarnos y es preciso defenderse contra los ataques de esa bestia feroz. Ha tomado un espeque y es difícil parar sus golpes.

Pero de repente, por una reacción sólo explicable por el ataque de cólera, se

vuelve su rabia contra sí mismo: se desgarra las carnes con dientes y con uñas y nos arroja la sangre al rostro gritando:

—¡Bebed bebed!

Durante algunos minutos se agita de este modo dirigiéndose hácia proa de la balsa y repitiendo siempre:

—¡Bebed, bebed!

Después se lanza y oigo caer su cuerpo en el mar.

El contramaestre, Falsten, Daoulas se precipitan á proa de la balsa para recobrar el cuerpo pero no ven más que un ancho círculo rojo en medio del cual se mueven monstruosos tiburones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

ONCE A BORDO.—REFRESCA EL VIENTO.—EL CAPITAN.—MISS HERBEY.—EL CONTRAMAESTRE.

22 y 23 de Enero.

No somos ya más que once á bordo y me parece imposible que de hoy en adelante no contemos cada día una nueva víctima. El fin de este drama, cualquiera que sea, se aproxima, y antes de ocho días ó hemos llegado á tierra ó nos habremos salvado en un buque ó habrá perecido hasta el último de nosotros.

El 23 el aspecto del cielo ha cambiado y la brisa ha refrescado notablemente. El viento durante la noche se ha inclinado al Nordeste; se hincha la vela de la balsa y una estela muy marcada indica

que se mueve ràpidamente. El capitàn calcula que andamos á tres millas por hora. Roberto Kurtis y el ingeniero Falsten son sin duda los que están más fuertes entre nosotros. Aunque su delgadez es extrema, soportan de un modo sorprendente las privaciones. No podría pintar hasta que punto de estenuación se encuentra reducida miss Herbey. Ya no tiene mas que alma, pero alma valiente todavía y su vida parece haberse refugiado en los ojos que brillan extraordinariamente. Vive en el cielo, no en la tierra.

Hombre de grande energìa, sin embargo, aunque ahora está completamente abatido, es el contramaestre. Nadie le conocería: con la cabeza inclinada sobre el pecho, sus largas manos huesudas apoyadas en las rodillas cuyas rótulas agudas se marcan bajo su pantalón gastado, permanece invariablemente en un rincón de la balsa, sin levantar nunca los ojos. Bien diferente de miss Herbey no vive

mas que para el cuerpo y su inmovilidad es tal que á veces supongo que ha cesado de vivir.

Ya no se habla, ya ni siquiera se gime en la balsa. Silencio absoluto. No se cruzan diez palabras al día; por lo demás las pocas palabras que nuestra lengua y nuestros làbios tumefactos y endurecidos podrian pronunciar serian absolutamente ininteligibles. La balsa no lleva más que espectros estenuados sin sangre que no tienen nada de humano.

LI.

CAE LA BRISA.—EL CAPITAN CONSERVA ESPERANZAS.—FLAYPOL DELIRA.—SI QUIERE MATARSE NO LO HARA COMO JYNXTROP.

24 de Enero.

¿Dónde estamos? ¿hácia qué parte del Atlántico va empujada la balsa? Dos veces he preguntado á Roberto Kurtis y no ha podido responderme sino vagamente. Sin embargo, como ha notado siempre la dirección de las corrientes y de los vientos, piensa que hemos debido ser impulsados hácia el Oeste, es decir hácia la tierra.

Hoy la brisa ha caído completamente. Sin embargo, existe en la superficie del mar una grande ondulación que indica

¿Por qué tomarse este trabajo? ¡Que se desunan al fin esas tablas, que nos trague el Océano: demasiado tiempo estamos ya disputándole nuestra miserable vida!

A la verdad nuestros tormentos han llegado al más alto grado que puede el hombre tolerar, y es imposible que pasen más allá. El calor es insoportable: es plomo derretido lo que el cielo vierte sobre nosotros.

El sudor nos inunda al través de los harapos que nos cubren, y esta transpiración aumenta nuestra sed.

No, no puedo pintar lo que experimento: me faltan palabras para espresar dolores sobrehumanos. El único medio de refrescarnos que hemos podido emplear algunas veces es imposible ahora: ninguno de nosotros puede pensar en bañarse porque desde la muerte de Jynxtrop los tiburones que llegan por bandadas rodean la balsa.

He tratado de proporcionarme un poco de agua potable haciendo evaporar el agua del mar; pero á pesar de mi paciencia apenas consigo humedecer un pedazo de lienzo. Por otra parte, la caldera, que está muy usada, no ha podido resistir al fuego, se ha hendido y ha sido necesario abandonar la operación.

El ingeniero Falsten está ya casi aniquilado y no nos sobrevivirá sino muy pocos dias. Cuando levanto la cabeza ya no le veo. ¿Se ha echado bajo las velas, ó está muerto? Sólo el enérgico capitán Kurtis está de pié á proa y mira. ¡Cuando pienso que ese hombre tiene todavía esperanza!

Yo voy á tenderme á popa: allí esperaré la muerte y cuanto más pronto venga será mejor.

Ignoro cuantas horas han trascurrido...de repente oigo carcajadas de risa. Sin duda alguno de nosotros se ha vuelto loco.

Las carcajadas redoblan, pero no levanto la cabeza. Poco me importa: sin embargo, algunas palabras incoherentes llegan hasta mí.

—¡Una pradera, una pradera! árboles verdes y una taberna debajo de los árboles. ¡Pronto, pronto! ¡aguardiente, ginebra, agua, agua, aunque valga á doblón la gota, yo pagaré; tengo oro, tengo oro!

¡Pobre alucinado! Todo el oro del Banco no te daría una gota de agua en este momento.

Es el marinero Flaypol, que acometido de delirio exclama:

—¡La tierra, la tierra está allí!

Esta palabra galvanizaría á un muerto. Hago un esfuerzo doloroso y me levanto. No hay semejante tierra: Flaypol se pasea por la plataforma, rie, canta y hace señales mostrando una costa imaginaria, Cierto que le faltan las percepciones directas del oído y de la vista, pero

están suplidas por un fenómeno cerebral. Por eso habla de sus amigos ausentes y les lleva á su taberna de Cardiff, llamada de las Armas de Jorge. Allí les ofrece ginebra, wisky, y agua, y agua sobre todo, agua que le embriaga. Se pasea, pisa los cuerpos tendidos, tropieza á cada paso, cae, se levanta y canta con voz avinada. Parece haber llegado al último grado de embriaguez. Bajo el imperio de su locura no padece ya, y hasta parece que se ha apagado su sed. ¡Ah, yo quisiera estar loco como él!

¿Pero va á concluir ese desdichado como el negro Jynxtrop, y á precipitarse en las olas?

Daoulas, Falsten y el contramaestre lo creen sin duda así porque si Flaypol quiere matarse no dejarán que lo haga sin *beneficio para ellos*: por eso se levantan, le siguen y le expían. Si Flaypel quiere arrojarse al mar, esta vez le disputarán á los tiburones.

No debía suceder así. Durante su alucinación Flaypol ha llegado al último grado de embriaguez como si hubiera bebido los licores de que hablaba en su delirio, y cayendo como una masa se sumerge en un sueño pesado.

LII.

¿Cuantos somos?—Pienso seriamente en el suicidio.—Respuesta de Roberto Kurtis.—¡Aves!—Niebla.—Mi ultimo dia.—¡Vamos a echar suertes.

25 de Enero.

La noche del 24 al 25 de Enero ha sido brumosa, y por consecuencia de no sé qué fenómeno, una de las más cálidas que puede imaginarse. Esta niebla es sofocante, y una chispa de ella creo que bastaria para dar fuego á cualquier sustancia explosiva. La balsa no solamente no adelanta, sino que no experimenta ningún movimiento, y algunas veces me pregunto si flota todavía.

Durante esta noche he tratado de con-

tar cuántos somos á bordo. Me parece que todavía somos once, pero apenas puedo reunir las ideas necesarias para establecer este cálculo, porque algunas veces creo que no son mas que diez, y otras juzgo que son doce. Deben de ser once desde que pereció Jynxtrop, y mañana no serán más que diez, pues que yo habré muerto.

Conozco, en efecto, que llego al término de mis padecimientos, porque toda mi vida se me presenta á la memoria: mi país, mis amigos, mi familia; me es permitido verlos por última vez en sueños.

Por la mañana me he despertado, si es que puede llamarse sueño este sopor enfermizo en que he estado sumergido. Dios me perdone, pero pienso seriamente en poner término á mis padecimientos. Esta idea se incrusta en mi cerebro y experimento una especie de placer al decirme que estas desgracias terminarán cuando yo quiera.

Participo mi resolución á Roberto

Kurtis, y le hablo con singular tranquilidad de ánimo. El capitán se contenta con hacer un signo afirmativo.

—Por mi parte, dice después, no pienso matarme: seria abandonar mi puesto. Si la muerte no me sorprende antes que á mis compañeros, permaneceré el último en esta balsa.

La bruma continúa; flotamos en medio de una atmósfera gris, y no se ve ya casi la superficie del agua. La niebla se levanta del Oceáno como una nube espesa, pero se conoce que por encima brilla un sol ardiente que disipará pronto todos estos vapores.

Hácia las siete de la mañana creo oir gritos de aves por cima de mi cabeza. Roberto Kurtis, siempre de pié, los escucha ávidamente. Se renuevan tres veces.

A la tercera me acerco al capitán y le oigo que murmura con voz sorda:

—¡Aves!...pero entonces...la tierra debe estar próxima.

¿Roberto Kurtis cree todavía en la tierra? Por mi parte no creo. No existen continentes ni islas. El globo no es más que un esferoide líquido como en el segundo período de su formación.

Sin embargo, espero con cierta impaciencia que se levante la bruma, no porque piense ver tierra, sino porque este absurdo pensamiento de una esperanza irrealizable no me deja en paz, y deseo desembarazarme de él lo más pronto posible,

Hasta las once no comienza la niebla á disiparse. Mientras sus espesas volutas ruedan por la superficie de las olas, entreveo por aberturas superiores el azul del cielo. Vivos rayos penetran la bruma y nos pican como flechas de metal enrojecido. Esta condensación de los vapores se verifica, sin embargo, en las capas altas y todavía no puedo observar el horizonte.

Durante media hora nos envuelven los torbellinos de niebla, y no se disipan sin

trabajo porque no hay absolutamente viento alguno.

Roberto Kurtis, apoyado en el borde de la plataforma, trata de penetrar la opaca cortina de brumas.

En fin, el sol en todo su ardor, barre la superficie del Océano; la niebla retrocede, la claridad se aumenta en un radio más extenso y aparece el horizonte...

Este horizonte es lo que ha sido desde hace seis semanas, una línea contínua y circular á cuyo estremo se confunden el cielo y el agua.

Roberto Kurtis, después de haber mirado en torno suyo, guarda silencio. ¡Ah, le compadezco sinceramente, pues que entre todos nosotros es el único que no tiene derecho para poner término á sus padecimientos cuando quiera! Por mi parte he decidido morir mañana, y si la muerte no me hiere por sí misma, yo le ahorraré el camino saliendo á recibirla. Respecto de mis compañeros, ignoro si viven todavía, pero me parece que han

pasado muchos días desde que no los he visto.

Ha llegado la noche y no he podido dormir un instante: hácia las dos de la mañana la sed me ha causado dolores tales que no he podido contener mis gritos. ¡Como! ¿No tendria antes de morir el supremo deleite de apagar el fuego que me abrasa el pecho?

Sí. Beberé mi propia sangre á falta de la sangre de los demás. Esto no me servirá de nada, ya lo sé, pero á lo menos mitigará mi mal.

Apenas esta idea ha atravesado mi espíritu cuando la pongo en ejecución. Consigo abrir la navaja, mi brazo está desnudo y de un golpe ràpido corto una vena. La sangre no sale más que gota á gota y empiezo á apagar la sed en esta fuente de mi vida. Bebo mi sangre, que apaga un instante mis tormentos atroces, pero después se detiene y no tiene fuerza ya para correr.

¡Cuánto tarda el día de mañana!

Con el día se ha amasado al estremo del horizonte una niebla espesa que ha estrechado el círculo cuyo centro está formado por la balsa. La niebla es ardiente como los vapores que se escapan de una caldera.

Hoy es mi último día.

Antes de morir tendria gusto de estrechar la mano de un amigo. Roberto Kurtis está aquí cerca de mí: me arrastro hasta él y le tomo la mano. Me comprende, sabe que es mi despedida y parece que por un pensamiento de última esperanza quiere contenerme. Es inútil.

Habria querido también volver á ver á los Letourneur y á miss Herbey...pero no me atrevo. La joven leeria mi resolución en mis ojos; me hablaría de Dios, de la otra vida que debo esperar...¡Esperar! No tengo valor para ello...¡Dios me perdone!

Vuelvo á popa de la balsa, y después de largos esfuerzos consigo ponerme de pie cerca del mástil. Por última vez re-

corro con la vista este mar azul y este horizonte que no se mueve. Aunque se me prsentase la tierra, aunque viera levantarse una vela sobre las olas, me creería el juguete de una ilusión.....Pero el mar está desierto.

Son las diez de la mañana: es el momento de concluir: las torturas del hambre, el aguijón de la sed, me desgarran las entrañas con nueva violencia. El instinto de la conservación se extingue en mí. Dentro de pocos instantes habré dejado de padecer... ¡Que Dios tenga misericordia de mí!

En este momento se levanta una voz: la conozco, es la voz de Dauolas.

El carpintero está cerca de Roberto Kurtis.

—Capitán, le dice, ¿vamos a echar suertes?

En el momento de arrojarme al mar me detengo. ¿Por qué? No podria decirlo, pero vuelvo á popa de la balsa.

LIII.

LA SUERTE.—MR. LETOURNEUR Y SU HIJO ANDRES —LA ULTIMA PAPELETA. —ABNEGACIÓN PATERNA.

26 de Enero.

Se ha hecho la proposición; todos la han oído y todos la han entendido. Desde hace algunos días era una idea fija que nadie se atrevia á formular.

Vamos á echar suertes.

Cada cual tendrá su parte de aquel á quien la suerte designe.

Me parece que se propone hacer una excepción en favor de miss Herbey, y que esta proposición parte de Andrés Letourneur; pero un murmullo de cólera corre entre los marineros. Somos once

á bordo; cada uno de nosotros tiene, pues, diez probabilidades en su favor y una en contra, y la excepción propuesta cambiaría esta proporción. Miss Herbey sufrirá la suerte común.

Son las diez y media. El contramaestre, á quien la proposición de Dauolas ha reanimado, insiste para que se echen suertes inmediatamente. Tiene razón; por otra parte ninguno de nosotros se empeña en vivir; el que fuere designado no se adelantará á morir sino pocos días, tal vez pocas horas, sobre sus compañeros. Todos lo saben y nadie se espanta. Lo que se quiere y lo que se piensa conseguir es no padecer siquiera un día ó dos el hambre y la sed que padecemos.

No puedo decir cómo se ha encontrado cada uno de nuestros nombres escrito en un papel en el fondo de un sombrero. Es sin duda Falsten quien les ha escrito en una hoja arrancada de su libro de memorias.

Los once nombres están ahí. Queda

acordado sin discusión que el último nombre que salga será la víctima.

¿Quién sacará los nombres? Hay una especie de vacilaciòn.

—Yo, responde uno de nosotros.

Me vuelvo y conozco á M. Letourneur.

Allí está en pie, lívido, con la mano extendida, los cabellos canos cayendo sobre sus mejillas enflaquecidas, espantoso por su tranquilidad.

¡Ah desdichado padre! te comprendo. Sé por qué quieres sacar tú los nombres. Tu afecto paterno irà hasta ese extremo.

—Cuando usted quiera, dice el contramaestre.

Mr. Letourneur mete la mano en el sombrero. Tomo una papelet, la desdobla, pronuncia en alta voz el nombre que lleva escrito y la entrega al designado en ella.

El primer nombre que sale es el de Burke, que lanza un grito de alegria.

El segundo el de Flaypol.

El tercero el del contramaestre.

El cuarto el de Falsten.

El quinto el de Roberto Kurtis.

El sexto el de Sandon.

La mitad de los nombres, menos uno, han salido ya.

El mio no ha salido todavía. Trato de calcular las probabilidades que me restan: cuatro buenas y una mala.

Después del grito de Burke no se ha pronunciado una palabra.

Mr. Letourneur continúa su siniestra tarea.

El sétimo nombre es el de miss Herbey, pero la joven no se ha estremecido.

El octavo nombre es el mío. ¡Sí, el mío!

El noveno nombre.

—¡Letourneur!

—¿Cuál? pregunta el contramaestre.

—Andrés, responde Mr. Letourneur.

Se oye un grito y Andrés cae sin conocimiento.

—¡Continúe usted! exclama con un rugido el carpintero Dauolas, cuyo nombre queda solo en el sombrero con el de Mr. Letourneur.

Dauolas mira á su rival como una víctima que quiere devorar, por su parte Mr. Letourneur está casi risueño. Mete la mano en el sombrero, saca la papeleta, la desdobla lentamente, y sin que su voz se debilite con una firmeza, que jamás había esperado yo en aquel hombre, pronuncia este nombre:

—¡Dauolas!

El carpintero se ha salvado y un ahullido se escapa de su pecho.

Después Mr. Letourneur toma la última papeleta, y sin desdoblarla la rompe.

Pero un pedazo de papel rasgado ha volado hácia un rincon de la balsa. Nadie hace caso de él; yo me arrastro hácia aquel lado, recojo el papel y en un estremo leo: And...

Mr. Letourneur se precipita hácia mí, me arranca violentamente de las manos el pedazo de papel, le retuerce entre los dedos, y despues mirándome con aire grave, le arroja al mar.

L.IV.

NO ME HABÍA ENGAÑADO.—SUPLICAS DE MISS HERBEY.—UN DIA MAS.—ESPERANZAS.—CADA CUAL VUELVE A SU SITIO.—LLEGA LA NOCHE.

Continuación del 26 de Enero.

No me había engañado: el padre se ha sacrificado por su hijo, y no teniendo que darle más que la vida, se la dá:

Entre tanto aquellos hombres hambrientos no quieren ya esperar. Los tormentos de sus entrañas se redoblan en presencia de la víctima que les está destinada. Mr. Letourneur no es ya un hombre para ellos; todavía no han dicho nada, pero sus labios se adelantan en punta; sus dientes, que se descubren

prontos á hundirse vieí buque á la vista, carnes, desgarrarian lable sacrificio. neur como dientes de esu sitio haciendo voracidad brutal de las fi comprimir sus re que se arrojen sobre su e ocultan bajo devoren viva? uiera de

¿Quién creerá que en este momen. ma apela al resto de humanidad que pueden tener en sus corazones, y quién creerá que este llamamiento ha sido oìdo? Sí; una palabra les ha detenido en el instante en que iban á arrojarse sobre Mr. Letourneur. El contramaestre, pronto á representar el papel de carnicero, y Daou las que ya estaba con el hacha en la mano, han quedado inmóviles.

Miss Herbey se adelanta, ó mejor dicho, se arrastra hácia ellos.

—Amigos míos, dice. ¿Queréis esperar un día mas? ¿nada mas que un día? Si mañana no se descubre tierra, si no hemos encontrado ningún buque, nuestro pobre compañero os será entregado.

A estas palabras mi corazón se estre-

e que esta jóven ha ha-
o profético, y que es una
cielo la que anima su no-
nto. Mi corazón se llena
sa esperanza; miss Herbey
revisto la tierra ó el buque
na de esas visiones sobrenaturales que Dios presenta á ciertas miradas. Sí, debemos esperar un día más ¿qué es un día después de todo lo que hemos padecido?

Roberto Kurtis piensa como yo. Unimos nuestras súplicas á las de miss Herbey; Falsten habla en el mismo sentido. Suplicamos á nuestros compañeros, al contramaestre, á Daoulas, á los demás.

Los marineros se detienen y no lanzan un solo murmullo.

El contramaestre arroja su hacha, y después con voz sorda dice:

—Lo dejaremos para mañana al amanecer.

Estas palabras lo dicen todo. Si ma-

ñana no hay tierra ni buque á la vista, se consumará el horrible sacrificio.

Cada cual vuelve á su sitio haciendo los últimos esfuerzos por comprimir sus dolores. Los marineros se ocultan bajo las velas, y ya no tratan ni siquiera de observar el mar. Poco les importa: mañana comerán.

Entre tanto Andrés Letourneur ha vuelto en sí, y su primera mirada ha sido para su padre. Después veo que cuenta los pasajeros de la balsa.....no falta ninguno. ¿A quién ha designado la suerte? Cuando Andrés se ha desmayado no había más que dos nombres en el sombrero, el del carpintero y el de su padre, y sin embargo Mr. Letourneur y Daoulas están allí.

Miss Herbey se acerca entonces, y le dice sencillamente que no se ha terminado la operación de echar suertes.

Andrés Letourneur no pregunta más; toma la mano de su padre; el semblante de Mr. Letourneur está tranquilo y casi

risueño; no ve ni comprende más que una cosa, y es que su hijo se ha salvado. Estos dos seres tan estrechamente unidos uno á otro, van á sentarse á popa y hablan entre sí en voz baja.

Yo no he vuelto todavía de la primera impresión que me ha causado la intervención de la jóven. Creo en un socorro providencial, y es indecible hasta qué punto se arraiga esta idea en mi cerebro. Me atrevería á afirmar que tocamos al término de nuestras desgracias, y si estuviesen el buque ó la tierra á pocas millas á sotavento, no estaría más seguro de nuestra salvación. No hay que admirarse de esta tendencia. Mi cerebro está tan vacío que las quimeras se truecan en él en realidades.

Hablo de mis presentimientos á los Letourneur. Andrès confia como yo; ¡pobre muchacho! Si supiera que mañana.....

El padre me escucha gravemente y me anima á tener paciencia. Cree, ó á lo

menos lo dice, que el cielo perdonará á los sobrevivientes del *Chancellor*, y prodiga á su hijo caricias que en su concepto son las últimas.

Después, cuando estoy sólo á su lado Mr. Letourneur se inclina á mi oído y dice:

—Le recomiendo á usted mi desgraciado hijo. Que no sepa jamás que.....

No acaba su frase y gruesas lágrimas caen de sus ojos.

Yo estoy animado de una grande esperanza.

Así, sin cesar un instante miro el horizonte y le recorro en todo su perímetro. Está desierto, pero esto no me alarma. Antes de mañana se verá una tierra ó una vela.

Como yo, Roberto Kurtis observa el mar. Miss Herbey, Falsten y el contramaestre mismo, concentran toda su vida en sus miradas.

Entre tanto llega la noche, pero tengo la convicción de que algún buque se aproxima en esta oscuridad profunda, y que verá nuestra señal al nacer el día.

Recuerdo
Carlos Martínez
4 - 12 - 19
Inventory

LV.

ILUSIONES.—NO HAY BUQUE NI TIERRA.—AMANECE.—LLEGÓ LA HORA.—LUCHA.—SERENIDAD DE LA VÍCTIMA.—CAIGO AL AGUA.—LA ENCUENTRO DULCE.

27 de Enero.

No cierro los ojos. Escucho los menores ruidos, los chasquidos del agua, el murmullo de las olas. Hago una observación, y es que no hay un sólo tiburón alrededor de la balsa, lo cual me parece un feliz presagio.

La luna ha salido á las once y cuarenta y seis minutos de la noche, mostrando su medio disco de cuarto menguante, pero su insuficiente luz no me permite observar el mar en un radio extenso.

¡Qué de veces he creído entrever á pocos cables de distancia el buque tan deseado!

Pero llega ya la mañana...¡El sol se levanta sobre un mar desierto!

El momento terrible se acerca. Entonces siento disiparse poco á poco todas mis esperanzas de la noche. No se presenta buque ninguno ni tampoco tierra: vuelvo á la realidad, y recuerdo lo pasado. Es la hora en que va á consumarse una abominable ejecución. No me atrevo ya á mirar á la víctima, y cuando sus ojos resignados se fijan en mí, bajo los míos.

Un insuperable horror me comprime el pecho, y la cabeza me dà vueltas como en el estado de embriaguez.

Son las seis de la mañana. No creo ya en un socorro providencial; mi corazón late con más de cien pulsaciones por minuto, y un sudor de angustia me envuelve todo entero. El contramaestre y Roberto Kurtis en pié, apoyados en el más

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Monterrey, México

til, no cesan de examinar el Océano. El primero está espantoso; se conoce que no adelantará la hora, pero que tampoco la retardará un momento. Me es imposible adivinar las impresiones del capitán. Su rostro está lívido y parece que no vive más que por la mirada.

En cuanto á los marineros, se arrastran sobre la plataforma, y con sus ojos ardientes devoran ya su víctima.

No puedo tenerme en pié y me deslizo hasta la proa del buque. El contramaestre continúa mirando al mar.

—¡En fin! exclama.

Esta palabra me estremece.

El contramaestre, Daoulas, Falsten, Burke y Sandon se adelantan hacia popa. El carpintero toma convulsivamente su hacha.

Miss Herbey no puede contener un grito.

De repente Andrés se incorpora.

—¿Y mi padre? exclama con voz ahogada.

—La suerte me ha designado..., responde Mr. Letourneur.

Andrés rodea con sus brazos á su padre gritando con un rugido:

—¡Jamás! Antes me matarán á mí. Mátenme ustedes: yo soy quien á arrojado al mar los restos de Hobbart; yo soy, yo, el que debe morir.

¡Desdichado!

Sus palabras redoblan la rabia de los verdugos. Daoulas se acerca á él y le arranca de los brazos de Mr. Letourneur diciendo:

—Basta de aspavientos.

Andrés cae de espaldas, y dos marineros le sostienen de manera que no puede hacer movimiento ninguno.

Al mismo tiempo Burke y Flaypol se apoderan de su víctima y la arrastran hàcia pros.

Esta escena espantosa pasa más rápidamente que lo que tardo en describirla. El horror me ha dejado clavado en el sitio. Quisiera arrojarme entre Mr. Le-

tourneur y sus verdugos y no puedo.

En este momento Mr. Letourneur está de pié. Ha rechazado á los marineros, que le han arrancado una parte de sus vestidos. Sus hombros están desnudos.

—Un instante, dice con tono que descubre una indomable energía, un instante. No intento robaros vuestra ración, pero supongo que no vais á devorarme entero hoy.

Los marineros se detienen, le miran y escuchan estupefactos.

Mr. Letourneur continúa:

—Seis diez. ¿No os bastarán mis brazos? Cortadlos y mañana tendréis el resto del cuerpo.

Mr. Letourneur extiende los dos brazos desnudos.

—Sí, grita con voz terrible el carpintero Daoulas.

Y rápido como el rayo levanta el hacha.

Roberto Kurtis no puede contenerse ni yo tampoco. Este asesinato no se co-

metera mientras vivamos. El capitán se arroja en medio de los marineros para arrancarles su víctima; yo me precipito en medio de todos, pero al llegar á proa soy rechazado violentamente por uno de los marineros y caigo al agua....

Cierro la boca porque quiero morir sofocado: la sofocación es mas fuerte que mi voluntad. Mis labios se abren y el agua penetra en mi garganta...

¡Dios eterno, esta agua es dulce!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

LVI.

HE BEBIDO.—MIS GRITOS.—AUN ES TIEMPO.—CESÓ LA LUCHA.—¿DONDE ESTAMOS? TIERRA.

Continuación del 27 de Enero.

He bebido y renazco á la vida que vuelve á entrar en mí. Ya no quiero morir.

Grito, y mis gritos son oídos. Roberto Kurtis se presenta sobre el parapeto y arroja una cuerda que recojo; me levanto y vuelvo á caer sobre la plataforma de la balsa.

Mis primeras palabras son éstas:

—El agua es dulce.

—¡El agua es dulce! grita Roberto Kurtis. La tierra está ahí.

Todavía es tiempo; el asesinato no se ha cometido aún. La víctima no ha podido ser herida. Roberto Kurtis y Andrés han luchado contra esos caníbales, y en el momento en que iban á sucumbir es cuando se ha oído mi voz.

La Lucha cesa. Las palabras "el agua es dulce", repetidas por mí, resuenan por todas partes. Me inclino fuera de la balsa y bebo ávidamente á grandes tragos.

Miss Herbey, la primera, sigue mi ejemplo, Roberto Kurtis, Falsten y los demás, se precipitan hácia esa fuente de vida. Todos hacen lo mismo: las bestias feroces de hace un momento levantan los brazos al cielo; algunos marineros se persignan gritando: ¡milagro! Todos se arrodillan al borde de la balsa y beben con delicia. El éxtasis ha sucedido al furor.

Andrés y su padre son los últimos en imitarnos.

—¿Pero dónde estamos? exclamo.

—A menos de veinte millas de tierra, responde Roberto Kurtis.

Le miramos. ¿Está loco el capitán? No hay una costa á la vista, y la balsa sigue ocupando el centro de un círculo líquido.

Y sin embargo, el agua es dulce. ¿Desde cuándo? No importa. Nuestros sentidos no nos han engañado y se ha apagado nuestra sed.

Sí, la tierra es invisible, pero está ahí, dice el capitán extendiendo su mano hácia el Oeste.

—¿La tierra? Pregunta el contramaestre.

—La tierra de América, la tierra por donde corre el rio de las Amazonas, el único rio que tiene una corriente bastante fuerte para quitar el sabor salado al agua del Océano á veinte millas de su embocadura.

LVII.

EL RIO DE LAS AMAZONAS.—SALVAMENTO.—DE TREINTA Y DOS QUEDAN ONCE.—REGRESO A EUROPA.—CONCLUSION.

Continuación del 27 de Enero.

Roberto Kurtis tiene razón. Esta embocadura del rio de las amazonas, que lanza al mar doscientos cuarenta mil metros cúbicos por hora, es el único sitio del Atlántico donde hemos podido encontrar agua dulce. La tierra está ahí. La sentimos y el viento nos lleva hàcia ella.

En este momento se levanta la voz de miss Herbey hácia el cielo y unimos nuestras oraciones á las suyas.

Andrés Letourneur está en brazos de su padre á popa de la balsa, mientras que

á proa, todos nosotros miramos el horizonte hácia el Oeste.

Una hora después Roberto Kurtis grita;

—¡Tierra!

....

.....

El diario en que he consignado estas notas cuotidianas ha concluido. A las pocas horas se verifica nuestro salvamento, que referiré brevemente.

La balsa, hácia las once de la mañana, llega á la punta Magouri de la isla Marrajo. Unos pescadores caritativos nos recogen y nos dan alimento, conduciéndonos después á Para, donde hemos sido objeto de los cuidados más solícitos.

La balsa ha llegado á tierra á los 0° 12' de latitud Norte; ha sido rechazada 15° por lo menos al Sudoeste desde el dia en que abandonamos el buque. Digo por lo menos, porque es evidente que hemos debido bajar mas al Sur. Si hemos lle-

gado á la embocadura del rio de las Amazonas, es porque la corriente del Gulf-Stream ha cogido la balea y la ha impulsado. Sin esta circunstancia nos habriamos perdido.

De treinta y dos que nos embarcamos en Charleston, á saber: nueve pasajeros y veintitres marinos, no quedan màs que cinco pasajeros, y seis marinos, total once.

Estos son los únicos sobrevivientes del *Chancellor*.

Se ha levantado acta de salvamento por las autoridades brasileñas.

Han firmado: miss Herbey, J. R. Kazallon, Letourneur padre, Andrés Letourneur, Falsten, el contramaestre, Daoulas, Burke, Flaypol, Sandon y el último, Roberto Kurtis, capitán.

Debo añadir que en Para se nos han facilitado los medios de volver á la pátria. Un buque nos ha conducido á Ca-

30939

NL
843.8
V.531d

fe

Le